



LA

PENSAMIENTO
CONTEMPORANEO
EN TIEMPOS
DE PANDEMIAS

FIEBRE

Maristella Svampa

Mónica Cragolini

Silvia Ribeiro

Marina Aizen

María Pía López

Esteban Rodríguez Alzueta

Rafael Spregelburd

Ariel Petrucelli

Federico Mare

Lala Pasquinelli

Bárbara Bilbao

Candelaria Botto

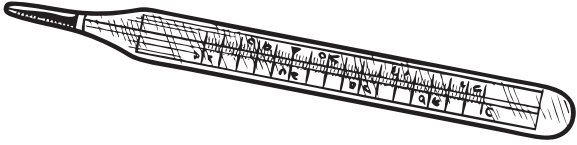
Fernando Menéndez

Alejandro Kaufman

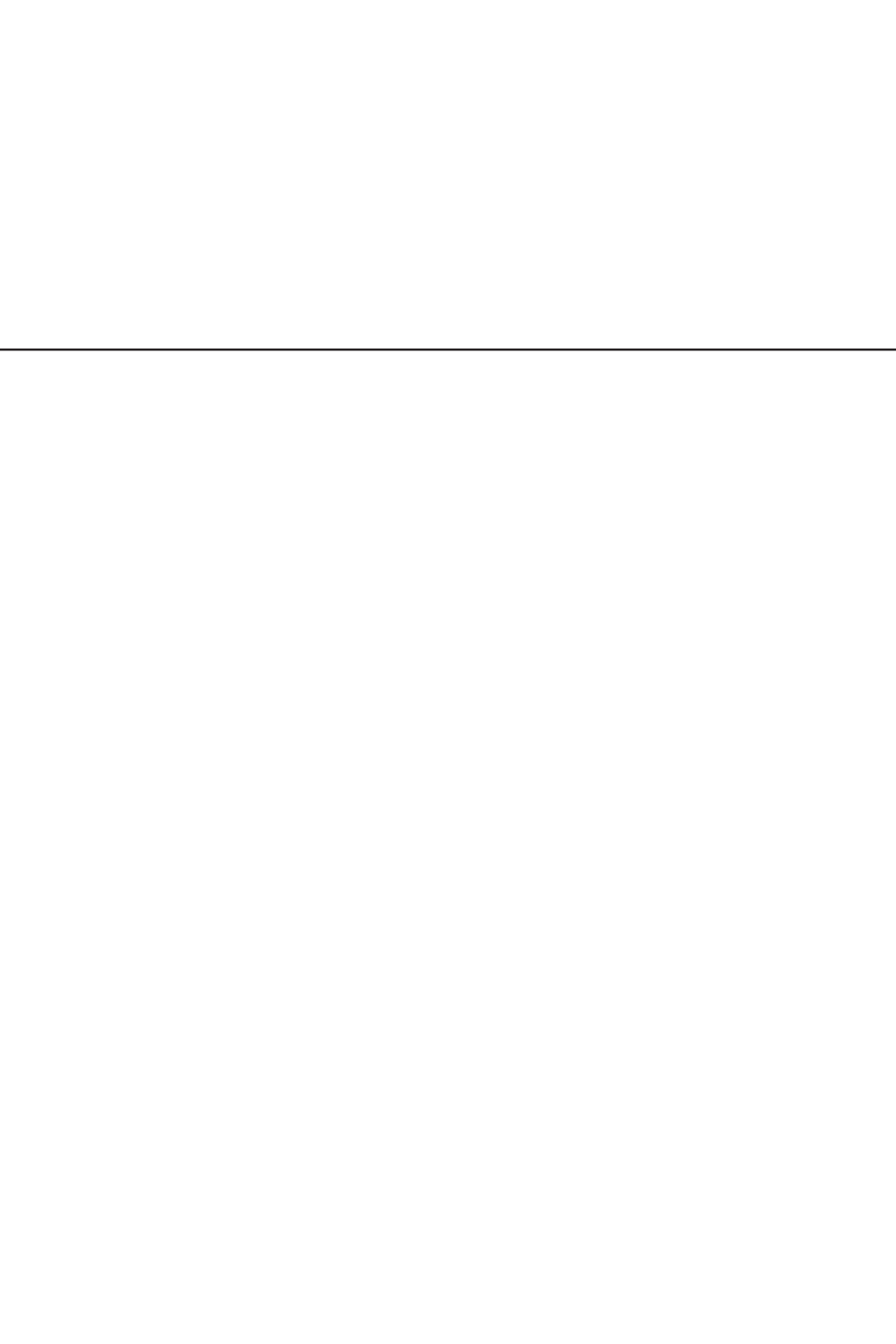
Lucas Méndez

Giorgio Agamben

PO



LA FIEBRE



LA FIEBRE

MARISTELLA SVAMPA

MÓNICA CRAGNOLINI

SILVIA RIBEIRO

MARINA AIZEN

MARÍA PÍA LÓPEZ

ESTEBAN RODRÍGUEZ ALZUETA

RAFAEL SPREGELBURD

ARIEL PETRUCELLI

FEDERICO MARE

LALA PASQUINELLI

BÁRBARA BILBAO

CANDELARIA BOTTO

FERNANDO MENÉNDEZ

ALEJANDRO KAUFMAN

LUCAS MÉNDEZ

GIORGIO AGAMBEN



Título original: *La Fiebre*.

Autorxs: Maristella Svampa, Mónica Cragolini, Silvia Ribeiro, Marina Aizen, María Pía López, Esteban Rodríguez Alzueta, Rafael Spregelburd, Ariel Petruccelli, Federico Mare, Lala Pasquinelli, Bárbara Bilbao, Candelaria Botto, Fernando Menéndez, Alejandro Kaufman, Lucas Méndez y Giorgio Agamben.

Editorial: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio)

260 páginas | 13 x 19 cm

1.ª edición: abril 2020

Idea, dirección de arte, diseño y edición: Pablo Amadeo

Asesora editorial: Laura Conde

Correcciones: Federico Mare y Omar Crespo

Imagen de portada: Julieta De Marziani

@julietademares

Agradecimientos: A todes les autorxs por la disposición, la colaboración y la confianza. A Pablo “Nox” Insaurrealde y Matías López por la atención y sugerencias. A Leonora Djament por la escucha y las buenas ideas compartidas. A Marilina Winik por las sanas advertencias. A les amigues, por acompañar en medio del aislamiento, por bancar de formas diversas y afectuosas. A Laura y Lucio, por el amor.



✉ pabloamadeo.editor@gmail.com

f [@pabloamadeo.editor](https://www.facebook.com/pabloamadeo.editor)

@ [pablo.amadeo.editor](https://www.instagram.com/pablo.amadeo.editor)



*a quienes han perdido a alguien
en medio de este lío.*

ÍNDICE

<i>Reflexiones para un mundo post-coronavirus</i>	
Maristella Svampa (6 de abril)	17
<i>Ontología de guerra frente a la zoonosis</i>	
Mónica B. Cragolini (5 de abril)	39
<i>La fábrica de pandemias</i>	
Silvia Ribeiro (5 de abril)	49
<i>Las nuevas pandemias del planeta devastado</i>	
Marina Aizen (28 de febrero)	59
<i>La vida en cuestión</i>	
María Pía López (6 de abril)	69
<i>Las trampas de la unidad...</i>	
Esteban Rodríguez Alzueta (29 de marzo)	79
<i>El año del cochino</i>	
Rafael Spregelburd (6 de abril)	89
<i>La política del terror</i>	
Ariel Petruccelli (31 de marzo)	119

Pandemia: paranoia e hipocresía global...

Ariel Petruccelli y Federico Mare (29 de marzo) 131

Lo local es político

Lala Pasquinelli (8 de abril) 169

Nuevo hábitat

Bárbara Bilbao (9 de abril) 187

La salida será colectiva o no será...

Candelaria Botto (5 de abril) 199

Estrategia empresarial y teletrabajo...

Fernando Menéndez (4 de abril) 211

Traumas sobre este momento histórico

Alejandro Kaufman (22 de marzo) 235

No volvamos a la normalidad...

Lucas Méndez (4 de abril) 243

Aclaraciones

Giorgio Agamben (17 de marzo) 253

Todo tiene un mito de origen. El mito *siempre* es ficcional y, a su vez, *siempre* tiene algo verdadero, hecho que lo configura como un territorio de disputas. *Sopa de Wuhan*, el primer título de esta editorial, es una captura de pantalla (en movimiento). Una selección de artículos filosóficos que, como todo itinerario de lectura, en definitiva, es arbitraria. Y a su vez, y en tanto discurso sobre un fenómeno tan novedoso e impactante, es aún una voz balbuceante; una suerte de bestiario, un catálogo de hipótesis. Nunca antes -permitamos la exageración- había sido tan evidente que no hay significados estables de los cuales “sostenernos”, sino únicamente efectos de significación: la regla es la contingencia. *Sopa de Wuhan* no es la excepción.

En un contexto de pura cotidianeidad, sin demasiado margen para la imaginación, **ASPO** se propuso officiar de micro alternativa a la infodemia. Quiso “profundizar”, porque sabe que lo único que sobrevive en las superficies es el virus, aquello que enferma el cuerpo social, la peste de la abundancia del dato estadístico, los sentidos planos y la literalidad. El objetivo, de este segundo volumen sigue siendo el mismo. Mientras el confinamiento persista, **ASPO** seguirá publicando.

La Fiebre reúne autores y autoras que piensan tanto a partir de diversos campos disciplinares (la filosofía, la sociología, la historia, la comunicación y la psicología, el arte, la economía, la educación y la ecología), como también desde el contacto próximo con distintas experiencias políticas: los feminismos, los movimientos sociales, la organización sindical, la gestión pública y así.

Hoy, cuando el globo parece retraerse hacia una suerte de *pangea*, en la que las fronteras no resultan un obstáculo para la propagación del virus, estas escrituras desde el sur se ven convocadas a pensar más allá de lo local o lo continental. Hoy sale este cuerpo caliente. Con premura, vulnerable, expuesto a lecturas imprevistas de un público sin bordes. La fiebre escrita al ritmo del contagio. Estas lecturas ya no se ocupan sólo del mito del origen sino también de las formas del síntoma. *La Fiebre* es un paradigma indicial, una señalética en clave regional no circunscripta a las geografías más próximas, sino proyectada en extensión y profundidad.

LA FIEBRE

Reflexiones para un mundo post-coronavirus

Maristella Svampa*

Publicado en *Nueva Sociedad*

6 de abril de 2020

Buenos Aires, día 12 del aislamiento obligatorio
y preventivo

Pandemias hubo muchas en la historia, desde la peste negra en la Edad Media, pasando por las enfermedades que vinieron de Europa y arrasaron con la población autóctona en América en tiempos de la conquista. Se estima

[*] **Maristella Svampa** (Allen, Provincia de Río Negro, 1961). Es socióloga, escritora e investigadora. Es Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y Doctora en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París. Es investigadora Principal del Conicet y Profesora Titular de la Universidad Nacional de La Plata. Es Coordinadora del Grupo de Estudios Críticos del Desarrollo (GECD) y miembro del colectivo de intelectuales Plataforma 2012. Sus libros más recientes son *Chacra 51. Regreso a la Patagonia en los tiempos del fracking* (Sudamericana, Buenos Aires, 2018) y *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias* (CALAS / Universidad de Guadalajara, Zapopan, 2018).

que, entre la gripe, el sarampión y el tifus murieron entre 30 o 90 millones de personas. Más recientemente, todos evocan la gripe española¹ (1918-1019), la gripe asiática (1957), la gripe de Hong Kong (1968), el VIH / SIDA (desde la década de 1980), la gripe porcina AH1N1(2009), el SARS (2002), el Ébola (2014), el MERS (coronavirus 2015), y ahora el COVID-19.

Sin embargo, nunca vivimos en estado de cuarentena global, nunca pensamos que sería tan veloz la instalación de un Estado de excepción transitorio, un Leviatán sanitario, por la vía de los Estados nacionales. En la actualidad, casi un tercio de la humanidad se halla en situación de confinamiento obligatorio. Por un lado, se cierran fronteras externas, se instalan controles internos, se expande el paradigma de la seguridad y el control, se exige el aislamiento y el distanciamiento social. Por otro lado, aquellos que hasta ayer defendían políticas de reducción del Estado, hoy rearmen su discurso en torno a la necesaria intervención estatal, se maldicen los programas de austeridad que golpearon de lleno la salud pública, incluso en los países del norte global...

Resulta difícil pensar que el mundo anterior a este año de la gran pandemia, fuera un mundo «sólido», en términos de sistema económico y social. El coronavirus nos arroja al gran ruedo en el cual importan sobre todo los grandes debates societales; cómo pensar la sociedad de aquí en más, cómo salir de la crisis, qué Estado necesita-

mos para ello; en fin, por si fuera poco, se trata de pensar el futuro civilizatorio al borde del colapso sistémico.

Quisiera en este artículo contribuir a estos grandes debates, con una reflexión que propone avanzar de modo precario con algunas lecciones que nos ofrece la gran pandemia, y bosquejar alguna hipótesis acerca del escenario futuro posible.

La vuelta del Estado y sus ambivalencias.

El Leviatán sanitario y sus dos caras

Reformulando la idea de Leviatán climático de Geoff Mann y Joel Wainwright, podemos decir que estamos hoy ante la emergencia de un Leviatán sanitario transitorio, el cual tiene dos rostros. Por un lado, es evidente que el retorno de un Estado social. Así, las medidas que se están aplicando en el mundo implican una intervención decidida del Estado, lo cual incluye gobiernos con Estados fuertes –Alemania y Francia–, hasta gobiernos con una marcada vocación liberal, como Estados Unidos. Por ejemplo, Angela Merkel anunció un paquete de medidas sanitarias y económicas por 156.000 millones de euros, parte del cual va como fondo de rescate para autónomos sin empleados y empresas de hasta diez trabajadores; en España, las medidas movilizarán hasta 200.000 millones de euros, el 20% del PIB; en Francia Emmanuel Macron anunció ayudas por valor de 45.000 millones de euros y garantías de préstamos por 300.000 millones.

La situación es de tal gravedad, ante la pérdida de empleo y los millones de desocupados que esta crisis generará, que incluso los economistas más liberales están pensando en un Segundo New Deal en el marco de esta gran crisis sistémica. A mediano y largo plazo, la pregunta siempre es a qué sectores beneficiarán estas políticas. Por ejemplo, Donald Trump ya dio una señal muy clara; la llamada Ley de ayuda, alivio y seguridad económica contra el coronavirus (CARES, por sigla en inglés) es un paquete de estímulos de 2 billones de dólares para, entre otros objetivos, rescatar sectores sensibles de la economía, entre los cuales está la industria del fracking,² uno de los sectores más contaminantes y más subsidiados por el estado.

Por otro lado, el Leviatán sanitario viene acompañado del Estado de excepción. Mucho se escribió sobre esto y no abundaremos. Basta decir que los mayores controles sociales se hacen visibles en diferentes países bajo la forma de violación de los derechos, de militarización de territorios, de represión de los sectores más vulnerables. En realidad, en los países del Sur, antes que una sociedad de vigilancia digital al estilo asiático, lo que encontramos aquí es la expansión de un modelo de vigilancia menos sofisticado, llevado a cabo por las diferentes fuerzas de seguridad, que puede golpear aún más a los sectores más vulnerables, en nombre de la guerra al coronavirus.

Una pregunta resuena todo el tiempo. ¿Hasta dónde los Estados tienen las espaldas anchas para proseguir en cla-

ve de recuperación social? Esto es algo que veremos en los próximos tiempos y en este devenir no serán ajenas las luchas sociales, esto es, los movimientos desde abajo, pero también las presiones que ejercerán desde arriba los sectores económicos más concentrados. Por otro lado, es claro que los Estados periféricos tienen muchos menos recursos, ni que hablar de la Argentina, a raíz de la situación de cuasi default y de desastre social en la que lo ha dejado el último gobierno de Mauricio Macri. Ningún país se salvará por sí solo, por más medidas de carácter progresista que implemente. Todo parece indicar que la solución es global y requiere de una reformulación radical de las relaciones Norte-Sur, en el marco de un multilateralismo democrático, que apunte a la creación Estados nacionales en los cuáles lo social, ambiental y lo económico aparezcan interconectados y en el centro de la agenda.

Las crisis como aprendizajes para no caer en las falsas soluciones

La pandemia pone de manifiesto el alcance de las desigualdades sociales y la enorme tendencia a la concentración de la riqueza que existe en el planeta. Esto no constituye una novedad, pero sí nos lleva a reflexionar sobre las salidas que han tenido otras crisis globales. En esa línea, la crisis global que aparece como el antecedente más reciente, aun si tuvo características diferentes, es

la de 2008. Causada por la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos, la crisis fue de orden financiero y se trasladó a otras partes del mundo para convertirse en una convulsión económica de proporciones globales. También persiste como el peor recuerdo acerca de la resolución de una crisis, cuyas consecuencias todavía estamos viviendo. Salvo excepciones, los gobiernos organizaron salvatajes de grandes corporaciones financieras, incluyendo a los ejecutivos de las mismas, los cuales emergieron al final de la crisis más ricos que nunca.

Así, en términos sociales y a escala mundial, la reconfiguración fue regresiva. Suele decirse que la economía volvió a recuperarse, pero el 1% de los más ricos pegó un salto y la brecha de la desigualdad creció. Recordemos la emergencia del movimiento Occupy Wall Street, en 2011, cuyo lema era «Somos el 99%». Millones de personas perdieron sus casas en el mundo, y quedaron sobreendeudados y sin empleo, la desigualdad se profundizó, los planes de ajuste y la desinversión en salud y educación se expandió por numerosos países, algo que ilustra de manera dramática un país como Grecia, pero que se extiende a países como Italia, España e incluso a Francia. En vísperas del Foro de Davos, en enero de 2020, un informe de Oxfam³ consignaba que de sólo «2.153 multi millonarios que hay en el mundo poseen más riqueza que 4.600 millones de personas (un 60% de la población mundial)». En términos políticos globales produjo enormes movimientos tectó-

nicos, ilustrados por la emergencia de nuevos partidos y liderazgos autoritarios en todo el mundo: una derecha reaccionaria y autoritaria, que incluye desde el Tea Party a Donald Trump, desde Jair Bolsonaro a Scott Morrison, desde Matteo Salvini a Boris Johnson, entre otros.

Por otro lado, si hasta hace pocos años, se consideraba que América Latina se hallaba a contramano del proceso de radicalización en clave derechista, que hoy atraviesa parte de Europa y Estados Unidos, con sus consecuencias en términos de aumento de las desigualdades, xenofobia y antiglobalismo, hay que decir que, en los últimos tiempos, nuevos vientos ideológicos recorren la región, sobre todo luego la emergencia de Bolsonaro en Brasil y el golpe en Bolivia. A esto hay que añadir, que América Latina, si bien sobrevivió en pleno «Consenso de los Commodities»⁴ a la crisis económica y financiera de 2008, gracias al alto precio de las materias primas y la exportación a gran escala, poco logró conservar de aquel período de neoextractivismo de vacas gordas. En la actualidad, América Latina continúa siendo la región más desigual del mundo (el 20% de la población concentra el 83% de la riqueza), es la región donde se registra un mayor proceso de concentración y acaparamiento de tierras (gracias a la expansión de la frontera agropecuaria), además de ser la zona del mundo más peligrosa para activistas ambientales y defensores de derechos humanos (60% de los asesinatos a defensores del ambiente, cometidos en 2016 y 2017, ocurrieron en América Latina), y por si

faltaba poco, la región más insegura para las mujeres víctimas de femicidio y violencia de género.

Así, la resolución de la crisis de 2008 y sus efectos negativos se hacen sentir hoy con claridad. Estas salidas que acentuaron la concentración de la riqueza y el neoliberalismo depredador, deben funcionar hoy como un contraejemplo eficaz y convincente, para apelar a propuestas innovadoras y democráticas que apunten a la igualdad y la solidaridad. Al mismo tiempo, deberían hacernos reflexionar acerca de que, incluso aquellos países del Sur que durante el «Consenso de los Commodities» sortearon la crisis y aprovecharon la rentabilidad extraordinaria a través de la exportación de las materias primas, utilizando las recetas del neoextractivismo, tampoco funcionaron ni pueden presentarse como la encarnación de un modelo positivo.

Ocultamiento de las causas ambientales e hiperpresencia del discurso bélico

Anteriormente afirmé que la reconfiguración social, económica y política después de la crisis de 2008 fue muy negativa. Quisiera más bien, detenerme un poco en las causas ambientales de la pandemia. Hoy leemos en numerosos artículos, corroborados por diferentes estudios científicos, que los virus que vienen azotando a la humanidad en los últimos tiempos están directamente asociados a la destrucción de los ecosistemas,⁵ a la deforestación, al

tráfico de animales silvestres, para la instalación de monocultivos. Sin embargo, pareciera que la atención sobre la pandemia en sí misma, y las estrategias de control que se están desarrollando, no han incorporado este núcleo central en sus discursos. Todo eso es muy preocupante.

¿Acaso alguien escuchó en el discurso de Merkel o Macron alguna alusión a la problemática ambiental que está detrás de esto? ¿Escucharon que Alberto Fernández, quien ha ganado legitimidad en las últimas semanas debido a la férrea política preventiva y su permanente contacto y toma de decisiones con un comité de expertos, haya hablado alguna vez de las causas socioambientales de la pandemia? Las causas socioambientales de la pandemia muestran que el enemigo no es el virus en sí mismo, sino aquello que lo ha causado. Si hay enemigo, es este tipo de globalización depredadora y la relación instaurada entre capitalismo y naturaleza. Aunque el tópico circula por las redes sociales y los medios de comunicación, este no entra en la agenda política. Esta «ceguera epistémica» –siguiendo el término de Horacio Machado Aráoz– tiene como contracara la instalación de un discurso bélico, sin precedentes.

La proliferación de metáforas bélicas⁶ y el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial atraviesa desde los discursos de Macron, Merkel hasta Trump y Xi Jinping. Algo que se repite en Alberto Fernández, quien habla constantemente del «enemigo invisible». En realidad, esta figura puede

fomentar la cohesión de una sociedad frente al miedo del contagio y de la muerte, «cerrando filas ante el enemigo común», pero no contribuye a entender la raíz del problema, sino más bien a ocultarlo, además de naturalizar y avanzar en el control social sobre aquellos sectores considerados como más problemáticos (los pobres, los presos, los que desobedecen al control).

El discurso bélico confunde y oculta las raíces del problema, atacando el síntoma, pero no las causas profundas de este, que tienen que ver con el modelo de sociedad instaurado por el capitalismo neoliberal, a través de la expansión de las fronteras de explotación y, en este marco, por la intensificación de los circuitos de intercambio con animales silvestres, que provienen de ecosistemas devastados. Por último, la fórmula bélica se asocia más al miedo que a la solidaridad y ha conllevado incluso una multiplicación de la vigilancia ante el incumplimiento de las medidas dictadas por los gobiernos para evitar los contagios. No son pocos los relatos, por ejemplo, en Argentina, como en otros países, que dan cuenta de la asociación entre discurso bélico y la figura del «ciudadano policía», erigido en atento vigía, dispuesto a denunciar a su vecino al menor desliz en la cuarentena. En suma, es necesario abandonar el discurso bélico y asumir las causas ambientales de la pandemia, junto las sanitarias, y colocarlas en la agenda pública, lo cual ayudaría a prepararnos positivamente para responder al gran desafío de la humanidad: la crisis climática.

Horizontes posibles. Desde el paradigma del cuidado al gran pacto ecosocial y económico

El año de la gran pandemia nos instala en una encrucijada civilizatoria, frente a nuevos dilemas políticos y éticos, nos permite repensar la crisis económica y climática desde un nuevo ángulo, tanto en términos multiescalares (global/nacional/local), como geopolíticos (relación Norte/Sur bajo un nuevo multilateralismo). Podríamos formular el dilema de la siguiente manera: o vamos hacia una globalización neoliberal más autoritaria, un paso más hacia el triunfo del paradigma de la seguridad y vigilancia digital, instalada por el modelo asiático, tan bien descrito⁷ por el filósofo Byung Chiul Han, aunque menos sofisticado en el caso de nuestras sociedades periféricas, del sur global, en el marco de un «capitalismo del caos», como sostiene el analista boliviano Pablo Solon. O bien, sin caer en una visión ingenua, la crisis puede abrir paso a la posibilidad en la construcción de una globalización más democrática, ligada al paradigma del cuidado, por la vía de la implementación y reconocimiento de la solidaridad y la interdependencia como lazos sociales e internacionales; de políticas públicas orientadas a un «nuevo pacto ecosocial y económico», que aborde conjuntamente la justicia social y ambiental.

Las crisis, no hay que olvidarlo, también generan procesos de «liberación cognitiva», como dice la literatura sobre acción colectiva y Doug McAdam en particular, lo

cual hace posible la transformación de la conciencia de los potenciales afectados; esto es, hace posible superar el fatalismo o la inacción y torna viable y posible, aquello que hasta hace poco era inimaginable. Esto supone entender que la suerte no está echada, que existen oportunidades para una acción transformadora en medio del desastre. Lo peor que podría ocurrir es que nos quedemos en casa convencidos de que las cartas están marcadas y que ello nos lleve a la inacción o a la parálisis, pensando que de nada sirve tratar de influir en los procesos sociales y políticos que se abren, así como en las agendas públicas que se están instalando. Lo peor que podría suceder es que, como salida a la crisis sistémica producida por la emergencia sanitaria, se profundice “el desastre dentro del desastre”, como afirma la feminista afroamericana Keeanga-Yamahtta Taylor, recuperando el concepto de Naomi Klein de «capitalismo del desastre». Hay que partir de la idea de que estamos en una situación extraordinaria, de crisis sistémica, y que el horizonte civilizatorio no está cerrado y todavía está en disputa.

En esa línea, ciertas puertas deben cerrarse (por ejemplo, no podemos aceptar una solución como la de 2008, que beneficie a los sectores más concentrados y contaminantes; ni tampoco más neextractivismo), y otras que deben abrirse más y potenciarse (un Estado que valore el paradigma del cuidado y la vida), tanto para pensar la salida de la crisis, así como para imaginar otros mundos posi-

bles. Se trata de proponer salidas a la actual globalización, que cuestionen la actual destrucción de la naturaleza y los ecosistemas, que cuestione una idea de sociedad y vínculos social marcados por el interés individual, que cuestionen la mercantilización y la falsa idea de “autonomía”. En mi opinión, las bases de ese nuevo lenguaje deben ser tanto la instalación del paradigma del cuidado como marco sociocognitivo, así como la implementación de un gran pacto ecosocial y económico, a escala nacional y global.

En primer lugar, más que nunca, se trata de valorizar el paradigma del cuidado, como venimos insistiendo desde el ecofeminismo y los feminismos populares en América Latina, así como desde la economía feminista; un paradigma relacional que implica el reconocimiento y el respeto del otro, la conciencia de que la sobrevivencia es un problema que nos incumbe como humanidad y nos involucra como seres sociales. Sus aportes pueden ayudarnos a repensar los vínculos entre lo humano y lo no-humano, a cuestionar la noción de «autonomía» que ha generado nuestra concepción moderna del mundo y de la ciencia; a colocar en el centro nociones como la de interdependencia, reciprocidad y complementariedad. Esto significa reivindicar que aquellas tareas cotidianas ligadas al sostenimiento de la vida y su reproducción, que han sido históricamente despreciadas en el marco del capitalismo patriarcal, son tareas centrales para el sostenimiento de la vida, más aún, configuran la cuestión ecológica por excelencia. Lejos de la idea de falsa

autonomía a la que conduce el individualismo liberal, hay que entender que somos seres interdependientes, abandonando las visiones antropocéntricas e instrumentales, para retomar la idea de que formamos parte de un todo, con los otros, con la naturaleza. En clave de crisis civilizatoria la interdependencia es hoy cada vez más leída en términos de ecodependencia, pues extiende la idea de cuidado y de reciprocidad hacia otros seres vivos, hacia la naturaleza.

En este contexto de tragedia humanitaria a escala global, el cuidado no sólo doméstico sino también sanitario como base de la sostenibilidad de la vida, cobra una significación mayor. Por un lado, esto conlleva una revalorización del trabajo del personal sanitario, mujeres y hombres, desde médicos infectólogos, epidemiólogos, intensivistas y generalistas, enfermeros y camilleros, en fin, el conjunto de los trabajadores de la salud, que afrontan el día a día de la pandemia, con las restricciones y déficits de cada país, al tiempo que exige un abandono de la lógica mercantilista y un redireccionamiento de las inversiones del Estado en las tareas de cuidado y asistencia. Por otro lado, las voces y la experiencia del personal de la salud serán cada vez más necesarias para colocar en la agenda pública la inextricable relación que existe entre salud y ambiente, de cara al colapso climático. Nos aguardan no sólo otras pandemias, sino la multiplicación de enfermedades ligadas a la contaminación y a la agravación de la crisis climática. Hay que pensar que la medicina, pese a la profunda mercanti-

lización de la salud a la que hemos asistido en las últimas décadas, no ha perdido su dimensión social y sanitarista, tal como podemos ver en la actualidad, y que de aquí en más ésta se verá involucrada directamente en los grandes debates societales y por ende en los grandes cambios que nos aguardan, en las acciones para controlar el cambio climático, junto a sectores ecologistas, feministas, jóvenes y pueblos originarios.

En Argentina, el gobierno de Alberto Fernández dio numerosas señales en relación a la importancia que otorga al cuidado como tarea y valor distintivo del nuevo gobierno. Una de éstas fue la creación del Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual, así como la inclusión en el gobierno de destacadas profesionales, cuyo aporte en clave feminista atraviesa de manera transversal distintas áreas del Estado. Este gesto por incorporar el feminismo como política de Estado debe traducirse también en una ampliación de la agenda pública en torno al cuidado. Es de esperar que las mujeres hoy funcionarias asuman la tarea de conectar aquello que hoy aparece obturado y ausente en el discurso público, esto es, la estrecha relación entre cuidado, salud y ambiente.

En segundo lugar, esta crisis bien podría ser la oportunidad para discutir soluciones más globales, en términos de políticas públicas. Hace unos días la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés), propuso un nuevo Plan Marshall⁸

que libere 2,5 billones de dólares de ayuda a los países emergentes, que implique el perdón de las deudas, un plan de emergencia en servicios de salud, así como programas sociales. La necesidad de rehacer el orden económico mundial, que impulse un jubileo de la deuda, aparece hoy como posible. Aparece también posible impulsar un ingreso ciudadano, cuyo debate se ha reactivado, al calor de la pandemia, que destruye millones de puestos de trabajo, además de profundizar la precarización laboral, mediante esquemas de teletrabajo que extienden la jornada laboral.

Sin embargo, es necesario pensar este New Deal, no sólo desde el punto de vista económico y social, sino también ecológico. Lo peor sería legislar contra el ambiente para reactivar la economía, acentuando la crisis ambiental y climática, y las desigualdades Norte-Sur. Son varias las voces que ponen de manifiesto la necesidad de un Green New Deal, lanzado por la diputada demócrata Alexandria Ocasio-Cortez en 2019. Desde Naomi Klein a Jeremy Rifkin, varios han retomado el tema, en clave de articulación entre justicia social, justicia ambiental y justicia racial.

En el contexto de esta pandemia, ha habido algunas señales. Por ejemplo, Chris Stark, jefe ejecutivo del Comité sobre Cambio Climático⁹ de Reino Unido (CCC), sostuvo que la inyección de recursos que los gobiernos deben insuflar a la economía para superar la crisis del COVID-19 debe tener en cuenta los compromisos sobre el cambio climático, esto es el diseño de políticas y estrategias no

sólo económicas sino que sean también un «estímulo verde». En Estados Unidos también un grupo de economistas, académicos y financistas agrupados bajo la consigna del estímulo verde¹⁰ (*green stimulus*) enviaron una carta¹¹ donde instaron al Congreso a que presione aún más para garantizar que los trabajadores estén protegidos y que las empresas puedan operar de manera sostenible para evitar las catástrofes del cambio climático, especialmente en una economía marcada por el coronavirus.

Con Enrique Viale, en nuestro último libro *Una brújula en tiempos de crisis climática* (de próxima publicación en Siglo XXI), apuntamos en esta dirección y por ello proponemos pensar en términos de un gran pacto ecosocial y económico. Sabemos que, en nuestras latitudes, el debate sobre el Green New Deal es poco conocido, por varias razones que incluyen desde las urgencias económicas hasta la falta de una relación histórica con el concepto, ya que en América Latina nunca hemos tenido un New Deal, ni tampoco un Plan Marshall. En Argentina, lo más parecido a esto fue el Plan Quinquenal¹² bajo el primer gobierno peronista, que tuvo un objetivo nacionalista y redistribucionista. Sin embargo, la Argentina en ese entonces no venía del desastre, tenía superávit fiscal y los precios de las exportaciones de cereales eran altos. Era un país beneficiado económicamente por la guerra europea y eso le dio al gobierno peronista una oportunidad para generar condiciones de cierta autonomía relativa,

orientando su política de redistribución hacia los sectores del asalariado urbano.

Así, no hay aquí un imaginario de la reconstrucción ligado al recuerdo del Plan Marshall (Europa) o el New Deal (Estados Unidos). Lo que existe es un imaginario de la concertación social, ligado al peronismo, en el cual la demanda de reparación (justicia social) continúa asociada a una idea hegemónica del crecimiento económico, que hoy puede apelar a un ideal industrializador, pero siempre de la mano del modelo extractivo exportador, por la vía *eldoradista* (Vaca Muerta), el agronegocio y, en menor medida, la minería a cielo abierto. La presencia de este imaginario extractivista/desarrollista poco contribuye a pensar las vías de una «transición justa» o a emprender un debate nacional en clave global del gran pacto ecosocial y económico. Antes bien, lo distorsiona y lo vuelve decididamente peligroso, en el contexto de crisis climática.

Esto no significa que no haya narrativas emancipatorias disponibles ni utopías concretas en América Latina. No hay que olvidar que en América Latina existen nuevas gramáticas políticas, surgidas al calor de las resistencias locales y de los movimientos ecoterritoriales (rurales y urbanos, indígenas, campesinos y multiculturales, las recientes movilizaciones de los más jóvenes por la justicia climática), que plantean una nueva relación entre humanos, así como entre sociedad-naturaleza, entre humano y no humano. En el nivel local se multiplican las experiencias de carácter prefigurativo y an-

tisistémicos, como la agroecología, que ha tenido una gran expansión, por ejemplo, incluso en un país tan transgenizado como la Argentina. Estos procesos de reterritorialización van acompañados de una narrativa político-ambiental, asociada al Buen Vivir, el posdesarrollo, el posextractivismo, los derechos de la naturaleza, los bienes comunes y la ética del cuidado, la transición socioecológica justa, cuya clave es tanto la defensa de lo común y la recreación de otro vínculo con la naturaleza, como la transformación de las relaciones sociales, en clave de justicia social y ambiental.

De lo que se trata de construir una verdadera agenda nacional y global, con una batería de políticas públicas, orientadas hacia la transición justa. Esto exige sin duda, no sólo una profundización y debate sobre estos temas, sino también la construcción de un diálogo Norte-Sur, con quienes están pensando en un Green New Deal, a partir de una nueva redefinición del multilateralismo en clave de solidaridad e igualdad.

Nadie dice que será fácil pero tampoco es imposible. Necesitamos reconciliarnos con la naturaleza, reconstruir con ella y con nosotros mismos un vínculo de vida y no de destrucción. El debate y la instalación de una agenda de transición justa puede convertirse en una bandera no sólo para combatir el pensamiento liberal dominante, sino también la narrativa colapsista y distópica que prevalece en ciertas izquierdas y la persistente ceguera epistémica de tantos progresismos desarrollistas. La pandemia del coronavirus y la

inminencia del colapso abren a un proceso de liberación cognitiva, a través del cual no sólo puede activarse la imaginación política tras la necesidad de la supervivencia y el cuidado de la vida, sino también la interseccionalidad entre nuevas y viejas luchas (sociales, étnicas, feministas y ecologistas), todo lo cual puede conducirnos hacia el portal de un pensamiento holístico, integral, transformador, hasta hoy negado.

Notas

1. Ver: <https://www.nuso.org/articulo/cuando-la-gripe-espanola-mato-millones/>
2. Ver: <https://www.opsur.org.ar/blog/2020/03/27/un-nuevo-rescate-para-las-petroleras-en-tiempos-de-coronavirus/>
3. Ver: <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/los-milmillonarios-del-mundo-poseen-mas-riqueza-que-4600-millones-de-personas>
4. Ver: <https://nuso.org/articulo/consenso-de-los-commodities-y-lenguajes-de-valoracion-en-america-latina/>
5. Ver en este volumen "Las nuevas pandemias del planeta devastado", de Marina Aizen.
6. Ver: <https://ctxt.es/es/20200302/Firmas/31465/catastrofe-coronavirus-guerra-cuidados-ciudadanos-ejercito-alba-rico-yayo-herrero.htm>
7. Ver: <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>
8. Ver: <https://www.theguardian.com/world/2020/mar/30/un-calls-trillion-emergency-package-help-developing-nations-coronavirus>
9. Ver: <https://www.theccc.org.uk/2020/03/11/climate-change-measures-in-budget-2020-a-small-step-in-the-right-direction/>
10. Ver: <https://www.theccc.org.uk/2020/03/11/climate-change-measures-in-budget-2020-a-small-step-in-the-right-direction/>
11. Ver: https://medium.com/@green_stimulus_now/a-green-stimulus-to-rebuild-our-economy-1e7030a1d9ee
12. Ver: <http://www.laizquierdadiario.com/>
El-Primer-Plan-Quinquenal-de-Peron

Ontología de guerra frente a las zoonosis

Mónica B. Cragolini*

Especial para ASPO

5 de abril de 2020

En estos momentos en que se plantean muchas de las cuestiones que estamos viviendo a raíz de la pandemia del COVID-19 en términos de crisis de los sistemas sanitarios, varias voces se alzan para señalar que es tiempo de detenernos para pensar qué es lo que acontece con el biocapi-

[*] **Mónica B. Cragolini.** Es Doctora en Filosofía de la UBA, Directora de la Maestría en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad (FFYL, UBA), Investigadora Principal de CONICET, y Profesora regular de Metafísica y Problemas especiales de Metafísica. Reconocida por publicaciones tales como: *Razón imaginativa, identidad y ética en la obra de Paul Ricoeur*; *Nietzsche: camino y demora*, entre otras. Directora de la revista *Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas*. Co-Directora de la colección *Nietzsche actual e inactual*. Miembro del Comité Asesor de la revista *Estudios Nietzsche* (Málaga, España), y *Ágora* (Buenos Aires), y del Comité de Redacción de *Espacios* (Sec. de Extensión Universitaria, FFYL, UBA) y de *Cuadernos de Ética* (Buenos Aires). Ha publicado más de un centenar de artículos y reseñas, en volúmenes colectivos, y revistas especializadas con referato, tanto del país como del extranjero. Es miembro de la Comisión de Doctorado de la FFYL, UBA, y ha sido miembro de la Comisión Asesora de Psicología, Filosofía y Ciencias de la educación del CONICET).

talismo. En este sentido, esas voces indican los problemas que genera el neoliberalismo con su modelo de mercado sin (o con mínima) intervención estatal, y ponen el dedo en la llaga de la justicia distributiva: estas catástrofes, se dice, hacen evidente la desigualdad social, el poco acceso a los sistemas de salud de determinados grupos poblacionales, la crisis de las economías no formales, y una larga lista de etcéteras con los que vivimos cotidianamente en una continua actitud negacionista.

En el contexto de pensamiento de esa crisis del biocapitalismo, me gustaría destacar tres cuestiones: en primer lugar, la que tiene que ver con la caracterización de lo que acontece en términos bélicos; en segundo lugar, quisiera poner en duda el carácter «sorpresivo» de esta pandemia, pensando en términos de violencia estructural; y en tercer lugar, deseo mostrar la relación entre el tratamiento que damos a los animales de producción intensiva y las zoonosis de las últimas décadas.

Ontología de guerra

La expresión «ontología de guerra» remite a una interpretación de todo lo que es en términos bélicos. Reyes Mate se ha referido con este sintagma a la cercanía entre el pensamiento de Franz Rosenzweig y Walter Benjamin, quienes fueron «anunciadores» del proyecto aniquilador de Auschwitz. Lo que se verificó en Auschwitz no fue producto de la locu-

ra o insania de un Hitler y adláteres, sino el punto cúlmine de un proyecto totalizante a nivel metafísico, ético-político y económico. Para Rosenzweig, que falleció en 1929, las grandes ideas totalizantes no sólo cierran el pensamiento, sino que permiten despreciar el valor de la temporalidad y de la muerte (justamente, la filosofía ha sido la gran negadora de la muerte y del devenir). Es en nombre de ideas totalizantes que la vida humana se considera ínfima: a Rosenzweig le había espantando la Gran Guerra, el modo en que los elementos tecnocientíficos, que se suponía debían servir al progreso de la humanidad, se ponían al servicio de la muerte.

De alguna manera, el existente humano se ha colocado en relación a la así llamada naturaleza en términos de una «ontología de guerra»: la idea moderna de «saber es poder» implicó el dominio de la tierra toda como objeto disponible, como recurso. El planeta es esa gran «estación de servicio» que caracteriza Heidegger: arrancamos a la tierra sus productos, los transformamos, los transportamos, los acumulamos, y los tenemos allí disponibles para nuestras necesidades. Esto supone un modelo de guerra con respecto a lo viviente, ya que lo así llamado «propio» de lo humano consiste precisamente en ese proceso de apropiación de la naturaleza, en esa «manufacturación» (*manus facere*, hacer con las manos) de todo lo que es, convirtiéndolo en material utilizable y reciclable. Heidegger mostró cómo ya Aristóteles piensa diversas cuestiones a partir de la observación de lo que hacemos con nuestras manos, en relación a los

materiales. Podríamos decir que el «saber es poder» de la ciencia moderna supone el salvoconducto para «meter mano» en todo lo que es, en virtud de la capacidad transformadora atribuida al existente humano. Esa capacidad transformadora es apropiativa: el hombre hace parte de lo propio aquello que le resulta extraño, para sentir la tranquilidad de la «humanización» de todo lo que es: a eso lo llamamos «cultura». La pregunta a realizar es qué ha significado este mundo humanizado para el resto de los vivientes; y para los humanos, también, que se resisten a ciertos modelos de «humanización» (es decir, los humanos «animalizados» por otros: inmigrantes, mujeres y niños en la trata de personas, trabajadores ilegales en talleres clandestinos, etc.).

Lo «sorpresivo» de la pandemia

En ese mundo superhumanizado (es decir, adaptado a las necesidades exclusivas del humano) advienen las pandemias, interpretadas como anomalías que deben ser enfrentadas. Hoy en día, el modelo dominante para caracterizar lo que está aconteciendo es el de la guerra: guerra contra el virus, pero también guerra contra los irresponsables que no respetan el aislamiento social, contra los turistas que expandieron el virus, etc. La idea de guerra asegura en tiempos de incertidumbre: señala quién es el enemigo, de qué lado nos ubicamos, y con qué medios y estrategias contamos para hacerle frente. Y provoca una

cierta esperanza para calmar la ansiedad con respecto al futuro. La medicina utiliza a menudo este lenguaje, y por eso se habla de guerra contra las enfermedades, y se piensa al cuerpo humano como un soldado que enfrenta una batalla, con unas armas (sistema inmunológico) que deben reforzarse, y con un capitán o general al mando (el cerebro) que debe sostener un buen ánimo para que la moral esté alta y se pueda vencer la batalla. Más allá de todos los aspectos filosóficos presentes en estos modelos nosográficos, me gustaría referirme a un elemento que se halla en la raíz de dicho modelo, y que tiene que ver con el modo en que pensamos nuestra relación con el resto de lo que es en la comunidad de los vivientes. Por eso retomo el sintagma «ontología de guerra», para caracterizar la forma en que nos relacionamos con lo que se considera «naturaleza», guerra que se ensaña contra los animales, y contra modos de existencia humana que se consideran animalizados. Esta ontología de guerra muestra un nuevo aspecto en la lucha contra las zoonosis.

Las zoonosis, como su nombre lo indica, remiten a aquellas enfermedades que se transmiten desde animales a humanos. Muchas de ellas se vinculan con el consumo de carne animal (triquinosis, brucelosis, diversas enfermedades parasitarias). En el siglo XX, tuvimos el síndrome de la vaca loca (encefalopatía espongiforme bovina), de origen priónico, que se transmitió al humano, y que evidenció aspectos de la alimentación de aquellos animales que los carnívoros

ponen en su plato, aspectos que no conocían (o no querían conocer): el engorde con harinas fabricadas a partir de los cadáveres de otros animales, residuos de matadero y placenta humana. El siglo XX nos enfrentó a una enfermedad zoonótica de origen viral, VIH-sida, que se constituyó en la pandemia con más continuidad en el tiempo por su modo de transmisión, y que ha producido millones de víctimas. En lo que va del siglo XXI hemos tenido, entre otras zoonosis: SARS (síndrome respiratorio agudo severo, 2002-2003), gripe aviar (H5N1, 2005, con sus variantes hasta la H7N9 en 2016-2017), gripe porcina (H1N1, 2009) y ahora COVID-19. Todas enfermedades generadas por un virus propio de animales, que logra entrar en un organismo humano, y a partir de allí propagarse como patógeno humano.

Cuando se contabilizan víctimas, se suele señalar que las tres pandemias más grandes (peste negra, gripe española y VIH) han sido enfermedades zoonóticas. A las enfermedades zoonóticas se las enfrenta con el modelo bélico, y se las considera «inesperadas» o sorpresivas por parte de las políticas públicas de sanidad.

¿Qué es lo que acontece cuando se las plantea como «catástrofes sorpresivas»? En los últimos años, buena parte del enfrentamiento del cambio climático se presenta también en términos de «sorpresa»: no sabemos por qué los inviernos han dejado de ser tan fríos en ciertos hemisferios, y se han vuelto crudos en otros; no sabemos por qué el calor se ha acentuado en ciertas partes del planeta; por qué hay

sequías, inundaciones, etc. El tema es que sí lo sabemos, y lo sabemos muy bien, pero la capacidad de negación del existente humano es muy amplia. Sabemos que contaminamos la atmósfera con nuestros medios de transporte, con la crianza intensiva de animales, con el *fracking*; sabemos que estamos devastando todo lo que queda de verde en la tierra, a los efectos de la producción. Pero «seguimos forzando» al planeta, considerado como esa inmensa estación de servicio de la imagen heideggeriana. Cuando se niega esto (y sus consecuencias en la vida y la economía de los países), se enfrenta lo que pasa no en términos de responsabilidad colectiva, sino en términos individuales.

Al enfrentar el virus predominantemente en términos de «responsabilidad individual» (las medidas de aislamiento, la forma de estornudar, el lavado de manos), se pone el acento en las acciones de cada ciudadano, y por ello se persigue (y también con tonos guerreros) a los que no cumplen las normativas. Más allá de que esas normativas permiten un ordenamiento de lo social mientras se generan los mecanismos sanitarios para enfrentar el avance de la pandemia, hay que tener en cuenta la cuestión colectiva: ¿qué aspectos de la organización de nuestra vida a nivel de lo colectivo, de los sistemas sanitarios, de la economía, de los modos de vincularnos con la naturaleza, es necesario volver a pensar? Cuando pase la pandemia: ¿volveremos sin más, sin culpa, a esa forma de vida que está íntimamente vinculada con lo que nos está aconte-

ciendo? ¿Esperaremos la próxima pandemia zoonótica para volver a asombrarnos y remitirnos a lo inesperado?

La guerra contra los animales

En el siglo XXI, las zoonosis a las que les «hacemos la guerra» se hallan estrechamente vinculadas con el consumo de animales, sea de animales de producción, sea de animales de caza. En los animales de producción intensiva, el hacinamiento, las nutriciones inadecuadas, el uso de antibióticos y hormonas, el estrés sufrido por las condiciones de vida en jaulas o cubiles estrechísimos (en los que carecen de toda posibilidad de movimientos), producen continuamente enfermedades. En los animales que son objeto de caza, los cambios a nivel del hábitat y nicho ecológico; las migraciones a las que se ven obligados por el desmonte, por la erosión de los suelos; por el rellenado de sumideros para construir barrios cerrados, también generan enfermedades por virus que «saltan» a la especie humana.

El informe de 2006, *La larga sombra del ganado* (accesible en la página de la FAO: <http://www.fao.org/3/a0701s/a0701s00.htm>) alertaba sobre las consecuencias de la producción agropecuaria y la creciente demanda de carne animal para consumo, a nivel de impacto ambiental; ataque a la biodiversidad, degradación de aguas y suelos, contaminación, etc. El biólogo Rob Wallace señalaba, en 2016, que para las multinacionales de los agronegocios

“vale la pena producir un patógeno que podría matar a mil millones de personas” (*Big Farms Make Big Flu*), porque se prioriza la ganancia por encima de cualquier otra cuestión. Y no son pocos los informes de virólogos señalando los peligros de la producción cárnica intensiva en esta generación de pandemias. Producción que está vinculada también con la desigualdad distributiva: es un pequeño porcentaje de la humanidad el que se alimenta de la carne de los animales de producción intensiva.

Derrida ha llamado «guerra santa contra el animal» a la violencia constitutiva del proyecto tecnocientífico en el proceso de humanización. Entendámonos: «humanizarse» ha significado «dejar de ser animal» para buena parte del pensamiento occidental, y ese proceso se ha encarado como «guerra» contra la animalidad. El adjetivo «santa», en la expresión derridiana, alude al hecho de que ninguna de las tres religiones monoteístas ha tenido en cuenta, en su regla de oro, al animal, como otro que debe ser respetado. Nietzsche, en *La genealogía de la moral*, llamó a este proceso «odio contra lo animal». Nuestra vinculación con los animales que son traídos a la existencia solamente para ser consumidos, que viven una vida determinada en tiempo y espacio por nuestras supuestas necesidades, no puede ser pensada sino en estos términos de odio y guerra, enmascarados tras la idea de «necesidades de alimentación».

Humanos en cuarentena: la guerra no la iniciaron los virus. La guerra la iniciamos nosotros, cuando nos mon-

tamos de manera soberbia sobre el modelo del hombre que «domina» la naturaleza a través de su cultura y sus valores. La guerra la iniciamos nosotros cuando creímos que todo lo viviente estaba a nuestro servicio, allí, «a la mano», listo para ser utilizado, manufacturado, consumido, aniquilado (la ontología de guerra que implica una metafísica manufacturera).

En los últimos días, hemos visto imágenes de la laguna de Venecia con sus aguas insólitamente claras, de cielos azules en ciudades antes plagadas por la contaminación, de plantas que vuelven a nacer y florecer en tierras aparentemente yermas. La cuarentena ha permitido ver algo de cómo es el mundo cuando se detiene la maquinaria de superhumanización, maquinaria devastadora de las formas de vida y contaminadora de todo el planeta. Sabemos que esta detención de la maquinaria productiva-apropiativa-extractiva no durará demasiado: una vez controlada la enfermedad, los engranajes volverán a engancharse y seguirán su ritmo obsesivo. Pero mientras tanto, tuvimos tiempo para pensar diversas cuestiones que tienen que ver con nuestro modelo de humanidad. Creo que «otro modo de ser» en relación con la tierra y la comunidad (de lo) viviente nos está reclamando hace tiempo. Tal vez estos días de aislamiento nos preparen para la escucha de ese reclamo que habitualmente preferimos silenciar.

La fábrica de pandemias

Silvia Ribeiro*

Especial para ASPO

5 de abril de 2020

La declaración de pandemia por el COVID-19 ha puesto todo de cabeza. Pero no tanto como para que los gobiernos cuestionen las causas reales por las que surgió este virus y el hecho de que mientras supuestamente se trabaja para contenerlo, otros virus y pandemias se siguen formando.

[*] **Silvia Ribeiro** (Uruguay, 1956). Reside en México, es periodista, investigadora y directora para América Latina de la organización internacional Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración (*Grupo ETC*), organización de investigación independiente con sede central en Canadá y estatus consultivo en Naciones Unidas. Ha participado en numerosas discusiones de tratados de la ONU. Investiga y escribe sobre temas de soberanía alimentaria, diversidad biológica y cultural, propiedad intelectual, impactos ambientales y en la salud de transgénicos y otras nuevas tecnologías. Además de las publicaciones del Grupo ETC, sus artículos se publican regularmente en los periódicos *La Jornada* y *Desinformémonos* en México. Fue la primer editora de la revista latinoamericana *Biodiversidad, sustento y culturas*, y es actualmente parte del consejo editor internacional de esta publicación trimestral.

Hay aspectos fundamentales de las causas de las epidemias y pandemias recientes, que permanecen en la sombra. Quiero nombrar algunos de éstos, distintos pero complementarios.

Una primera consideración es que el capitalismo funciona con un mecanismo perverso de ocultar las verdaderas causas de los problemas, para no hacer nada sobre ellas porque afectan sus intereses, pero sí hacer negocios con la aparente cura de los síntomas. Mientras tanto los estados gastan enormes recursos públicos en medidas de prevención, contención y tratamiento, que tampoco actúan sobre las causas, por lo que esta forma de “enfrentar” los problemas se transforma en negocio cautivo para algunas empresas transnacionales, por ejemplo con vacunas, medicamentos, insumos médicos.

A su vez, la referencia dominante a virus y bacterias es como si éstos fueran exclusivamente organismos nocivos que deben ser eliminados, prima un enfoque de guerra, como en tantos otros aspectos de la relación del capitalismo con la naturaleza. Sin embargo, por su capacidad de saltar entre especies, los virus y bacterias son parte fundamental de la co-evolución y adaptación de los seres vivos, así como de sus equilibrios con el ambiente y de su salud, incluyendo a los humanos.

El COVID-19 es una cepa de la familia de los coronavirus que provoca enfermedades respiratorias generalmente leves, pero que pueden ser graves para un pequeño porcentaje

de los afectados debido a su vulnerabilidad. Otras cepas de coronavirus causaron el síndrome respiratorio agudo severo (SARS por sus siglas en inglés), considerado epidemia en Asia en 2003, pero no detectado desde 2004 y el síndrome respiratorio agudo de Oriente Medio (MERS) en 2012, también prácticamente desaparecido. Al igual que el COVID-19, los anteriores son virus que pueden estar presentes en animales y humanos, y como sucede con todos los virus, los organismos afectados tienden a desarrollar resistencia, lo cual genera, a su vez, que el virus mute nuevamente con el tiempo.

Hay consenso científico de que el origen de este nuevo virus es zoonótico: tiene origen animal y la capacidad de mutar afectando a los humanos; al igual que todos los virus que se han declarado -o amenazado de ser declarados- como pandemia en años recientes, incluyendo la gripe aviar y la gripe porcina que se originó en México.

En el caso de COVID-19 y SARS, se presume que provino de murciélagos. Aunque se culpa al consumo de éstos en mercados asiáticos, en realidad el consumo de animales silvestres en forma tradicional y local no es el problema. El factor fundamental es la destrucción de los hábitats de las especies silvestres y la invasión de éstos por asentamientos urbanos y/o expansión de la agropecuaria industrial, con lo cual se crean situaciones propias para la mutación acelerada de los virus.

Hay tres causas concomitantes y complementarias que han producido todos los virus infecciosos que se han ex-

tendido globalmente en las últimas décadas, como la gripe aviar, la gripe porcina, las cepas infecciosas de coronavirus y otras. La principal es la cría industrial y masiva de animales, especialmente pollos, pavos, cerdos y vacas. A ésta se le suma el contexto general de la agricultura industrial y con agrotóxicos, en la que 75 % de la tierra agrícola de todo el planeta se destina para todo lo vinculado a la cría masiva de animales, principalmente para sembrar forrajes con ese destino. La tercera es el crecimiento descontrolado de la mancha urbana y las industrias que la alimentan y por ella subsisten, desde grandes mineras a supermercados.

Las tres juntas son causa de la deforestación y destrucción de hábitats naturales en todo el planeta, que también implica desplazar comunidades indígenas y campesinas en esas áreas. Según la FAO, a nivel mundial, la expansión de la frontera agropecuaria es responsable de 70 por ciento de la deforestación, pero en países como Brasil, la expansión de la frontera agropecuaria es culpable de 80% de la deforestación.

En México vimos como se originó la gripe porcina en 2009, a la cual le pusieron el aséptico nombre de Gripe A H1N1, para desvincularla de su puerco origen. Originó en la fábrica de cerdos llamada Granjas Carroll, en Veracruz, entonces co-propiedad de Smithfield, la mayor productora de carne a nivel global. Smithfield fue comprada en 2013 por una subsidiaria de la mega empresa china WH Group, actualmente la mayor productora de carne porcina del

mundo, ocupando el primer lugar en ese rubro en China, Estados Unidos y varios países europeos.

Aunque el virus de la gripe porcina no es un coronavirus, la mecánica de cómo llega a convertirse en epidemia/pandemia es similar a la de otras enfermedades zoonóticas. Un factor fundamental en este proceso es la existencia de enormes cantidades de animales de cría confinados, hacinados e inmunodeprimidos, que alientan la mutación de los virus. En las grandes instalaciones, a esos animales se les da continuamente antibióticos y ocasionalmente también antivirales, además de estar expuestos en ambiente y alimentación a diversos plaguicidas desde que nacen hasta el matadero. Tanto para que engorden más rápido como para tratar de que no se enfermen, en condiciones absolutamente insalubres para cualquier ser vivo.

Más del 70% de los antibióticos a nivel global se usan para engorde o prevención de infecciones en animales no enfermos, lo cual ha producido un gravísimo problema de resistencia a los antibióticos, también para los humanos. La OMS llamó desde 2017¹ a que “las industrias agropecuaria, piscicultora y alimentaria dejen de utilizar sistemáticamente antibióticos para estimular el crecimiento de animales sanos”.

Tal como explica Rob Wallace² -biólogo evolutivo y filogeógrafo del Instituto de Estudios Globales de la Universidad de Minnesota, que ha estudiado por más de 25 años el tema de las epidemias del último siglo-, los centros de

cría animal son el lugar perfecto para la mutación y reproducción de los virus. Los virus pueden saltar entre especies, y si bien se pueden originar en especies silvestres de aves, murciélagos y otras, es la destrucción de los hábitats naturales lo que los empuja fuera de sus áreas, donde las cepas infecciosas estaban controladas dentro de su propia población. De allí, pasan a áreas rurales y luego a las ciudades, aunque también pueden llegar a las ciudades por el aumento del consumo urbano de carne de animales silvestres, que, claramente, no es el consumo tradicional y que incluso desarrolla la cría en confinamiento de estos animales.

Pero es en los inmensos centros de cría de animales para la industria agropecuaria donde hay mayores chances de que se produzca la mutación de un virus que luego afectará a los seres humanos. Esto se debe a la continua interacción entre miles o millones de animales, muchas diferentes cepas de virus y el contacto con humanos que entran y salen de las instalaciones.

El aumento de la interconexión de los transportes globales, tanto de personas como de mercancías -incluyendo animales- hace que los virus mutantes se desplacen rápidamente a muchos puntos del planeta.

Un aspecto complementario: como mostró la organización *Grain*, el sistema alimentario agroindustrial, desde la semillas hasta los supermercados, es responsable de cerca de la mitad de los gases de efecto invernadero³ que producen el cambio climático, cambio que también provoca

que migren las especies a nuevas áreas, incluso mosquitos que también pueden transmitir algunos virus. A su vez, la cría intensiva de animales es responsable de la mayor parte de esas emisiones. (*Grain*, 2017)⁴

Claro que aunque conozcamos lo que produce los virus infecciosos, no cambia que este virus, el COVID-19, existe y tiene consecuencias ahora, y es importante cuidarnos y sobre todo a los más vulnerables por diversos factores. Aún así, no está de más recordarnos que según informa la Organización Mundial de la Salud, el 72 por ciento de las muertes en el mundo son por enfermedades no transmisibles, varias de las cuales están ligadas directamente al sistema alimentario agroindustrial, como enfermedades cardíacas, hipertensión, diabetes, cánceres digestivos, en el contexto de obesidad y malnutrición.

El enfoque de acción en emergencia y la búsqueda de supuestas vacunas implicando que la pandemia se podría controlar por medios técnicos, oculta las causas y promueve la perpetuidad del problema, porque vendrán otras epidemias o pandemias mientras las causas sigan sin tocarse.

Este virus en particular puede desaparecer así como desapareció el SARS y el MERS. Puede que su presencia ya no sea grave, pero van a aparecer otros, o el mismo COVID-19 se va a transformar en el COVID-20 o el COVID-21, por otra mutación, porque desde la destrucción de los hábitats silvestres a las megagranjas de cría animal, todas las condiciones se mantienen intactas. Hay que cuestionar

todo el sistema alimentario agroindustrial, desde la forma de cultivo, hasta la forma de procesamiento, distribución y consumo. Todo este círculo vicioso que no se está considerando, hace que se esté preparando otra pandemia.

En algunos países, las industrias agroalimentarias, principales productoras de los virus, se ven incluso beneficiadas por las epidemias al ser consideradas por los gobiernos como “industrias básicas” para la supervivencia. Lo cual es una falaz mentira, ya que es la producción campesina, indígena y de pequeña escala, incluso urbana, la que provee alimentos a 70% de la humanidad. Son los agronegocios los que nos dan comida basura llena de agrotóxicos, que nos enferman y debilitan ante las pandemias, al tiempo que siguen acaparando tierras campesinas y áreas naturales. (ETC, ¿Quién nos alimentará?, 2017)⁵

En la emergencia surgen jugosos negocios para algunas empresas o bancos. Las farmacéuticas, las productoras de insumos para la protección sanitaria, las empresas de ventas en línea y de producción de entretenimiento, se enriquecen ridículamente con la declaración de pandemia.

Desde antes de la pandemia, las famosas empresas informáticas GAFAM (Google, Amazon, Facebook, Apple, Microsoft), ya eran las empresas más valorizadas a nivel de valor de mercado de sus acciones. Ahora, están haciendo ganancias enormes porque ha habido una sustitución de la comunicación directa, aún más, por la comunicación virtual.

Otras empresas tienen o tendrán pérdidas –que trasladan a las y los trabajadores y a la sociedad de muchas maneras, incluso en aumento de precios– pero serán en muchos casos las primeras en beneficiarse de subsidios gubernamentales, ya que bajo el discurso de que hay que rescatar “la economía”, la mayoría de los gobiernos no duda en favorecerlas antes que a los sistemas de salud pública devastados por neoliberalismo o a los millones de personas que sufren la pandemia no sólo por el virus, sino porque no tienen casa, o agua, o alimentos, o perdieron su empleo, o trabajan a destajo y sin ninguna seguridad social, no tienen acceso a diagnósticos, ni médicos, o están en caravanas de migrantes, o refugiados en algún campamento, hacinados en albergues o en la calle.

En lugar de a estas personas, los proyectos de salvataje de la economía en la mayoría de los países van a apoyar nuevamente a empresas, a las farmacéuticas que intentarán monopolizar las vacunas, a las empresas de la agricultura y pecuaria industrial que producen estos virus. Es como una repetición permanente del sistema capitalista injusto, clasista, que afecta mucho más a quienes ya de por sí estaban mal.

Pero en este contexto, también surgen formas de solidaridad desde abajo. Junto a ellas es necesario enraizar un cuestionamiento profundo a todo el sistema alimentario agro-industrial, y una valoración profunda y solidaria de todas y todos a las y los que desde sus chacras, huertas y comunidades nos alimentan y previenen las epidemias.

Notas

1. Ver: <https://www.who.int/es/news-room/detail/07-11-2017-stop-using-antibiotics-in-healthy-animals-to-prevent-the-spread-of-antibiotic-resistance>
2. Ver: <https://www.anred.org/2020/03/20/coronavirus-la-industria-de-la-agricultura-pone-en-riesgo-millones-de-vidas/>
3. Ver: <https://www.grain.org/entries/4395-alimentos-y-cambio-climatico-el-eslabon-olvidado>
4. Ver: <https://www.grain.org/article/entries/5648-tomar-el-toro-por-los-cuernos-reducir-la-produccion-industrial-de-carne-y-lacteos-puede-frenar-su-impacto-negativo-en-el-clima>
5. Ver: https://www.etcgroup.org/es/quien_alimentara

Las nuevas pandemias del planeta devastado

Marina Aizen*

Publicado en Revista *Anfibia*

28 de febrero de 2020

La aparición de esos raros virus nuevos, como el coronavirus COVID-19, no es otra cosa que el producto de la aniquilación de ecosistemas, en su mayoría tropicales, arrasados para plantar monocultivos a escala industrial. También son fruto de la manipulación y tráfico de la vida silvestre, que en muchos casos está en peligro de extinción.

[*] **Marina Aizen** (Buenos Aires, 1963). Periodista, autora, columnista. Fue corresponsal de Clarín en Nueva York y editora de la Revista Viva. Autora de *Contaminados, una inmersión en la mugre del Riachuelo* (Debate, 2013), un libro que examina la complejidad socio-ambiental del río más sucio de la Argentina, y *Trumplandia, una guía para entender los Estados Unidos* (Ediciones B, 2017), que describe el lado más oscuro del país que eligió a Donald Trump. Tiene numerosos premios nacionales e internacionales por su cobertura de temas ambientales, entre ellos, el galardón Príncipe de Mónaco, entregado por la Asociación de Corresponsales extranjeros de las ONU. Actualmente integra el colectivo Periodistas por el Planeta, una organización de mujeres periodistas dedicaba a cambiar la narrativa sobre la crisis planetaria.

Hace más o menos una década, los científicos vienen estudiando la relación entre la explosión de las enfermedades virales y la deforestación. Esto no se puede apreciar mientras una topadora avanza contra un monte cargado de vida, sino que se revela recién cuando empiezan a aparecer síntomas extraños en las personas, malestares que antes no se conocían.

Este fenómeno está documentado en muchos países, que van desde el el Sudeste asiático hasta América latina, y cada uno tiene sus características, complejidades y dinámicas. Sin embargo, en el fondo se trata siempre de lo mismo: de cómo nuestra visión extractiva del mundo vivo está llevando a la humanidad a una encrucijada en la que pone en jaque a su propia existencia. Es algo que no se arregla con alcohol en gel.

Carlos Zambrana-Torrelío es un científico boliviano, vicepresidente de Eco Health Alliance, una organización con sede en Nueva York que monitorea la relación entre la vida silvestre y las enfermedades emergentes. Él anda siempre recorriendo zonas calientes, uniendo los puntos de las crisis epidémicas y el ambiente en el que se desarrollan. Y cuenta que todo el tiempo en todo el mundo hay saltos zoonóticos (de virus que van de los animales a los humanos), pero no siempre alcanzan la fama internacional, ya sea porque la enfermedad ha sido contenida o porque no se han dado las condiciones para que se propague.

En junio del año pasado, por ejemplo, se registró en Bolivia un foco de un nuevo patógeno, llamado Chapare Virus. Se había identificado por primera vez en 2003 en Cochabamba, en una zona desmontada para plantar arroz, que suele ser cosechado a mano, lo que implica que la gente que trabaja en su recolección vive cerca de la zona de cultivos. Cultivos que, a su vez, atraen a ratones portadores del virus que causa una fiebre hemorrágica. Y que es transmisible de humano a humano.

Sorpresivamente, unos 16 años después, apareció en una salita de emergencias en las afueras de La Paz un señor con síntomas que los médicos no conocían, por lo que no tomaron la precaución para protegerse. Enseguida, el señor se murió, dos médicos que lo atendieron, también. Tres muertos en dos semanas. Cómo viajó el virus del campo en la región tropical a los Andes, es un misterio.

Zambrana-Torrelío trabaja en África, particularmente en Liberia y Sierra Leona, donde el brote del ébola sorprendió a todo el mundo por su ferocidad. Allí la emergencia de la enfermedad tuvo como causa principal la fragmentación del bosque tropical. Eso hizo que se juntaran muchas especies distintas de murciélagos en los pocos árboles que quedaban en pie y empezaran a convivir hacinados en ellos. Esta mezcla de especies, que no habían interactuado antes en el ambiente, fue el caldo de cultivo de lo que pasó después.

Un día, un niño encontró un murciélago en el suelo y se lo llevó a su mamá para que se lo cocinara. Se presume que la mujer pudo haber tenido heridas en la mano. Y el contacto de los fluidos del animal con la sangre humana fue suficiente como para que se desencadenara una epidemia en una población altamente vulnerable. Entre 2014 y 2016 se registraron 28.600 casos de infección y 11.325 muertes por ébola, según cifras del Center for Disease Control (CDC) de los Estados Unidos.

“Pero todo empezó por la deforestación”, señala Zambrana-Torrel. “En Borneo, la fragmentación del bosque está causando el incremento de la malaria. Y la razón es porque en lugares abiertos, hay mayores huecos donde se acumula agua. Los mosquitos se reproducen y aumentan los casos en la gente que está en ese lugar poniendo palma para hacer aceite”, agrega el cazador de virus.

La aparición de enfermedades zoonóticas no es un fenómeno nuevo, pero parecen ir en aumento. El autor David Quammen explora las razones en su libro *Spillover: Animal Infections And The Next Human Pandemic* (Derriame: Las infecciones animales y la próxima pandemia humana). Sostiene que una enorme población humana, sumada a una enorme población de ganado, a la destrucción de los hábitats naturales y los ecosistemas alterados, resulta en un combo que podría convertirse fácilmente en una diatriba sobre la venganza de la naturaleza contra la humanidad.

En un reportaje a la National Public Radio de Estados Unidos, Quammen señaló que las personas somos el vínculo común en todas las zoonosis: “Nosotros somos tan abundantes y tan perturbadores en este planeta... Estamos talando los bosques tropicales. Nos estamos comiendo la vida silvestre. Cuando entras en un bosque y sacudes los árboles, literal y figuradamente, los virus se caen de ellos”.

El desmantelamiento de sistemas boscosos ocurre a gran escala desde hace dos o tres décadas, empujado por la globalización, el capitalismo y la gran industria alimentaria. Por ejemplo, todos consumimos aceite de palma porque está presente en productos que van desde los cosméticos a las papas fritas sin grasas trans o el Nutella y el biodiésel. Lo que no sabemos es que esos productos conllevan, además de la desaparición de especies carismáticas como los orangutanes, virus que se contagian.

En la Argentina, la transformación de ambientes ha traído consecuencias de enfermedad y muerte a lo largo de la historia, y no sólo por el asedio a ecosistemas como el Gran Chaco, Las Yungas y la Selva Paranaense, sino también de la llanura pampeana. Quien lo cuenta es Fidel Baschetto, veterinario cordobés, docente de la Universidad Nacional en esa provincia.

“Si hacemos historia de las modificaciones ambientales en la Argentina, han ocurrido hechos que pasaron desapercibidos pero se han estructurado en un formato de normalidad. Por ejemplo, la conquista de la llanura pam-

peana y esta modificación y domesticación a mansalva que se hizo de ella, provocó una enfermedad que fue y es la fiebre hemorrágica argentina”, indica. También recuerda que la epidemia de fiebre amarilla, que se cobró la vida de hasta un 15% de la ciudad de Buenos Aires en el verano trágico de 1871, tuvo de base la interacción del hombre con zonas prístinas de la selva misionera.

Los ecosistemas son marañas complejas de relaciones evolutivas que sólo comprendemos de manera fragmentada, a través de pacientes observaciones científicas. Su destrucción en nombre de la expansión del progreso, o simplemente, de la codicia, tiene sus costados oscuros, que luego de sufren en la carne. Nuestra carne.

Así que cuando, por ejemplo, Jair Bolsonaro se vanagloria de la soberanía de Brasil sobre las cenizas de la Amazonía, sólo cabe a esperar que, en algún momento, la enfermedad azote al territorio convertido de selva en zona agrícola-ganadera. Una muestra de esto es un estudio publicado en el *Journal of Emerging Infectious Diseases* en 2010: la destrucción del 4 por ciento de la selva resultó en un aumento del 50 por ciento de los casos de la paludismo.

Las especies silvestres no están enfermas de los virus que portan, ya que han evolucionado por miles de años junto a ellos. “Cualquier animal puede tener entre 50 virus únicos que están ahí. Es parte de la dinámica del sistema. Si no hubiera humanos, no habría transmisión”, afirma Zambrana-Torrelío.

“Lo que son nuevos virus para nosotros no lo son para la naturaleza. Entonces, la disyuntiva es si hablamos de una enfermedad emergente o de una enfermedad emergente para el hombre -explica Baschetto-. Hay muchos virus que han co-evolucionado con ciertas especies y esas especies no padecen la enfermedad. El agente patógeno va a entender que cuando ingresa en un nuevo individuo lo que tiene que hacer es no enfermarlo o por lo menos no ocasionarle la muerte. Porque la muerte del huésped o lo que nosotros llamamos paciente, lleva la muerte del agente patógeno también. Ningún micro organismo desea producirle la muerte al huésped. Pero hasta que eso evoluciona, lo que puede tardar miles de años, se produce la enfermedad”, agrega el científico cordobés.

No es la culpa de los murciélagos, mosquitos, ratones o pangolines sino de lo que hacemos con el ecosistema en el que viven y cómo los juntamos y manipulamos a todos en un nuevo ambiente artificial. Esta es la verdadera receta del coronavirus, algo que probablemente cueste una recesión global. O sea que mutilar los ecosistemas tiene un precio muy caro para pagar.

El salto del coronavirus a los humanos se produjo en un mercado de la ciudad de Wuhan, en China, donde se comercializan especies silvestres, producto del tráfico ilegal. El contrabando de estos animales transita por las mismas rutas que el narcotráfico y la venta ilegal de armas, y mueve miles de millones de dólares. Quienes consumen esta

carne es gente que migró del campo a la ciudad y que ahora, en vez de cazarla, la compra en los mercados, buscando recrear en su memoria los sabores de su infancia. En el caso del SARS (Síndrome Respiratorio Agudo Grave), cuyo salto zoonótico también se produjo en uno de estos llamados *wet markets*, las heces de los murciélagos fueron clave para que el virus comenzaran su camino hacia una epidemia que afectó a 8 mil personas en 2003.

Sería un error pensar que esto sólo pasa en China, donde el gobierno ahora impuso una restricción a la venta de esos productos, empujando -seguramente- a su consumo en el mercado negro. En los Estados Unidos, cuenta Zambrana-Torrelío, para la época de Halloween brota la demanda por murciélagos disecados para la decoración. Hay gente para todo.

En la Argentina, “muchas personas consumen carne de fauna silvestre (peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos) desconociendo si eso puede acarrear el contagio de parásitos u otras enfermedades porque la sanidad en especies silvestre no está muy desarrollada”, sostiene Claudio Bertoniatti, asesor científico de la Fundación Félix de Azara. Así que aquí también se puede abrir la puerta a nuevos brotes.

La preservación de los ecosistemas no es sólo un asunto de moralina ambientalista, sino algo que tiene que ver con nuestra supervivencia. Si la Tierra está enferma, nosotros también. Zambrana-Torrelío lo pone en estas palabras: “Debemos dejar de pensar que los huma-

nos somos algo separado del sistema porque sino, nos da la idea completamente errónea de que podemos cambiar, destrozarnos y modificar el ambiente a lo que mejor nos parezca. Cualquier cambio que hagamos en el planeta va a tener un impacto en nuestra salud". Al final, estamos todos juntos en el mismo barco. Y unidos por la misma suerte, con o sin barbijo.

La vida en cuestión

María Pía López*

Especial para ASPO

6 de abril de 2020

¿Qué recordamos cuando todo se interrumpe? ¿Qué memorias personales y sociales se nos hacen presentes? ¿Cuáles de ellas están allí, a disposición y a la espera, tensionando el presente desde lo transcurrido? El tiempo del aislamiento social preventivo y obligatorio es, en cierto modo, un tiempo detenido, sujeto a un puro presente que debe ser agenciado en términos estrictos de necesidad y preservación. Detenido el tiempo, interrumpido el movimiento por la ciudad. Eso abre un cierto tipo de experiencias que ponen en suspenso la historicidad como con-

[*] **María Pía López** (Trenque Lauquen, 1969). Reside hace tres décadas en Buenos Aires. Es socióloga, escritora y militante. Actualmente es Secretaria de Cultura y Medios de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Cree que escribir es parte del esfuerzo de golpear con los nudillos las paredes del edificio social, para ver dónde se producen grietas. Su último libro es *Apuntes para las militancias. Feminismos: promesas y combates* (EME, 2019).

dición: no es extraño que en las redes sociales coexista la demostración de imágenes del cotidiano (que certifican el estar en casa, las costumbres, las convivencias, la evidente materialidad del puro presente) con la recuperación de fotos de la infancia o de hechos ya transcurridos (viajes, reuniones, festejos) que, quien publica, intenta traer a cuenta. Esas imágenes vienen a decir que hubo otros modos de vivir el cuerpo, la relación con otrxs, el espacio público. La experiencia moderna del tiempo y del espacio están en cuarentena: ni circulación por las calles, ni apertura explícita de proyecciones sobre el futuro.

La pandemia pone en primer plano la gestión de lo imprescindible y el alivio de la amenaza sanitaria postergando el pico de los contagios para cuando estén resueltas algunas condiciones que permitan atajarlo. Al hacerlo, parece clausurar la pregunta por lo que vendrá cuando la crisis finalice, aunque esa pregunta sea la central. Esa pregunta, la de la imaginación política, no puede desgajarse de las memorias de lo realizado. Hoy el empresariado está planteando el fin de la cuarentena, apostando a la hipótesis de que es posible separar el flujo de las mercancías y el dinero, del flujo del virus, mediante el ejercicio de sistemas de ordenamiento de los cuerpos y cuidados de salubridad. Cuando se discute en torno a las actividades esenciales se confronta eso, pero también la decisión de no separar ingresos de trabajo realizado. Cuando los más ricos entre los ricos deciden despedir trabajadorxs, no lo hacen

porque no puedan afrontar el costo de pagar salarios durante la detención de la producción. Lo hacen porque esa conexión (para vivir hay que vender y realizar la fuerza de trabajo) es la clave de su propia existencia.

Lo esencial. En la obstaculización de esa otra posibilidad, de lo que podría abrir este tiempo sin trabajo pero con salarios, ven algo muy relevante, que también se juega socialmente en el desprecio –y el miedo– al *planero*, al *chorro*, al militante: las figuras que parecen solo extraer, cuasi parasitariamente, el excedente del esfuerzo productivo. Figuras de la circulación de las mercancías y del dinero pero no de su producción, que aparecen separadas del mandato «ganarás el pan con el sudor de tu frente». El productivismo que aconteció en muchos sectores alrededor de afianzar las lógicas del trabajo a distancia evidencia el temblor ante la revelación potencial de que lo que hacemos diariamente sea superfluo. Y si lo fuera, ¿qué vidas se abrirían? ¿qué posibilidades para cada quien, para los núcleos familiares y las redes afectivas?

El empresariado intenta reponer la lógica «de casa al trabajo y del trabajo a casa», como salida económica a la amenaza sanitaria, lo cual despojaría a nuestras vidas precisamente de eso supuestamente superfluo que es el ocio en el espacio público, el consumo cultural, el activismo político, la sociabilidad paseandera. Cómo se gestiona la emergencia es una decisión que pone en juego, también, imágenes de la sociedad futura: porque si bien es un paréntesis

extraordinario, no puede desprenderse de su condición de laboratorio. Si hoy se discuten impuestos de urgencia al capital o bajas de salarios, es porque nada de lo que se decida es inocuo ni afecta solo a lo que transcurra en estos meses, sino que abre la experiencia que podrá ser considerada en tiempos ordinarios. Laboratorio, entonces, de modos virtuales de trabajar y enseñar, de circuitos de gestión, de vaciamiento del espacio público, de trato con el roce corporal.

Pero si esto que hoy se hace tendrá efectos sobre el futuro, también lo que hoy hacemos pone en juego memorias sociales. La riqueza de una sociedad no es solo su materialidad económica, los bienes transables, lo que puede mencionarse en un acta testamentaria o ser sujeto a las leyes de la propiedad. También hay otra riqueza: el lenguaje compartido, la ciencia, el saber, el arte, la construcción de enunciados y modos de actuar con relación a otros. Si expurgamos de eso a las naciones –alguna vez le escuché decir a Horacio González–, ellas serían meros enclaves económicos y hechos criminales: guerras de fronteras y valorización mercantil de los territorios. Pero son algo más, y en ese *algo más* nos reconocemos: heredamos y preservamos. Incluso cuando solo creemos que lo hacemos instrumentalmente al usar el lenguaje para comunicarnos. Nada hay que sea solo técnico ni puramente instrumental. Cada uso acarrea una mochila desconocida de interpretaciones y visiones del mundo, modos de sentir y núcleos de imaginación.

El activismo político, tan denostado por quienes pretenden una sociedad regimentada por la empresa, la tecnología y una ciencia reducida a la gestión biológica, es agente fundamental de esa producción de sentidos. Vale pensar, por ejemplo, en la relevancia del movimiento de derechos humanos en la construcción de la vida en común después del terrorismo de estado.

En Argentina, esa memoria militante constituye acuerdos sobre el pasado (como se hizo evidente cuando la Corte Suprema de Justicia de la Nación intentó favorecer la salida en libertad de los genocidas aplicando el llamado «2 por 1», cómputo aplicado para quienes están en la cárcel sin condena firme, y una multitud salió a las calles para recordar que ese pacto está vigente) y una sensibilidad para considerar la injusticia del presente (recorremos, también, la reacción social ante la desaparición de Santiago Maldonado). Esa sensibilidad es relativa, porque no se activa del mismo modo ante la violencia institucional ni ante todos los casos de criminalización de la protesta. Pero sitúa márgenes de lo inaceptable, límites a la represión estatal, condiciones a las fuerzas de seguridad.

En situación de pandemia, prima la idea de un orden necesario: el aislamiento obligatorio exige la voluntad ciudadana de acatarlo, pero también el control policial de la circulación. Las libertades individuales son suspendidas en nombre del bien común. Las fuerzas de seguridad tienen prácticas sedimentadas, y es difícil que algunos de

sus integrantes no recaigan en el hábito de verdeguear e ir más allá del cumplimiento de la ley, en especial cuando el objeto de su amenaza o sanción son jóvenes de los barrios populares. La mano dura en el control de la calle y de los cuerpos es moneda corriente en esos territorios, y quizás el no haber construido un consenso respecto de su necesaria condena y límite es un fuerte desmedro de la lógica democrática. Hablamos de la riqueza social. También es necesario pensar sus deudas. Las nuestras.

Las alertas están, pueden activarse. De hecho, hay sanciones contra gendarmes y policías filmados mientras agredían a civiles, jugando a recrear oscuras escenas en las que un uniformado prescribe coreografías de salto de rana y cuerpo a tierra. Hace un tiempo –difícil decir esta frase cuando ya no tenemos claro qué es eso del tiempo, porque lo vivido es una combinación de detención y vértigo, pero imaginemos que podemos decirla– el presidente argentino afirmó que había que dar vuelta la página respecto de la dictadura cívico-militar porque los militares que están en actividad ya habían sido formados durante la democracia. Esa frase generó inquietud: parecía desconocer la fuerza de la condena al terrorismo de estado como umbral de legitimidad para la democracia argentina, y se privaba de interrogar acerca de la persistencia de las prácticas y los valores que se transmiten de modo informal dentro de las instituciones, fuera del currículum legítimo y público. Y es posible que la frase dijera algo que ni

siquiera estaba en el horizonte de su enunciador ni de sus receptores inquietos, que anunciara esa reconversión de los cuarteles en hospitales de campaña; y de los militares, en agentes de asistencia alimentaria y sanitaria.

El virus es igualitario –se prende a todo cuerpo–, pero sus efectos se cumplen diferencialmente en un orden de desigualdades. No sólo las consabidas de edad o enfermedades preexistentes, que lo vuelven riesgoso para la continuidad de la vida. También desigualdades sociales, de clase y de género. La masividad del peligro pone en evidencia los desiguales accesos a la salud (distritos gigantescos e hiperpoblados que tienen un solo hospital), a los servicios públicos, a las viviendas en condiciones y al trabajo formalizado. La cuarentena empezó a ser un privilegio accesible a quienes tenemos lugar para encerrarnos y un salario, aunque no salgamos a trabajar. Pero a la vera de eso están millones de personas que viven en casas precarias, cuyos ingresos provienen de la economía popular. De algún modo, hizo visible lo que ya se venía problematizando desde la creación de herramientas sindicales, como la UTEP-CTEP, y desde las acciones de los feminismos, que mostraron que el trabajo socialmente necesario no es solo el que se lleva adelante en el marco de los contratos salariales, u organizado por la conducción empresarial y representado por los sindicatos, sino que mucho de ese trabajo se realiza fuera de ese orden: el trabajo informal, el de reproducción y cuidados hogareño, el comunitario. Trabajos centrales para que la

sociedad siga existiendo y se preserve la vida, en muchos casos mal remunerados (el trabajo doméstico asalariado se cuenta entre los peores pagos) o impagos (como el realizado por mujeres en sus propios hogares).

Eso fue problematizado y demostrado por los feminismos, y ahora revelado a contraluz de la pandemia, que pone, con extraordinaria nitidez, los cuidados en el centro de la escena: cuidados de la población en riesgo, cuidado de las infancias con las escuelas cerradas, cuidados alimentarios, cuidados de salud. Las instituciones públicas muestran su rostro de cuidados, pero solas no bastan. Por eso se coordinan con un activismo social enorme, que toma en sus manos la reproducción vital. Ya lo hacía una militancia en gran parte constituida por mujeres que sostienen comedores y merenderos, que defienden a otras en situación de violencia, que cuidan niños de todo el barrio, que gestionan y pelean en los municipios, que acompañan abortos y que defienden a les pibes de la violencia institucional. La pandemia muestra a esas cuidadoras, y el Estado las reconoce como promotoras comunitarias. El proceso por el cual se produce ese reconocimiento no es ajeno a los feminismos, al tipo de representación disputada respecto de ese esfuerzo social: allí donde las derechas reaccionarias ven planes distribuidos a una población que no realiza esfuerzos, nosotras vemos esfuerzos intensos e imprescindibles mal remunerados. El trabajo mismo de la reproducción social. Esos trabajos no son solo auxilios en

la crisis. Su horizonte es el de la transformación de relaciones sociales que son inequitativas y mortíferas, porque la desigualdad mata. Al tiempo que se reconoce la importancia de los cuidados –reconocimiento que exige la pandemia–, hay que evitar menoscabar su politicidad.

Recordar estos procesos es activar una memoria social compartida, procurar que ella sea parte de las imaginaciones que disputan el futuro. Porque hay varias distópicas y probablemente triunfantes: un futuro poblado de mercancías y dinero libres de humanos virósicos, teletrabajos intensos y nuevos modos de expansión de la productividad, ciudades regimentadas y espacios públicos vacíos, controles migratorios exhaustivos y fronteras cerradas. Frente a eso están esos otros modos de pensar la vida en común, la posibilidad de construir cuidados comunitarios, un Estado capaz de organizarse con las alertas construidas por las largas luchas democráticas y por la inventiva de la movilización plebeya. Un impulso que lleva más allá de la preservación de la vida tal cual existe (y que está amenazada por el hambre y la enfermedad), para ir hacia la apuesta de una vida que valga la pena de ser vivida.

LAS TRAMPAS DE LA UNIDAD

Malvinas, el Guasón y el coronavirus: una prevención hecha de desconfianza y enemistad

Esteban Rodríguez Alzueta*

Publicado en *El Cohete a la Luna*

29 de marzo de 2020

Los argentinos conocimos muchas *uniones*. Una de ellas fue la de 1982. En las últimas semanas advertimos cierto tufillo a *malvinizar* a las audiencias para enfrentar la “guerra al COVID-19”. Parece que el coronavirus tiene la capacidad de no generar divisiones, de construir consensos anímicos, hechos de miedo, mucho miedo, pero también, como diría Spinoza, de otras pasiones tristes que vuelven maldita esa unión. Más allá de que seamos kirch-

[*] **Esteban Rodríguez Alzueta** (La Plata, 1970). Abogado y Magister en Ciencias Sociales (UNLP). Se desempeña como docente e investigador de la Universidad Nacional de Quilmes. Dicta clases en varios posgrados sobre sociología del delito, violencia e inseguridad. Director del Lesyc y de la revista *Cuestiones Criminales*. Es autor de *Temor y control* (Futuro Anterior, 2014), *La máquina de la inseguridad* (EME, 2016) y *Vecinocracia* (EME, 2019).

neristas, albertistas, marxistas o macristas, “todos estamos en el mismo barco”.

1. Malvinas es un nombre que quedó en la memoria por muchas razones, una de ellas es porque fueron meses donde los buenos se juntaron con los malos. Y que cada uno ponga en el casillero de los “buenos” a los grupos que le plazca. En la Plaza de Mayo estaban todos, o casi todos: no estaban los desaparecidos, ni las Madres, ni los exiliados y tampoco muchos argentinos que leyeron con angustia la empresa moral de la dictadura. Una Plaza que había sido entrenada en 1978, que venía a duplicar la euforia aprendida en el Mundial '78. En efecto, 1978 fue un año donde todos “jugamos el mismo partido” y con cada gol de la selección nacional nos sorprendimos abrazados con la persona que teníamos al lado, sin preguntarnos si se trataba de un torturador o un mero oficinista. Aunque está visto que muchas veces no hay diferencias entre los profesionales de la violencia y los asesinos de escritorio.

Todas esas uniones están malditas, porque no estaban hechas de diálogos plurales sino de chantajes morales que clausuraban la política. No había un intercambio paciente de argumentos sino mero consignismo hueco, que convertía al diálogo en un monólogo urgente. En tiempos de guerra el que habla es un traidor, no son momentos para librepensadores. Quiero decir, la comunidad que se postulaba no era el fruto de debates pacientes, con todos sus desacuerdos, sino

de la fatalidad de tener que deponer nuestras opiniones, de postergar las discusiones para tiempos mejores. No había voluntad de unirse sino un temor desesperado a volar por los aires. Como escribió Charly García en clave hobbesiana: “Parte de la religión”. Es decir, aquello que nos juntaba era lo que nos separaba: el temor. El temor a la invasión o a los bombardeos; el temor a la exclusión social (por desocupación o pérdida de status); o, como ahora, el temor a la enfermedad. En todos los casos se trata siempre del temor a caer, el temor a la muerte, una muerte que ya no espera al final de la vida sino que se precipita por proximidad. La guerra, la pobreza y la enfermedad nos recuerdan la fragilidad de la vida, la puerilidad que tienen muchas veces las disputas que nos desencuentran. Disputas que resignamos, aunque secretamente las continuamos por otros medios.

2. Hasta hace muy poco nos lamentábamos hablando de la posverdad: una vez más los populismos de derecha habían puesto a la verdad más allá de la realidad. Hasta que la realidad cayó por su propio peso. Y que conste que no estoy pensando en la caída de las bolsas en todo el mundo. Con el coronavirus estamos prendidos de la realidad, le seguimos el pulso, minuto a minuto, a cada instante. Estamos obsesionados con la realidad, una realidad que pide ser explicada, o, mejor dicho, sentida, glosada, exasperada, memeada, reenviada, reída, gritada, vigilada y denunciada.

Porque el problema no es que la realidad supere a la ficción, sino que la realidad sigue siendo pensada a través de algunas ficciones que fuimos componiendo durante todos estos años mentirosos que vivimos, donde se amasó y desde donde se catapultó la posverdad. La combinación resulta explosiva: posverdad e hiperrealidad. Y que conste que cuando digo ficción no estoy pensando en La peste de Camus o en la novela de Dean R. Koontz Los ojos de la oscuridad; y tampoco en el universo distópico cultivado por novelistas de la talla de Orwell, Ballard o Dick. Estoy pensando en los formatos del periodismo televisivo y radial contemporáneo, hechos de emociones, generalizaciones súbitas y mucha velocidad. Un periodismo ignorante pero sensiblero, lleno de información chatarra, con datos que son incapaces de procesar o digerir, y todo envuelto en imágenes loopeadas que tienen la capacidad de acelerarnos las pulsaciones cardíacas. Un periodismo que ya no está para contar lo que sucedió sino lo que está sucediendo, y si es posible, en vivo y en directo. Hace rato que el filósofo y urbanista francés Paul Virilio advirtió que la velocidad estaba reemplazando a la comunicación, o mejor dicho, que la velocidad se había convertido en una forma de comunicación paradójica, una comunicación estallada hasta la desaparición. Los periodistas nos bombardean con la realidad, con las noticias urgentes, de último momento, con alertas de todo tipo. Un periodismo, entonces, que tiene la capacidad probada de enloquecernos a todos

y todas, de meterle más angustia a nuestras vidas angustiadas. No sólo a nosotros sino a muchos funcionarios en los que hemos depositado también nuestra confianza. Por suerte, y dicho sea entre paréntesis, tenemos un Presidente que no está dispuesto a congraciarse con la gente, que mete paños de tranquilidad para que tramitemos la cuarentena con responsabilidad. Un Presidente que hace esfuerzos enormes para no perder la paciencia y hacerles bajar un cambio a aquellos periodistas que siguen haciendo preguntas llenas de golpes bajos, comparaciones dudosas y pronósticos truculentos. En fin, un periodismo que se hace eco de las uniones malditas y colabora en la vigilancia y la delación.

3. Y me quiero detener en estas dos palabras: vigilar y delatar. La unión está maldita porque está cargada de prudencialismo. Hay un refrán popular que se repite hasta el cansancio y dice: “Mejor prevenir que curar”. Esta frase es imbatible, no admite refutación alguna, por lo menos del sentido común imperante. Pero no nos damos cuenta de que la prevención hoy en día es el mejor vector para la punición, que con la prevención llegan los punitivismos, sobre todo cuando la prevención la ejercen los vecinos y vecinas alertas.

Le pido al lector que no se apresure y que ponga un poco de voluntad para entender. Por eso quiero ser explícito: no estoy diciendo que no haya que actuar preventiva-

mente. No estoy señalando tampoco que la cuarentena que dispuso el gobierno nacional no sea necesaria, ni oportuna, ni factible, y ni siquiera estoy queriendo contrariar la imposición de la cuarentena preventiva y obligatoria. Digo que la prevención no es siempre la misma. Hay preven- ciones que están hechas de amistad y cuidados entre sí, de ayuda mutua. Pero hay otras prevencciones que, por el contrario, están hechas de enemistad, de sálvese-quien- pueda, que son el fruto del miedo al miedo y del resentimien- to abyecto.

Me explico: no todas las personas o grupos de perso- nas pueden transitar la cuarentena de la misma manera. Hay grupos que no tienen las condiciones materiales para hacerlo, por la sencilla razón de que adentro de su casa, compuesta de una o dos habitaciones, por ejemplo, viven seis o más personas. Y que conste que no estoy pensando solamente en los pabellones de las unidades de encierro o los calabozos de las comisarías bonaerenses. Otras veces tampoco cuentan con entornos afectivos oxigenados por- que están cargados de violencias de distinto tipo (familia- res, de género), o de sostenidas indiferencias. En ese con- texto resultará muy difícil imponer una cuarentena. Quiero decir, entonces, que cuando la prevención está amasada en las políticas de la enemistad se le recomendará a la población la vigilancia y delación de su prójimo. En cambio, si la prevención está vertebrada en políticas de la amistad, la prevención viene con ayuda mutua.

En otras palabras: si pensamos la prevención con el otro, y podemos pensar en sus circunstancias particulares, en sus vivencias, sus sentimientos, podríamos llegar a pensar la prevención en otros términos, no a través de la delación sino de la solidaridad. Porque está visto que no todos podemos tramitar la cuarentena con la misma heladera, los mismos ahorros, el mismo reaseguro. De modo que cuando la prevención se desacopla del otro que tenemos al lado y de sus circunstancias, además de volverse un privilegio de clase, la prevención se vuelve maldita. Esa "unión que hace a la fuerza" encontrará muchas oportunidades, no sólo para reproducir las desigualdades, sino para desplegar sus resentimientos a través de la denuncia, el escrache, el insulto y otras formas de violencia que pueden escalar hacia los extremos. Una violencia que podrá asumir formas diferentes: disturbios en los hospitales, palizas colectivas o tentativas de linchamiento, saqueos colectivos a comercios, incendios intencionados a las viviendas de las personas enfermas o que no hacen cuarentena. Detrás de un resentido hay un buen padre de familia que puede pasar de la risa al insulto en un abrir y cerrar de ojos. Estos resentidos son los guasones de la época que saben que, para salir de caza, tienen que pintarse la cara para sacar todo lo que llevan adentro.

Por eso, cuando en Argentina escuchamos "prevención" estamos escuchando casi siempre "punicción". Y que conste que no estoy pensando solamente en los dispositivos puni-

tivos del Estado, sino en el punitivismo que viene por abajo. Porque la prevención llegará con vigilancia y delación vecinal. Peor aún, llegará con amenazas y linchamientos reales o simbólicos en redes sociales. Entonces la unión está maldita, la prevención que nos une no está hecha de amistad sino mezclada con resentimiento, odio, enemistad. Esta unión maldita es total. Por eso mismo, cuando detecte un virus se volverá implacable. La sociedad puede volverse una masa aislada que no dudará en apuntar al prójimo cuando ponga en riesgo su salud y la de su familia.

Es una unión preventiva agarrada de los pelos, prendida con alfileres. Una unión hecha con mucha desconfianza. No digo que todo volará por los aires, pero tampoco nos hagamos ilusiones. Si escuchamos a muchos periodistas por la radio y la televisión, estamos a punto de replicar el dedo pulgar positivo de las Malvinas. El optimismo pavo corre en paralelo con los peores pronósticos. Un optimismo que sabe disimular la violencia acumulada y contenida. Un periodismo que pendula entre la catástrofe y la comunidad imaginada. Los mismos que ayer hablaban sacando espuma por la boca son los que ahora aprendieron hablar de manera pausada, no interrumpen cuando le dan la palabra al entrevistado de turno.

4. Vuelvo al Mundial '78. En aquella oportunidad se ganó, y la gente eligió ver a un campeón del mundo. Pero esta vez no se trata de ningún partido de fútbol y está visto que

nos van a meter cientos de goles. Entre paréntesis: espero sepa el lector disculpar esta comparación odiosa, pero lo hago para formular la siguiente pregunta: ¿Qué sucederá llegado ese momento? Tal vez convenga no sobrereactuar la unidad, como tampoco agregarle pánico a una sociedad que de repente se descubre otra vez frente al abismo. Una sociedad –la argentina– que, estructuralmente hablando, no es la española y tampoco la italiana, que encierra otras incógnitas que tienen que ver con la pobreza y la marginalidad, pero también con el tamaño de la informalidad de su economía y el trabajo. No niego entonces que no estemos en un momento sumamente crítico, pero me pregunto si no habrá otra forma de tramitar la responsabilidad social que no sea metiendo más miedo al miedo. Me pregunto si no se puede pensar en una prevención que no reniegue del otro, del mundo difícil que tiene el otro, sino que, por el contrario, lo tenga presente para sentirlo y ser solidario.

La forma que asume esta prevención patrioterica nos recuerda entonces a otras uniones que estaban hechas también de miedo, desconfianza y mucha prevención. ¿Acaso será por eso que en algunos barrios escuchamos a los vecinos poner a la tardecita el Himno Nacional, la Marcha de San Lorenzo o Aurora? ¿Acaso será por eso que algunos policías se dedican a parar a los pibes y filmarlos mientras les hacen hacer saltos en rana y cantar el Himno? ¹

Pero ese patriotismo berreta y yutero no es patrimonio de la derecha. De hecho me sorprendió ver en algún

periódico progresista de circulación nacional, noticias que explicaban cómo hacer una denuncia, dónde llamar, qué formulario completar.

En cada uno de nosotros acecha un resentido que nos halaga con la voz del sentido común. El temor no suele llevarse bien con la solidaridad, corren por carriles distintos. Una responsabilidad social, en estos momentos, es una responsabilidad hecha de paciencia y confianza en las autoridades.

Por último coincido con lo que escribió Giorgio Agamben hace unos días, pero sólo en este punto: cuando dice que el problema no sólo es el presente sino también el futuro. Con el pánico no hacemos más que dar otro paso para seguir polarizando los conflictos y continuar metiendo a la democracia en un callejón sin salida. De lo contrario, cuando todo esto pase –porque va a pasar, tarde o temprano va a quedar atrás– no vamos a estar en mejores condiciones para debatir y decidir entre todos y todas cómo queremos vivir juntxs. Y que conste que no lo digo por los funcionarios –muy poquitos– que se hacen los guapos y cancheorean frente a sus fuerzas de seguridad, sino por aquellos vecinos que tienen el dedo en el 147 o el 911.

Nota

1. Ver video: <https://www.facebook.com/ivonne.sanalberto/videos/1473598286156256/>

El año del cochino

Rafael Spregelburd*

Especial para ASPO

6 de abril de 2020 (desde San Miguel del Monte)

Cero

Cuando toda predicción falla, falla también toda dicción

Vamos a empezar por lo primero, para darle un encuadre estrictamente científico a estas ideas sueltas: el libro de predicciones de Ludovica Squirrou no dice nada de la pandemia.

Nada.

[*] **Rafael Spregelburd** (Buenos Aires, 1970). Dramaturgo, actor, director, traductor. Pertenece a la generación de autores que a partir de los 90 concibieron su teatro como una actividad integral; es director y actor de sus obras. Traducido a 14 lenguas y editado en Alemania, Italia, Francia, UK, EEUU, Portugal, República Checa, España y México, es uno de los argentinos más estrenados en el mundo. Ha trabajado para el Royal Court Theatre de Londres, el Deutsches Schauspielhaus de Hamburgo, la Schaubühne de Berlín, el Staatstheater Stuttgart, la Comédie de Caen, el Schauspiel Frankfurt, el Théâtre de Marigny y el de Chaillot en París, entre otros. Es traductor de Pinter, Berkoff, Sarah Kane, Ravenhill, Crimp, Marius von Mayenburg, etc. Ha protagonizado numerosos films en la Argentina, Chile y España.

Sugiere un año con características “equis” para el chancho, donde “equis” se parece bastante a “y” para el perro, o “zeta” para la rata. Pero hasta donde yo sé (y no he leído el Horóscopo Chino en profundidad, bah, no lo he leído), no señala que la civilización no atravesará su mejor año, ni que esto no es ni “equis” ni “y” ni “zeta” sino tal vez “h”, un cisne negro, una de esas letras que no caben en el alfabeto. El alfabeto es un contenedor de posibilidades pasadas pero no de experiencias futuras. Y parece que la realidad está hecha de repeticiones y de excepciones. Cada tanto, como dice Nassim Taleb, nace un cisne negro.

Si algo positivo traerá la pandemia, tal vez sea que adivinos y agoreros tendrán que dedicarse a cosas o a trabajos más decentes. Siento algo de pena por todos ellos, como por todos nosotros.

El nuevo orden mundial puede llegar a demostrar que los trabajos decentes, razonables, son pocos.

Me gustaría decir dos o tres palabras entonces sobre mi trabajo, el de los escritores, el de los dramaturgos, el de los actores, el de los fabricantes de ficciones.

En la cuarentena, el mundo entero se ha hecho consumidor de algún tipo de ficción. ¿De qué tipo?

Veamos un poco.

(1) Consumo de filosofía en masa. ¿Filosofía como ficción? ¿El pensamiento como desviación y entretenimiento de masas? Asombroso. La reciente edición

del libro *Sopa de Wuhan*, reunió artículos de algunos de los filósofos vivos más importantes y más influyentes de esta tierra. Algunos muertos no han podido escribir nada sobre el tema porque están precisamente muertos y, sin embargo, es posible leer a Foucault en cada vuelta de esquina. También es abrumador ver los estragos que la lucidez de Foucault dejó en los pos-foucaultianos: nada puede hacerse para evitar la jaula que nosotros mismos nos hemos concedido, entonces la filosofía suele llamar a la parálisis. Y la acción, si es que la hay, se filtra por otras disciplinas. La pandemia puede desplegarse dentro de un cúmulo enrejado de matices que la preexisten. Pero también (y esto es lo interesante, y esto es lo aterrador) puede comportarse por fuera de toda inteligencia previa. El magnífico Giorgio Agamben yerra el tiro por -digamos- quince días de diferencia con los hechos. Será filosofía -también- verlo desdeirse. Después de todo no hay filósofo posterior a Sócrates que no haya hecho honor al "solo sé que no sé nada", eslogan rigurosamente preciso puesto en su boca por Platón, traducción mediante y convertido en meme para los tiempos que corren.

Es que en las circunstancias del cisne negro, la experiencia previa queda en ridículo y, tal como señala David Hume, es la triste experiencia del pavo en su jaula. Supongo que la historia es conocida, pero la cuento porque explica lo que pasa mucho mejor que cualquier

otra alegoría. El pavo de Hume, en su jaula, recibe comida un día y piensa que la cosa no está tan mal. Recibe comida al día siguiente y piensa que la cosa no hace sino mejorar. Recibe comida deliciosa cada día, durante 30 días, y se acostumbra a ello y piensa que los humanos son maravillosos y que es una suerte ser su pavo. El día 31 abre la boca para disfrutar lo que le corresponde y en cambio lo agarran por el cuello, se lo parten en dos con un hacha y lo hornean para la cena de Acción de Gracias, un ritual no vegano con liturgia de manual. El pavo no puede saber que su destino era tal, mucho menos si se basa en la información real que tiene a su disposición; es más, si se basa en la información real, forzosamente se equivoca. Pero alguien más sí sabe, alguien más sí conoce las razones del hachazo. El problema es cuando todos somos los pavos. O cuando todos somos los comensales. De una sola verdad no surge ninguna explicación cabal de la realidad. Afortunadamente, de lo que dice Žižek, con un énfasis contagioso, casi clerical, surge lo que le responde Byung-Chul Han, que es lo contrario, igualmente enfático, coreanamente pesimista y necesariamente también algo litúrgico. Mientras nos mantengamos así, pienso, creyendo alternativamente en los opuestos, estaremos a salvo. La asombrosa novedad es que estos asuntos, que en otro momento podrían haberse considerado casi inaccesibles, hoy están siendo leídos (¿consumi-

dos estará bien dicho?) por millones de personas de a pie. Los pavos estamos tomando conciencia de los motivos de la jaula. Este interés por la filosofía, o lo que queda de ella cuando el sujeto que piensa ya no es el hombre libre que imaginó la Modernidad, es inédito.

(2) Al mismo tiempo, y en las pausas que dejan la lavandina y la filosofía, el *homo pandemicus* consume **ficciones**. La oferta es inasible. Mientras haya internet, hay infinitas opciones de entretenimiento. Algunas son banales, como siempre. Otras son extraordinarias: El Pampero, la usina fílmica de Mariano Llinás y sus amigos, ha liberado todas sus películas, incluida "La Flor", con sus catorce horas de placer infinito. Y lo que hasta ahora podría haber sido considerado como un arte medio genial (y quizá para almas festivaleras) recibe miles de visitas por hora y gusta y encanta y abre puertas y -entonces- las categorías preestablecidas de distribución de la sensibilidad y de la inteligencia empiezan a tambalear. En cualquier caso, este estar sumidos en todas las formas del entretenimiento, el "estar entre", es probablemente nuestra única manera de estar en el mundo. Esta oferta de ficciones se está satisfaciendo -por el momento- con la mesa de saldos de las novedades pasadas: Netflix lidera la racha de oportunidades, pero también los gobiernos abren canales de consumo de materiales audiovisuales, literarios, pedagógicos y

-en el colmo del oxímoron- hasta teatrales. No obstante en los últimos días de esta pandemia no creo que haya trabajador del área que no se esté preguntando por su futuro inmediato. Estamos tratando de sacar las manos fuera de la jaula a ver qué se puede agarrar. ¿Crisis es oportunidad? ¿O es un invento de los traductores chinos, que ni siquiera pueden traducir de qué está hecha la sopa de Wuhan?

Los teatros que permanecen cerrados ofrecen las obras *on line*. Los espectadores desde sus sofás tenderán a creer que vieron la obra, cuando lo correcto sería decir que “estuvieron en la obra”. El teatro filmado es -ciertamente- una porquería. Si no existieran el cine o la televisión lo miraríamos con algo de cariño, pero lo cierto es que éstos han desarrollado unas gramáticas ya aprendidas (como el pavito de Hume) mediante las cuales ahora inevitablemente miramos este teatro filmado, esa sombra de *convivio* reducida a una pastilla con olor a alcohol en gel. La cámara muestra lo que puede, pierde lo que no debería perder el ojo del espectador, elige por nosotros sin dejarnos opción, escribe unas distancias y unas proximidades que son apenas un remedo torpe de la elegancia del cine o del bobo primer y único plano autoafirmativo de la tele. Pero del futuro del teatro prefiero hablar en un apartado especial, si se me permite, más adelante, ya que es de lo único que me toca en realidad dar opinión.

(3) El tercer consumo cultural es quizás el más novedoso y por ello el más interesante, tal vez porque aún no termina de formatear su gramática y entonces no nos sentimos tan pavos, aunque desconozcamos la certeza de que nos cortarán el pescuezo el día 31. Me refiero a esta suerte de **democratización de la producción audiovisual y literaria** que no requiere de expertos ni de artistas: cada quien, desde su celular, desde su zoom, desde su living, ofrece y cambalachea clases de zumba, pensamientos *ao vivo*, golpes de kung fu, yoga en colchoneta, lectura de poemas con voz sentida, recetas veganas, educación inicial, natación en seco, pornografía sin industria. Todos somos actores, todos tenemos algo creativo que intercambiar. Siempre que por “todos” se entienda a cierta clase social, en cierto contexto de “libertad” acuaresentada. Los trabajadores de la salud, por ejemplo, están re en otra. Pero para los pavos en general, el aburrimiento es literalmente imposible. Hemos crucificado al aburrimiento. De ese pecado original vendrán consecuencias densas, lo presiento. Algunas cuarentenas son -eso sí- más laxas que otras. Pero la vida en el mundo ya era así y venía con esas diferencias. Una querida amiga en Gotemburgo, Suecia, me pide que escriba una obra breve para el teatro en el que trabaja, el Folkteatern Göteborg, dado que en Suecia, parece, la gente se puede reunir de a pocos y manteniendo distancia. Así han concebido una programación de emergencia

donde le pedirán a sus autores que escriban piezas para ser filmadas sin mucha producción en sus escenarios hoy disponibles y vacíos, para ser luego subidas a la red. Todo es gratis, todo es amor, no sabemos de qué vamos a vivir pero el teatro nos convoca a profesionales y amas de casa. ¿Llamaremos teatro a esta práctica de escenas filmadas en el apuro? Cine no es. Chateo tampoco. ¿Qué es entonces? ¿Y a quién le importa saberlo? Cumpló con el pedido sueco, nórdico, como si fuera un soldado que debe ir al frente. ¿De qué frente estamos hablando? ¿Es cierto que esta omnívora necesidad de ficción es tan urgente? Una vez más: no tenemos forma de saberlo. En principio, un carpintero hace sillas. No cuenta cuánta gente ya sentada haya en el mundo. Hace sillas porque es lo que sabe hacer. Hacer una silla tiene sentido. Para el pavo de Hume y para el carpintero. Súbitamente, después de escribir la obra neoposdramática y excepcional para Suecia llega otro pedido, de Berlín. Y otro más, de Barcelona. Pronto será la norma y lo más lógico. Recuerdo que, hasta no hace mucho, una de las tendencias entre la *intelligenza* teatral globalizada era la invitación a producir menos, a no dejar que se devalúen las imágenes, a garantizar la calidad en la escasez, a plantarse firmemente frente a la macrotendencia de la industria audiovisual, que pide a las productoras y guionistas el desarrollo de 12 series posibles de las cuales después filmar, quizás, con suerte, una

sola para tirar el resto a la basura. Pues bien, en la pandemia, el concepto de posdrama deja de ser una sombra amenazante sobre el drama, y la oferta del clic hace convivir la obra de Žižek con la receta del gazpacho, el montaje histórico del *Hamlet* de Peter Zadek con los videos caseros de Guille Aquino. Y si bien al principio el híbrido tiene gracia (y mucha) no podemos saber cómo será esta banalización (o democratización pantotal) de los saberes dentro de tres meses, un año, un lustro. No exagero. Ya era un hecho consumado que los alumnos que se anotan en el secundario Niní Marshall (con orientación en teatro) no quieren ser actores sino youtubers. Y esto es pre-pandemia. La pérdida de articulación que se aprecia en el pasaje de Facebook a Instagram (donde el texto escrito es un anclaje despreciable) y luego de Instagram a Tik Tok (donde la imagen convive con un formato visivo-hipnótico prediseñado en una fábrica), es la misma que ya ocurrió cuando pasamos de la conversación al emoji. Claro que en ese panorama no habían dejado de existir libros buenísimos, películas notables a contrapelo de las tendencias, obras de teatro maravillosas. Pero el discurso regulador, normalizante, estará dirigido a un nuevo sujeto, no cabe duda. Ese nuevo sujeto, que no es sujeto del psicoanálisis freudiano y que tampoco es un sujeto del psicoanálisis posfreudiano, ¿de qué estará sujeto?

Uno

El espectador del futuro

Ahora sí. Pandemia. Una película de ciencia ficción, una mala película, como escribió esta semana Javier Daulte en un lúcido artículo -argentínísimo- que también se hizo viral y que está siendo traducido a toda máquina para publicarse en New York, es decir, en todas partes.

Alejado de la tentación de Ludovica (que es la misma de Žižek o de Byung-Chul Han) yo me niego a predecir nada. Pero sí es un ejercicio interesante, al menos dentro de los límites de mi profesión, tender sobre la mesa las cartas de este tarot para imaginar cómo será el espectador del futuro, que es en realidad el de este mayo o este junio. Del contexto del confinamiento y de su posterior liberación (tarde o temprano va a ocurrir) nacerá un espectador nuevo, con otros hábitos narrativos, otras impaciencias rítmicas, otros parámetros temporales, otro termómetro para las sutilezas. Un espectador que además posiblemente se haya convertido a sí mismo en actor lego en el encierro. En realidad, este espectador no es completamente nuevo. Ya estaba a mitad de cocción en experiencias piloto tales como la performance sin drama o el microteatro, ese invento español ante la crisis teatral madrileña, que jibarizó las piezas, las combinó con tapas y chupitos y la convirtió en una amable experiencia pequeñoburguesa y gastronómica replicada con éxito -y talento- en varias ciudades de todo el mundo.

Los tiempos de expectación de este *homo pandemicus* tendrán seguramente límites raros. Este espectador que ha pasado sin solución de continuidad de series con 12 temporadas y 600 horas de ficción a “microbioteatro” (una categoría que amigos escritores han empezado como broma en su chat y que ya ha generado piezas teatrales de dos líneas), se plantará ansioso frente a cualquier tiempo que se le ponga ante las narices. Las obras cortas le resultarán demasiado cortas para su expectativa de trascendencia (que será voraz); las largas, demasiado largas para su impaciencia (que será frágil). Pero este espectador ya era así antes del coronavirus. Lo que habrá cambiado será en realidad que este espectador será el conejillo de Indias de una sobredosis de experiencias con el tiempo de los relatos. Antes se servía buñuelos fríos de un menú más o menos uniforme, que en el presente se nos ocurre casi renacentista, equilibrado y eficiente; ahora considerará narración incluso a la mera secuencia de eventos. No dejo de observar con enorme atención que el prototipo de relato incierto, abierto, literario, excedido, que es “La Flor” de Llinás, encaja perfectamente bien en los tiempos de todos. Podrá aducirse que eso pasa porque se trata de una gran obra. ¿Pero por qué es grande? Quizás sea porque coincide -casi azarosamente- con las circunstancias globalizadas de sus contemporáneos.

La noción de “producto cultural” se habrá expandido hasta ocupar todo aquello que entendemos por cultura. Antes

era así sólo nominalmente. Sabemos que “cultura” incluye al origami, al folklore, a las clases de zumba, a los museos que albergan ceniceros históricos y los llaman patrimonio, pero a partir de ahora no sólo lo sabemos sino que además lo experimentamos. El pueblo ha atrapado a la cultura con sus celulares como si fuera una caza de Pokemones. Es posible que de igual manera salga a los cines y teatros en septiembre. Asumirá como producto cultural obras que antes se hubieran sentido completamente fuera de formato. Lo único que permanecerá intacto -creo yo- es la condición convivial del teatro. Aunque tratare de temas impensados, lo hará en vivo. Ese *convivio* es el que garantizará la condición de expectación: el público se vuelve espectador cuando quiere seguir viendo qué pasará y no cuando sólo ve lo que pasa.

Estos productos culturales tendrán variopinta composición genética: arte, ocio, entretenimiento, pornografía, serán estilos de un mismo evento espectacular y no prácticas diferenciadas por sus materiales básicos de construcción. Dentro de esa variedad, el arte será el que junte menos espectadores. Una vez más, esto no deja de estar alejado de lo que pasaba en febrero, antes de todo. Los críticos, bloggers y opinadores de toda laya demandarán a los eventos artísticos algunos de los ornamentos del ocio, el entretenimiento y la pornografía. Los artistas no se los darán. Habrá guerra. Los artistas defenderán su derecho a no complacer, a no coincidir con la expectativa del sentido común, a no educar, a no comunicar. Una vez más: esto ya pasaba antes.

Los circuitos de distribución teatral (que en nuestro país parecen ser cuatro y no tres: el oficial, el comercial, el independiente y –agrego– el marginal) se verán seguramente asaltados en sus suposiciones automáticas. El circuito oficial será el que menos cambie. Los teatros públicos porteños volverán al eclecticismo que los caracterizaba desde épocas inmemoriales, a excepción de la aventura breve y –esperemos– duradera del Teatro Nacional Cervantes, que eligió el camino de la “amable vanguardia progresista con bajos riesgos pero riesgos al fin” por encima del cómodo camino de la repetición de otras fórmulas más convencionales: piezas clásicas con estrellas convocantes, nueva dramaturgia pero en envases chicos, invitaciones internacionales ya probadas. El circuito comercial no sé qué hará, jamás me ha interesado un pepino lo que pase allí, pido disculpas. No sé si muestran tetas, risas o coreografías. No sé nada. El circuito independiente saldrá fortalecido. Sus ejecutores se están entrenando en estos días. Están escribiendo sin parar, están deseando verse, amucharse y darse besos. Competirán entre sí por la atención general, y de esa competencia se destacarán unos cuantos, los mejores. Pero esos cuantos serán cada vez más, no cabe duda. El circuito marginal, con sus expresiones no del todo asimiladas, con sus títeres, sus telas trenzadas, sus elencos barriales, su danza callejera, aspirará a saltar al circuito independiente suponiendo que allí hay un cambio de categoría ontológica y estética. No lo hay. El circuito marginal crecerá y desbordará, porque la

pandemia habrá enseñado lecciones que son afines a esta marginalidad: la solidaridad, la cercanía, el optimismo, el amateurismo, el más o menos. La marginalidad ganará medallas y se instalará definitivamente como opción. A veces despotricará contra los otros sistemas y lanzará mensajes como llamaradas, a veces adormecerá conciencias y será un runrún para pasar el rato. Así que bien mirado, si fuera sólo por esto, todo teatro es una y mil veces marginal.

Sólo puedo proponer los ejemplos que tengo a mano. Un festival de letras me propone una performance con traductores reales y se me ocurre concebir una obra mal ensayada en la que cada traductor debe traducir a toda velocidad aspectos intraducibles de nuestra lengua, el castellano de una periferia. Pero para ejecutarla como se debería, esta obra que estoy escribiendo para FILBA requiere de gran tecnología, o al menos de unas computadoras y pantallas. El presupuesto deseado no nos llegará nunca, así que lo haremos con cartones. En esta pérdida del ideal nos haremos fuertes. Cada palabra encontrada deberá valer oro, porque el soporte será de cartulina. Si no lo hacemos así, el poco dinero que hay se lo llevarán empresas de tecnología y no artistas ni traductores. ¿Quiero sentarme yo frente a una obra así de injusta? Ya no. Después de esto, no.

Esa es la clave. Después de esto, ¿qué cosas no? Por ejemplo, ¿aspiraremos a un gran cine argentino que pueda asemejarse a las producciones internacionales que vimos

gratis por tév e en esta sobredosis? ¿O buscaremos sólo la imaginación, el revuelque, la marginalidad de todo punto de vista y a eso lo llamaremos “nuestro cine”? No lo sé. Si lo supiera sabría cómo corregir mi primer guión. Está paralizado. Y no es el primero. Es el segundo. El primero no se pudo filmar porque es muy caro pero no se pudo modificar porque -dicen- era muy bueno. Lo que es seguro es que no escribiré un tercero. No vale la pena. El cine tal como lo hemos entendido estaba agonizando antes del virus; ahora ha muerto. Los que seguirán adelante tendrán que lanzar la jabalina cada vez más lejos. Y cuando estas jabalinas se eleven y caigan lejos y revelen zonas impensadas de la cancha, volverá alguien que sorprenda con una película sencilla, cercana e intimista. Esta química de doble filo ya existía, pero ahora será extrema. Todo lo que quede en el medio de estos dos filos será rápidamente mediocre y prescindible.

La producción para plataformas internacionales será la norma, pero ello no significa que no haya un cine anormal y enamoradizo. Los proyectos internacionales tienen agendas imposibles: actores súper estrella, directores de cualquier país, guiones novedosos. Una ficción planetaria, un coreano ganando en Hollywood, un brasileño filmando Los Dos Papas en latín en la Villa 21. Al criterio o al capricho de Netflix, los estados nacionales deberán proponer imaginación y contenidos autóctonos. Esto había comenzado hace unas horas, en febrero; nadie lo detuvo, así que

el virus no tiene nada que ver. A lo sumo, el virus traerá una legitimación definitiva para la otrora audaz ciencia ficción, que ahora se llamará realismo mágico. No habrá nada más aburrido que ver películas de plaga y radiación: serán la norma, el costumbrismo.

Dos

El planeta que ríe

Si algo no cambiará será el humor. Sabemos que sin él, sin el asalto que supone a la razón, no hay alteridad, no hay pensamiento.

El humor es quizás la única disciplina verdaderamente técnica que podemos ejercer todos. La profesión del humorista es un absurdo; es como decir "la profesión del respirador". Todos lo somos. Ante cualquier estímulo, podemos elegir comunicarlo tal como ocurre o darle una vuelta inesperada para transformarlo en otra cosa. La pandemia ha sido fuente de obras de humor inagotables. Su forma inmediata, el meme, logra a veces mayor contundencia informativa y polémica que la noticia. El meme no imita a la realidad; la noticia es la que ahora busca parecerse al meme, en contundencia, capacidad de fascinación y poder de síntesis.

Pero está apareciendo un humor anónimo, planetario, creado por la raza humana en su conjunto que -como en la Edad Media prerrenacentista- carece de firma de autor. La réplica de lo divertido no busca otorgar crédito al

autor. La idea de autoría se disuelve, da lo mismo que sea un pensamiento brillante y oportuno de Oscar Wilde o un meme taiwanés mal traducido en Estrasburgo. La clave está en la velocidad absoluta de circulación de ideas y la relativización de las certidumbres globales. Estos memes, remakes de canciones espantosas, stickers y apostillas interpretan el instante mucho mejor que el pensamiento científico. No buscan mañana alguno: se presentan como residuo desechable. Las civilizaciones futuras que rasquen sobre la nuestra no entenderán nada; este humor es jeroglífico y el mundo entero comparte la tablita de Champollion para entenderlo. Esa universalidad de lo risible es inédita. No siempre todas las culturas han reído al unísono sobre lo mismo. Es posible que esto, como siempre, como otrora, lo haya empezado el Imperio Romano: la epidemia tocó Italia y además de los muertos se multiplicaron los balcones, la sanata, lo dialectal. Se le sumó España y la fiesta estuvo ya completa. Nada sabemos ni podríamos colegir del humor danés o del bielorruso, pero es sabido que si Italia y España lideran el asunto, hay pensamiento lateral para rato.

Todo nos llega de todos lados y es posible. Cito este posteo hecho pizarra que me llega, por ejemplo, de México:

- A- ¿Cuál es tu teoría preferida hasta el momento? Teoría del murciélago.
- B- Teoría de la conspiración china para dominar el mundo.
- C- Teoría de la conspiración gringa contra la economía china.

- D- Teoría de la epidemia selectiva ideada por el capitalismo para matar a los viejos.
- E- Teoría de la venganza de la naturaleza para extinguir a la humanidad.
- F- Teoría del experimento social de dominación a través del miedo.
- G- Teoría del virus creado por los laboratorios para vender medicina.
- H- Teoría de que es una gripe común, pero científicos y medios de comunicación generaron psicosis.
- I- Teoría del destino de los años en las décadas de los 20 (1320, 1520, 1920, 2020).
- J- Todas las anteriores.
- K- Teoría de que el maya era disléxico y el mundo se acaba en 2021 y no en 2012.

Mano al corazón, ¿quién no pasó -con la velocidad del rayo- por al menos cuatro o cinco o todos los estados de certidumbre que se describen allí? ¿Qué chances tienen Žižek y su alter ego coreano de debatir nada cuando esto está ya en nuestra cabeza? Yo espero que lo logren, no obstante. Ya que la filosofía puede -si quiere- oponerse a todo. Incluso al estado de humorada en el que se ha convertido el mundo.

Este humor fácil y al alcance de la mano también moldeará la percepción de nuestro espectador del futuro, por no hablar de los votantes o los maestros. Por eso será menester excavar en las raíces profundas de un humor más existencialista, un humor que no estará sólo en las palabras sino en los matices, en los bordes imperceptibles entre las palabras.

En “La Flor”, Casterman es descrito como el hombre que no ríe jamás, que ni siquiera sonríe. Así lo vemos en las primeras escenas, así deambula con el rostro enjuto, imperturbable de Marcelo Pozzi. Hasta que –de manera totalmente caprichosa- algo le causa una risa implacable, algo muy poco gracioso para nosotros o para nadie, y el hombre que no ríe jamás de pronto no para de reír durante dos o tres largos minutos, iluminando la noche de Bruselas con su carcajada inexplicable. El hombre que no ríe no puede parar de reír; eso es cine puro y es gracioso, de una manera nueva que no es *memificable*, pienso ahora. La risa dura tanto que los matices del sinsentido (del koan, de la paradoja) ocupan más espacio que la simple narración en superficie. Más adelante, Dreyfuss, el científico secuestrado, no sabe dónde está y mal supone que lo han llevado en estado inconsciente hasta Rumania. Pero de pronto ve el cielo estrellado sobre la camioneta en la que lo tienen prisionero y observa algo inquietante: las constelaciones, que le son amigas conocidas, están todas al revés. Cástor y Pólux están boca arriba y el cobarde gemelo precede al valeroso, el Toro está echado y parece un perro salchicha rascándose la espalda contra el suelo. Así con todo el universo. El humor cede paso a la conmoción: Dreyfuss, que parece ser sueco, está en la Pampa, un sitio para no estar nunca. Y el cielo en nuestra cabeza ha sido concebido en el Hemisferio Norte. Esos griegos y sus secuaces que creyeron ver un Toro y que incluso llama-

ron Tauro a ese momento, ¿lo hubiesen visto realmente si el dibujo aparecía boca arriba? Ni el cielo nos pertenece. Es una invención del otro lado del mundo, el mismo lado del mundo que inventó las máquinas, la filosofía y ahora el coronavirus. Mientras el Norte produce las formas puras y el pensamiento en serio, nosotros sólo ocupamos el espacio de lo deforme y de la opinión. Solamente la Cruz del Sur cobra sentido para Dreyfuss: sólo ella puede ser leída en la posición en la que está y con la utilidad que presta a marinos y poetas. Ni Dreyfuss (ni Llinás, que es la voz de sus pensamientos, la voz inconfundible con la erre afrancesada) lo expresan de esta manera tan obvia en el Episodio III de "La Flor": es apenas una reflexión de un personaje en un momento equis de su cautiverio, es un recodo de un relato con mil vueltas. Que tal enorme descubrimiento acerca de nuestro lugar en el mundo nos llegue de esta manera, inesperada, es también muy gracioso a su manera. Ese es -creo yo- el futuro más o menos inmediato del humor. Por allí saltaremos este campo minado hecho de memes. El meme comunica, a la vez que pretende estar haciendo una revelación; el arte verdadero deslumbra y complica la mente. Ambos convivirán. No siempre bien. Pero serán los polos de una relación electromagnética que habrá que aprender a manejar técnicamente. Señalo a "La Flor" quizás exageradamente como norte pero no es por azar: un proyecto que había sido concebido en la factoría Pampero para ser único, exclusivo, refinado, alternativo y

singular, de pronto se manifiesta totalmente accesible al mundo entero. El Pampero, siempre tan celoso de sus canales de difusión, siempre rabiosamente independientes y sin subsidios, siempre en cooperativa con sus actores y colaboradores, súbitamente abren las puertas de la casa y la casa se les llena.

Exagero. Pero nadie me dijo que no lo hiciera. Estas formas de sutileza o estos mecanismos de construcción de humor (de pensamiento) ya existían desde antes. Algunos los llaman clásicos. Quizás lo nuevo es que -por un momento, un breve momento de pandemia- todo fue accesible en todas partes (al menos como ilusión). Después, seguramente, cada quien volverá adonde estaba.

Tres

La democracia es el peor de los sistemas que se conocen

No me he vuelto loco, sólo reutilizo el título del capítulo 8 de mi saga "Bizarra" para tratar de aclarar el último punto de esta reflexión: ¿en qué universo político nos dejará parados la pandemia? Y si traigo "Bizarra" a colación es porque creo que la relación no es nada casual.

De un modo u otro, nos vemos compelidos, empujados, extorsionados a pensar el cambio del mundo. Muchas veces nos han vendido falsos cambios: pequeñas alteraciones presentadas como grandes para que en el fondo nada cambie. Porque nadie parece querer cambiar nada. Habla-

mos de redistribución de la riqueza pero cuando alguien dice expropiación entonces se acabó la joda. Sostenemos gobiernos progresistas pero siempre que este progreso no nos arrastre fuera de nuestra comodidad (que ya es poca y ninguna). O dicho como en "Un momento argentino" (una obra que me tocó escribir en el entonces apocalipsis argentino del 2001): las personas queremos vivir bien, pero en el capitalismo.

Nos gusta imaginarnos (o no podemos evitar imaginarnos) en el balcón terraza de los senderos que se bifurcan. De ahora en más, nos decimos, nada será igual. Esto se parece a la Vaca Loca, a la Gripe Aviar, a la Gripe A, pero no se parece: es más grave. Porque no hay cura, porque no hay vacuna, porque es más contagioso, porque queda en superficies, porque no hay tiempo para salvar a los más débiles. Pero, ¿si hubiera cura, si hubiera vacuna, si hubiera tiempo? ¿Volvería el mundo a su estado previo? Quizás el mundo cambie para siempre, quizás cambie para bien (Žižek dixit), quizás para mal (Byung-Chul Han). Quizás mueran muchos. Seguramente menos que en las Guerras Mundiales. Y quizás -y he aquí el dilema-, quizás en tres meses ya no nos acordemos tanto de esto. Juegan en favor de esta idea el tiempo circular de la cuarentena: lo primero que se ha perdido es la noción del tiempo, da lo mismo si es domingo, si es marzo, si es abril o si -como en mi caso- es tu cumpleaños número 50. Todo está suspendido. Lo cual puede significar que en breve lo olvidemos. Ha-

bía planeado mil maneras de enfrentar mi medio siglo. No puse en práctica ninguna. Y es de suponer que no lo haré tampoco después, cuando sea primavera y todo esto sea un sueño remoto.

No obstante, siempre estará allí Greta Tintin Eleonora Emman Thunberg. Seguirá estando. Es joven y seguirá, no puede no hacerlo. Los cisnes en Venezia, la invasión de polillas en Buenos Aires, los cielos despejados de las urbes, el colapso de la moda y lo superfluo. La mitad de estas imágenes son falsas, pero también la mitad de nuestro deseo ha sido tocado por una varita mágica para siempre. Sólo sobrevivirán los países que ensayen alguna forma menor o mayor de socialismo. Se salvarán aquellos donde la salud sea pública. Estados Unidos dará ejemplo de barbarie y en cambio Cuba habrá sido el único plan posible de humanismo. El mapa latinoamericano ofrece nuevas grietas como heridas: nos duele Ecuador, nos indigna Brasil, tememos por Bolivia con su golpe de estado neofascista. En Chile, Piñera aprovecha la encerrona para sacarse fotos en la Plaza de la Dignidad, ahora donde nadie pueda escupirlo como se merece.

Pero hay más. Mucha gente ha comenzado a trabajar desde su casa y todos (empresarios y empleados) descubren que era posible. Trabajar desde casa es una forma de desindicalización interesante para unos, una comodidad aparente para otros. Pero también se puede empezar a hacer trampa: si puedo hacer en casa en una hora el traba-

jo que en la oficina me llevaría ocho, ¿soy mala persona? ¿Dónde está el robo si apenas estamos hablando de equiparar discretamente la plusvalía? Falta poco, poquísimo, un empujón nomás, para acercarnos a la verdad: quizás no haya que trabajar tanto. Al menos no en cosas que no nos interesan ni nos gustan. Son pocos los que pueden hablar sobre este tema sin culpas judeocristianas: los artistas hacemos un trabajo que nos encanta, entonces siempre queremos trabajar. Es el colmo de la alegría de la vida, aunar la obligación con el placer. Pero el recolector de basura a lo mejor quiere estar haciendo otra cosa, o nada. Y todos lo entendemos. El concepto de “vagos de mierda” será algo anacrónico, ahora que hasta los CEO’s viven en pijama.

La pandemia conducirá indefectiblemente a alimentar el cálido fuego ya encendido de la renta básica universal (RBU), que algunos llaman renta básica incondicional (RBI), o ingreso ciudadano: una forma de seguridad social que te garantice la vida por el mero hecho de haber llegado a ella en medio de una organización que te precede, que no elegiste y que se llama Estado y que es la suma de miles de ensayos y errores a nivel planetario. Siempre estarán los que supongan que es injusto que alguien cobre por no trabajar casi nada; ahora tal vez entenderán que eso debería importar poco. Un país se puede sostener perfectamente distribuyendo el trabajo básico de otras maneras, incluso puede seguir ofreciendo opciones competitivas para aquellos a quienes les interese reali-

zarse en la acumulación y en la codicia. Pero se puede imaginar un lugar ciudadano formal e instituido en el que todos estemos igualados cívicamente en el hecho de ser humanos y habitantes del planeta. Ninguno de los países que intentan formas parecidas (o en esa dirección), como los que pagan el paro a los trabajadores esporádicos cuando no tienen trabajo, ha quebrado, o al menos no por ello. El relato contra el pobre habrá cambiado; es evidente. Tampoco sé si para bien o para mal, pero ya no será el mismo. La gripe iguala víctimas y no distingue pedigríe a la hora de contagiarte, si bien es cierto que el que se pueda pagar respirador privado lo va a pasar con algo más de holgura. El Estado que se ausente de este rescate obligatorio será tenido por villano y por asesino. Ahora se ve claro lo que antes era -para algunos- una mera distorsión forjada en Cuba con lavado de cerebro implementado en cirílico. Pero lo otro, el capitalismo autoinmune, ya se ensayó hasta el hartazgo, hace tiempo que no estaba dando frutos, y parece encontrar en el espejo de la sopa de Wuhan su reflexión final, su Dorian Gray.

Es claro que no habrá futuro decente que no sea socialista. Y también es claro que no será de manera automática. Habrá resistencia y se escribirá mucho en contra de esta idea, grandes pensadores muy articulados dirán cuán imposible es, basados en la idea de que el ser humano es ruín en fondo y forma. Pues veremos ahora cuánto se sostiene esta idea cuando cada uno de los sistemas entre

las tres o cuatro variantes que se dan en el mundo actual
cuenta sus muertos.

Por lo pronto, descubriremos que se podía trabajar sin
necesidad de ir al trabajo. Descubriremos que se podía
cobrar dinero sin necesidad de trabajar en cosas inútiles.
Descubriremos que cuando la gente sólo consume lo que
realmente necesita el capitalismo empieza a carecer de
sentido, incluso para sí mismo. Cuando ese capitalismo no
sea ya rentable habrá socialismo natural o habrá exterminio.
“Socialismo o barbarie”, tampoco es nuevo.

Pero no me toca a mí hablar de esto. Yo apenas quería
explicar mi diario de esta cuarentena. Encerrado en fa-
milia, trabajo y afecto son la misma cosa, lo cual no está
del todo mal. Como en aquella otra hecatombe colectiva,
aunque local, la de 2001, donde ruina, incertidumbre,
caos social y desesperación eran la norma, se me da
por concebir los proyectos imposibles. Los posibles a
nadie le interesan y además no se pueden realizar. Es
liberador que nadie esté dispuesto a pagarte nada por
tu trabajo, por tus ideas. Estas mismas reflexiones son
desaforadas porque son gratis, todo exceso está per-
mitido porque está liberado de merecer precio alguno.
Muchas veces los artistas sentimos esta rampa de crea-
tividad producto de la angustia de ya no poder más con
las herramientas a nuestro alcance. Si estás sin manos
pintarás con los codos, si te has quedado mudo hablarás
en lenguas de señales.

En el 2001 se nos dio por armar “Bizarra” con un entrañable grupo de cómplices. “Bizarra” era una teatronovela en 10 capítulos. La gente que quería ver la obra venía una vez por semana a nuestra salita en el Centro Cultural Rojas y allí asistía a las desventuras de Velita y Candela, las dos hermanas separadas al nacer durante el mágico eclipse, la una rica como la Pepsi, la otra pobre como La Matanza. La obra se hizo conocida y trascendió -para nuestra sorpresa- varias fronteras. Se hizo en Nápoles y en Roma sin alterar una sola coma de su extraño contenido. Se hizo en Suiza. Se leyó en Berlín. Se está por hacer en Noruega con actores de tres países nórdicos. Recuerdo que cuando visité Roma en medio del estreno del capítulo 9, los ciudadanos habían tomado el Teatro Valle que había quedado a la buena de dios luego del cierre del Ente Teatral Italiano, del cual dependía, por obra y omisión de Berlusconi. En vez de convertirlo en una tienda Zara, tal como podría haber sido el plan de la inercia política italiana, quedó en las indecisas manos de artistas, filósofos y sociólogos romanos, que alternaron entre sus paredes conferencias de artistas, clases de filosofía política o producciones urgentes y gratuitas. Pues en esa ocasión recuerdo que bajé del tren en Termini y la ciudad de Roma (su zona barroca) estaba estensileada para la ocasión del Valle Occupato con una frase de mi Bizarra: “Qué triste es la prudencia.” Allí comprendí que mi impulso irrefrenable de acción pura y dura en medio del absoluto desamparo no era errada: podía re-

plicarse con fuerza en otras circunstancias y ya no refería sólo a sí misma, ya no sólo a nosotros, un grupúsculo de conspiradores en medio de una crisis.

Por circunstancias que no vienen al caso, hace unos meses que vengo rumiando la idea de escribir “El Once”, el tan esperado como demorado capítulo 11 de esta saga. Se trataría de los mismos personajes (la mitad del elenco moría en acción pero no cuesta un pomo revivirlo) diecisiete años después. Estamos los que fuimos y ganas no faltan, hemos envejecido y hemos mutado; la obra será la obra y esa mutación. El plan era usar la estructura demencial de ese texto para reseñar y apuntar la debacle de la era neoliberal en la Argentina. En esto estábamos cuando pasó lo que pasó en Wuhan, Teherán, Milán, Madrid. ¿Qué hacer ahora? Puedo elaborar mil hipótesis acerca de ese espectador del futuro, al cual irá destinada “El Once”. Pero, ¿puedo escribirla? ¿Cómo saber cuál es el contenido de una pieza que se deberá ver –a lo sumo– en septiembre? Es la primera vez en mi vida que algo así sucede. El tiempo o la expectativa de puntualidad social jamás fueron asunto mío. Ahora no puedo ni escribir la primera frase. ¿A quién va dirigida? ¿Qué habrá en su cabeza? ¿Cuántos serán los que sigan en la Tierra este septiembre? ¿Alguien se acordará de Esteban Bullrich para cuando todo esto acabe? La especulación poética (constructiva) es casi imposible en estas condiciones. Sólo se atisban la lírica (auge de la expresión subjetiva) y la política (la argumentación organizativa). Pero de la ficción,

de sus asuntos, de sus temas, de sus enlaces causales, de sus giros y contramarchas, nada sabemos. Nada sé. Seguramente se tratará de escribir igual, sin saber nada, sin esperar nada, como si no hubiera ningún futuro o como si hubieran todos los futuros posibles.

Y eso, una vez más, también ha sido siempre así. Quizás no nos dábamos cuenta.

La política del terror

Ariel Petruccelli*

Publicado en *La izquierda Diario*

31 de marzo de 2020

Estamos viviendo un auténtico acontecimiento histórico sin precedentes. No hay dudas de ello. Sin embargo, al contrario de lo que se pregona día tras día en los grandes medios, ese acontecimiento no es la pandemia del COVID-19. Hubo diez pandemias en los últimos diez años, y muchas más epidemias. Las pandemias y epidemias son un fenó-

[*] **Ariel Petruccelli** (Lanús, 1971). Es profesor de Teoría de la Historia y de Historia de Europa Medieval y Moderna en la Universidad Nacional del Comahue, en Wallmapu (Territorio ancestral mapuche), Patagonia Argentina. Ha sido miembro de la Editorial El Fracaso (responsable de la edición de las revistas satírico-políticas *La Poronguita* y *El Cascotazo*), integrante Colectivo editor de El Rodaballo y miembro del Consejo de colaboradores de Herramienta. Ha publicado *Ensayo sobre la teoría marxista de la historia* (1998); *Docentes y piqueteros: de la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral-Có* (2005); *Materialismo histórico: interpretaciones y controversias* (2010); *El marxismo en la encrucijada* (2011); *Ciencia y utopía* (2016); *La revolución. Revisión y futuro* (2020) y Salvador López Arnal (editor), *Conversaciones con Ariel Petruccelli* (2019).

meno recurrente en la historia. La “peste negra” que asoló Europa entre 1347 y 1353 se cobró en seis años la vida de más de un tercio (sí, leyó bien, más de un tercio según los cálculos más moderados; otros cálculos lo estiman en más de la mitad) de la población de Europa. Siendo uno de los casos más extremos, no es el único conocido, en modo alguno. De hecho, ni en términos relativos ni en términos absolutos tiene la actual pandemia alguna singular letalidad.

El verdadero acontecimiento histórico universal no es la pandemia. El verdadero acontecimiento es la aparición por vez primera de un fenómeno de pánico de masas global. O más precisamente: de pánico de masas entre las clases altas y medias globales del capitalismo tardío en marcha forzada a convertirse en capitalismo del desastre. La pregunta es: ¿cómo y por qué pudo generar tanto pánico un virus cuya letalidad no tiene nada de asombroso?

Fenómenos de este tipo, indudablemente, no tienen explicaciones simples. Aquí quisiera exponer cuatro variables que se han conjugado para desatar la irracional ola de pánico global. Aunque sin descartar otras explicaciones o causas, como el fenómeno de “acoso científico” denunciado por Pablo Goldschmidt. En primer lugar cabría señalar la masivización de los medios digitales y las redes sociales. Hace varios años que se viene estudiando la manipulación vía redes sociales y su impacto político. Pero no queremos reproducir ninguna teoría conspirativa sobre la que no tenemos ni pruebas ni indicios. Tampoco es nece-

sario. Porque otro fenómeno ya bien conocido y estudiado es cómo las redes sociales llevan a la gente a comunicarse en círculos relativamente cerrados con quienes piensan más o menos parecido, y a ignorar los pensamientos contrarios. La consecuencia de esto es la creación de micro mundos en los que las personas se convencen de que la realidad que ellos viven y la manera en que la interpretan es la obviamente verdadera. Otro fenómeno también muy estudiado es cómo las falsas noticias circulan normalmente con mayor facilidad que las verdaderas. Sucede que las falsas noticias suelen ser espectaculares, las verdaderas no. Y los sujetos de la sociedad del espectáculo buscan lo espectacular y creen en lo espectacular. Dada la magnitud y las características de las redes digitales: el escenario estaba preparado para un pánico de masas. Se estuvo al borde varias veces en los últimos años: por ejemplo cuando la pandemia de la llamada gripe aviar, que aterrorizó a la población mundial pero que, a la postre, no causó más que 700 muertes en todo el globo.

La segunda variable es la descomunal importancia de la “seguridad” en la cultura de las clases dominantes o meramente “acomodadas” contemporáneas. En *La cuestión judía* Karl Marx ya había hecho notar que la seguridad era lo máspreciado por la burguesía. Aunque el hecho de que las clases explotadoras y ociosas vivan mucho mejor (muchísimo mejor, de hecho) que las clases explotadas es algo usual en la historia humana, la centralidad de la “se-

guridad” en sus representaciones y en sus vidas carece de precedente. La seguridad no era, por ejemplo, algo que preocupara especialmente a la clase dominante romana. Mucho menos a los señores feudales. Vivían vidas peligrosas (nunca tanto, es obvio, como las de los campesinos y esclavos), y no era raro que un Rey o un Emperador muriera en un campo de batalla. No es esa la situación de las clases altas y medias del mundo actual. Aunque hipócritamente puedan proclamar las virtudes de la incertidumbre y la necesidad de asumirla, lo cierto es que sus propias vidas tienen un grado de incertidumbre cercano a cero: viven en barrios cerrados bien protegidos por guardias de seguridad; gastan miles de dólares al año en salud prepaga que los pone a cubierto de las enfermedades que asolan a las clases populares; se hacen chequeos médicos anuales sumamente rigurosos; disponen de todas las medicaciones que eventualmente necesiten; se vacunan para todo; viajan en avión, el más seguro de los medios de transporte; adquieren automóviles de alta gama, en los que se sienten (a veces falsamente) seguros ante eventuales accidentes; no es raro que contraten guarda-espaldas personales; en sus casas tienen agua potable, y si viajan a un país del tercer mundo consumirán únicamente agua embotellada. Para ese uno por ciento que rige los destinos del mundo -y para las no tan exiguas pero minoritarias clases medias que se sumaron al festival consumista basado en la depredación de la naturaleza y de los trabajado-

res- la seguridad es el rey de esta Era. Viven, obviamente, vidas confortables y prolongadas. Muy confortables y muy prolongadas. Pero de repente viene un virus para el que no hay vacuna y que, además, extrañamente, prolifera entre los “turistas internacionales” más que en las villas miseria. Entonces sienten miedo. Se asustan. Toda la seguridad -toda *su* seguridad- parece tambalearse. Les llegan noticias de amigas y conocidos que se han infectado del COVID-19. Están a un paso del pánico. ¿Cuanto tiempo podrían tardar en darlo?

El pánico es una reacción muy humana, desde luego. Y muy dañina. La mayoría de las personas no son especialmente propensas al pánico. Pero hay excepciones. Y hay, significativamente, una gran excepción colectiva, grupal. El pánico es una reacción muy corriente entre los agentes de bolsa, un sector muy concreto de la clase capitalista, pero de influencia creciente. No hay grupo social, en toda la historia de la humanidad, más propenso al pánico. Y el capital especulativo, el que se mueve en la bolsa de valores, es el que más ha crecido en las últimas décadas. Su influencia en los círculos políticos dominantes es además muy estrecha: quien más quien menos, todos los miembros de la “clase política” tienen sus acciones y sus propios agentes de bolsa. Esta es la tercera variable en lisa, que se agrega a las anteriores. Cuando se inició la pandemia las bolsas se desplomaron. El gobierno de USA salió al rescate inyectando ochocientos mil millones de dólares

(mientras piadosamente reforzaba con cincuenta mil millones el presupuesto en salud de su país). Pero, a diferencia de otras catástrofes bursátiles, en la que los agentes de bolsa temen perder mucho dinero, ahora temían por su vida. Y su temor (que siempre es exagerado: nadie es más histérico que un agente de bolsa) influyó en el poder político. No olvidemos: con regocijo o con recelo, todos los gobiernos capitalistas están viendo cómo satisfacer y tener tranquilos a los “mercados”. Si los mercados están tranquilos, ellos lo están. Si los mercados se agitan, ellos se agitan. ¿Qué creen que sucederá cuando los mercados entren en pánico? Desde luego: los políticos tienen entre sus principalísimas funciones salvar al capitalismo de los propios capitalistas. Esta vez no estarían pudiendo.

Pero hay todavía una cuarta variable para armar este cóctel explosivo. Hace años que se sabe (o se cree, para el caso es lo mismo), que la humanidad está al borde de un colapso. La cultura *prepper* y la actual expansión del “supervivencialismo” -claramente un fenómeno de clase alta y media alta, pero lo suficientemente masiva como para que haya programas semanales de TV dedicados a él e innumerables sitios de internet- se basan en la preparación para la catástrofe. Había, pues, mucha gente esperando un desastre inminente. Y no estaban necesariamente locos. Más bien al contrario. Quien sepa ver el mundo contemporáneo sabrá muy bien que el capitalismo nos conduce a un desastre planetario. Lo repudiable de los *preppers*

no es que tengan una visión catastrofista completamente irreal. En eso, más bien, son muy realistas. Lo repudiable, lo condenable de los *preppers*, es que piensan en cómo salvarse ellos, no en cómo salvar a la humanidad. Pero, evidentemente, toda esa cultura *prepper* individualista se convenció rápidamente de que el COVID-19 era algo semejante a un Apocalipsis zombie, o incluso peor: un enemigo invisible es más temible que un zombie visible. Desde sus usinas propagaron el pánico en todas direcciones.

...

No es seguro que las autoridades chinas -el país donde todo comenzó- hayan entrado en pánico. Aunque cuando vieron quiénes se estaban muriendo en Wuhan (95 % de las víctimas eran mayores de 65 años), la gerontocracia china seguramente se asustó mucho. Pero no olvidemos que la técnica de la cuarentena es la medida habitual con la que el régimen chino suele responder a las epidemias. Ya lo hizo varias veces en el pasado reciente. Lo que parece indudable, en cualquier caso, es que las clases altas occidentales sí entraron en pánico. Y las autoridades políticas de esos estados se enfrentaron ante el dilema de ceder al pánico y tomar medidas semejantes a las del régimen chino, provocando para ello un descalabro económico sin precedentes; o bien buscar otras vías (como testeos masivos, cuarentenas focalizadas para afectados y población

de riesgo, etc.) como han hecho Corea del Sur o Alemania con buenos resultados.

Pero la mayoría de los gobiernos se escindieron entre los que minimizaron el asunto -a veces con pensamiento adolescente del tipo: "a mí no me va a pasar nada"- y los que entraron literalmente en pánico. Aunque no mecánicamente, estas actitudes tendieron a corresponder con el perfil ideológico dentro del capitalismo. Conservadores y neoliberales, que son los duros entre los duros dentro de nuestros amos, en general no perdieron la calma: ¡qué les va a asustar a ellos unos miles de muertos! Los socialdemócratas y los progresistas, como siempre, tuvieron menos temple; y la excusa perfecta: "nosotros defendemos la salud pública, no como esos neoliberales a los que sólo le importa las ganancias". Pero esta mirada puramente ideológica es falsa: ¿por qué no hay alarma social, movilización de todos los recursos del estado para acabar con enfermedades mucho más mortales que el COVID-19 y para las que ya tenemos la vacuna o su equivalente? El dengue, el sarampión, la diarrea (que se arregla tan sólo con agua potable), incluso la gripe (datos del ministerio de salud para 2019: 32.000 muertes por pulmonía) causan más muertos en nuestro país que los que podría llegar a causar el COVID-19 -y no excepcionalmente, sino año tras año- ante la impavidez de quienes ahora se rasgan las vestiduras en defensa de la salud pública. Si los medios de comunicación y las autoridades midieran los riesgos del

resto de las enfermedades con la misma vara con la que miden los riesgos del COVID-19, entonces la población entera del planeta sentiría culpa al tomarse un helado (cuando millones de niños mueren por desnutrición), los autos de lujo serían incendiados por la turba y la gente adinerada sería vista como criminales. La malaria se cobra un millón de muertes al año; la diarrea, casi dos millones; la tuberculosis, al menos un millón y medio. Son todas enfermedades curables, incluso fácilmente curables. Y sus víctimas son mayoritariamente niños y niñas. ¿Por qué no se movilizan todos los recursos sociales contra ellas? Todos los años mueren más de seis millones de menores de 15 años, la mayor parte por afecciones vinculadas a la desnutrición. Con estas cifras sobre la mesa: ¿cómo quedan los menos de 50.000 decesos producidos hasta ahora por el COVID-19? Con un agravante: los muertos por las otras causas se suceden año tras año, se van acumulando. Son los muertos de la miseria estructural, no de un fenómeno pasajero como la actual pandemia, que es un proceso excepcional, doloroso pero circunstancial. El mapa de las enfermedades más mortales a escala planetaria muestra una monótona regularidad: las víctimas son abrumadores niños, niñas y jóvenes de clase baja de países periféricos. El COVID-19, extrañamente, ha seguido otra pauta, que se revertirá con toda probabilidad en unos meses, cuando está disponible la vacuna para quienes la puedan pagar. El virus del espanto ha cobrado sus víctimas mayormente

entre ancianos y ancianas de clase media de países del primer mundo.

Albert Einstein dijo alguna vez que sólo conocía dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana. Le faltó agregar la hipocresía.

...

La población de clase alta y media se aterrorizó (aquí, allá, en todos lados) y comenzó a reclamar medidas drásticas y aislamiento total. Argentina es un ejemplo claro. Muy poco antes de que se declarara la cuarentena -pero cuando la misma era ya casi un clamor en los medios y en las redes sociales- el ministro de salud, Ginés González, explicó con mucha tranquilidad y sensatez que nuestros principales problemas sanitarios son el dengue y el sarampión. Pero el gobierno cedió ante el pánico de las clases acomodadas. Fernández no pudo o no se atrevió a resistir el pánico de masas ya desatado (pánico masivo en las clases altas y medias, pero no tanto en las clases populares). Por eso declaró la cuarentena mucho antes de que sucediera lo que el mismo gobierno anunció que era la condición para pensar en una cuarentena obligatoria: la circulación comunitaria del virus. Y por eso se entró en la cuarentena con total improvisación, sin ningún plan. Y sin matices: dictando una medida homogénea para un país tan grande y diverso. Ya está todo el mundo metido en su casa;

y al criminal que se le ocurre salir a tomar aire: palo y palo. Los recursos para eso sobran. Pero todavía hay personal sanitario al que no se le ha proporcionado barbijos (me consta por una médica amiga del hospital Castro Rendón de Neuquén). Y a la cuarentena se entró además con un pánico reproducido e incentivado por las propias autoridades. Cada gobernador, cada intendente, cada ministro, cada comisario empezó a tomar medidas por su cuenta, a cual más drástica: que no se puede circular el domingo, que no se puede estar en la calle a partir de tal o cual horario. Se inició una loca carrera para ver quién imponía las medidas más restrictivas. ¿Que a igual concentración de gente la probabilidad de contagio es mayor en espacios cerrados que en espacios abiertos? Detalles insignificantes. La paranoia reclama sin atenuantes: "quedate en casa". No importa si no tenés casa, no importa si quedarse en casa es estar hacinados. Los abusos policiales y las escenas de micro-fascismo se multiplicaron. Varios motines carcelarios son reprimidos. El saldo: cinco muertos. Ese mismo día el COVID-19 provocó el deceso de dos personas en Argentina. Pero consolémonos: no nos va tan mal como a Colombia, en la que el pánico desatado en las cárceles desembocó en la muerte de 23 detenidos, cuando en el país el COVID-19 había ocasionado tres fallecimientos desde que se inició la pandemia.

En cualquier caso, hay que reconocer que todos los gobiernos y todas las autoridades de los organismos in-

ternacionales se han visto ante un insólito problema: las muertes no ocurrían en África o la India (a esos muertos se los puede ignorar impunemente). Las víctimas, en su inmensa mayoría, no eran jóvenes inmigrantes sino ancianos nativos de países del primer mundo. Los primeros en contagiarse no eran los pobres de los suburbios sino gente con los ingresos suficientes como para costearse viajes al extranjero. A diferencia del resto de las grandes plagas que azotan a la población -y que nunca afectan significativamente a los sectores acomodados-, la lista de contagiados por el COVID-19 sumaba líderes mundiales, estrellas de televisión, astros del fútbol. Y entonces sí. Ahora sí: nada es suficiente para combatir al virus. Poco importan las tasas de letalidad o de contagio, no mayores que otros virus, para los que sí hay vacunas disponibles para quienes las puedan pagar. Ha llegado la hora de hacer lo imposible para detenerlo.

Paremos todo. Quedate en casa.

¿Qué consecuencia sociales y económicas tendrá todo esto? Esa te la debo.

Pandemia: paranoia e hipocresía global en tiempos de capitalismo tardío

Ariel Petrucelli y Federico Mare*

Publicado en *La quinta pata*

29 de marzo 2020

Vivimos tiempos de pandemia, paranoia y cuarentena, en un mundo capitalista que, como Ícaro, vuela raudamente hacia el sol de su autodestrucción. Es como si la realidad fuese una mala escritora –mala por su falta de originali-

[*] **Federico Mare** (Buenos Aires, 1977). Reside en Mendoza desde 2002. Es historiador, ensayista y docente. Cursó sus estudios universitarios en la UBA y la UNCuyo. Es egresado de Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo. Ha publicado numerosos ensayos, artículos y columnas en diferentes revistas, periódicos y medios digitales de Mendoza, Argentina y el exterior: *La Quinta Pata*, *Ophelia*, *Unidiversidad*, *Poslodocosmo*, *Panero*, *Trifulca*, *Políticas de la Memoria*, *Viento del Sur*, *La Izquierda Diario*, *Rebelión*, *Sin Permiso* y *Europa Laica*, entre otros. Las temáticas y disciplinas que aborda en su escritura son variadas: historia, literatura, arte, filosofía, divulgación científica, política, laicismo, ateísmo... Es autor del libro *El éxodo galés a la Patagonia: orígenes, trasfondo histórico y singularidad cultural de Y Wladfa* (Mendoza, Ediunc, 2019). Ha participado también de obras colectivas, como *Trelew: una ardiente memoria* (Bs. As., La Lllamarada, 2015), compilada por Vicente Zito Lema, y *Luchas sociales, justicia contextual y dignidad de los pueblos* (Santiago de Chile, Ariadna, 2020), dirigida por Ricardo Salas.

dad o mala por su sadismo– empeñada en imitar *La peste*, aquella memorable novela de Camus sobre los efectos psíquicos y sociales de una misteriosa plaga que se abate sobre la ciudad argelina de Orán; plaga que es también, en otro plano más profundo de lectura, una parábola de la absurdidad humana (el libro, dicho sea de paso, ha vuelto a ser *bestseller*). La sensación compartida de estar metidos dentro de una distopía –sensación de sorpresa, perplejidad, opresión, espanto, fastidio, enojo, pero también curiosidad y rebeldía– fue un poderoso acicate para la escritura de todo cuanto sigue.

Entre los *Caprichos* de Goya, hay un aguafuerte que se llama *El sueño de la razón produce monstruos*. «Sueño» como siesta, letargo o sopor, como lo contrario al estado lúcido de la vigilia. El grabado muestra a un hombre durmiendo, con la cabeza apoyada sobre una mesa. A su alrededor revolotea un enjambre de alimañas infernales. La irracionalidad, el absurdo, representan una pesadilla: tal es la moraleja que quiso transmitirnos Goya. Este mundo, esta sociedad, este capitalismo tardío obsesionado con el COVID-19, con los contagios y las muertes, son un absurdo y una pesadilla. A ese absurdo, a esa pesadilla, oponemos aquí la confianza en el poder de la razón y la esperanza en el despertar de la razón crítica.

El presente ensayo busca problematizar la pandemia del coronavirus como fenómeno social global de estos días, en un esfuerzo consciente y deliberado por romper

el cerco de la ideología dominante, el sentido común y los relatos falaces de la prensa hegemónica. Nos proponemos llevar a cabo un análisis y una reflexión de carácter *crítico* sobre el COVID-19, la emergencia sanitaria y toda una serie de impactos o efectos que ambos han tenido en la economía, la sociedad, la política y la cultura contemporáneas, especialmente –pero no solo– en Argentina, país donde habitamos. Es, por lo tanto, un escrito de *urgencia*, un texto redactado en caliente, en medio de un frenesí de noticias periodísticas, medidas gubernamentales y reacciones sociales que fueron poniendo patas para arriba nuestra vida cotidiana, y creando en nosotros la imperiosa necesidad de pensar y de decir lo que pensamos.

Tal urgencia entrañó no pocas dificultades. Ante todo, el fenómeno bajo lupa es un proceso inconcluso, en pleno devenir, con desenlace abierto. En segundo lugar, el volumen de información periodística es tan grande que resulta inabarcable (sin contar que no siempre es fiable o corroborable). A eso agréguese el escollo de que aún no se dispone de bibliografía especializada. Y por último, téngase en cuenta la existencia de un importante –parafraseando a Enrique Pichon-Rivière– *obstáculo epistemofílico*: el abordar, desde el escepticismo científico y la *parresía* de izquierda, temas tan espinosos como qué tan grave es realmente el COVID-19, qué tan convenientes son algunas políticas drásticas para combatirlo, qué sesgos deja traslucir la pandemia (y la preocupación universal por la

pandemia) o qué tan fidedignas son algunas teorías conspirativas sobre el origen del virus; temas que pueden herir susceptibilidades en vastos sectores de la población, en un momento histórico inédito de altísima sensibilidad y baja racionalidad.

Algunos fragmentos de este ensayo ya han sido incluidos en otros artículos: “Pensar la pandemia y la cuarentena”, de Federico Mare, publicado en *La Quinta Pata* el 22 de marzo; y “Paradojas virales”, de Ariel Petruccelli, que salió a la luz en *La Izquierda Diario* tres días después. Tales fragmentos han sido aquí corregidos o reescritos para una adecuada integración con el resto de los textos. No obstante, gran parte de esta miscelánea es enteramente nueva.

Paradojas virales: capitalismo tardío y pandemia

Desde hace al menos medio siglo, sectores importantes de la comunidad científica internacional vienen alertando sobre los problemas presentes y futuros del crecimiento económico indiscriminado. Desde hace unas dos décadas, los llamados de alerta –e incluso de alarma– sobre el cambio climático, la emisión de gases de efecto invernadero, la contaminación ambiental, el extractivismo, la deforestación y la inminente proliferación de todo tipo de plagas, se han multiplicado hasta la angustia. Sin embargo, las ínfimas cuotas de reducción de la emisión de gases que las autoridades internacionales lograban consensuar

(muy lejanas, aun así, de las recomendaciones hechas por lxs científicxs) no eran cumplidas. El escenario global es el de una larga y rápida marcha hacia la catástrofe.

De no frenarse el calentamiento global en la próxima década, las víctimas se contarían por cientos de millones. Esto se sabe. Lo saben. Pero la marcha de la economía capitalista no se detiene. Más bien al contrario: si el crecimiento no supera en 3% anual, se habla de crisis o de recesión, y se alerta sobre las penosas consecuencias sociales en términos de desempleo, pobreza, hambre, etc. La economía debe crecer. No hay alternativa. Pero el planeta estallará. No hay alternativa. Pero el cambio climático causará cientos de millones de víctimas y de muertes. No hay alternativa: la economía tiene que crecer. Pero estamos destruyendo nuestra casa, que es este planeta. No hay alternativa. Se debe seguir adelante: la economía no se puede detener. Pero esto es absurdo, los bienes que se producen son cada vez más superfluos (automóviles, celulares, tablets, etc.) y la inmensa mayoría de las personas a duras penas puede comer. Las cosas son así, no hay alternativa, no hay.

Este era el panorama a nivel mundial. Y de repente, llegó el COVID-19. En cuestión de semanas, se redujo un 35% la emisión gases de efecto invernadero. La economía mundial se frenó prácticamente en seco. Países enteros entraron en cuarentena obligatoria. Todo, absolutamente todo lo que se decía que era imposible, de repente se volvió realidad.

El planeta respira, ligera y temporalmente aliviado, mientras enormes cantidades de la población mundial viven en estado de pánico y de autoencarcelamiento como medida de salvación pública. Paradójicamente, un virus ha hecho más por frenar el calentamiento global que todas las autoridades de todos los países en los últimos cincuenta años.

Las buenas conciencias quizá se consuelen pensando que, al menos, esta catástrofe viral servirá para que tomemos conciencia de que todos somos parte de un mismo barco y que necesitamos unirnos para salvarnos. Y sin embargo no. En este momento de «frente único» contra la amenaza del COVID-19, es necesario no perder la cabeza. Ningún virus hará lo que tenemos que hacer como humanidad.

Pandemia y teorías conspirativas

Muchas son las teorías conspirativas sobre el origen del coronavirus: Dios ha castigado a la humanidad por sus pecados, China ha usado un arma bacteriológica contra Occidente para conquistar la hegemonía global, los Estados Unidos sembraron un nuevo virus en China para frenar el ascenso económico del gigante asiático, el COVID-19 es una bioarma diseñada por un laboratorio del gobierno chino que se propagó accidentalmente, la «sinarquía» del *New World Order (NWO)* pretende acabar con la superpoblación mundial, el neoliberalismo busca deshacerse de la gente anciana para lograr un ajuste a gran escala en

el sistema previsional, etc. etc. Entre tanto alarmismo y paranoia, conviene recordar una verdad de Perogrullo que invita a la prudencia y la mesura: todas estas hipótesis no pueden ser válidas, porque en muchos aspectos son incompatibles. Hay algo aún más inquietante que la proliferación irresponsable de elucubraciones complotistas sobre la pandemia: que muchas personas den por ciertas, al mismo tiempo, varias teorías o versiones que se excluyen lógicamente entre sí.

Todo lo dicho no excluye esta otra verdad: la humanidad es tecnológicamente capaz, desde hace rato, de producir armas biológicas o bacteriológicas del alta complejidad y letalidad; y cuando todavía no lo era, tuvo en muchas ocasiones la astucia de inventar bioarmas más sencillas como arrojar, mediante catapultas, serpientes venenosas o carroña contaminada a ciudades o fortalezas asediadas (tal como testimonia, entre otros, el general romano Sexto Julio Frontino –experto en tácticas militares y autor de las célebres *Strategemata*– a fines del siglo I). No solo eso: desde tiempos muy antiguos, hemos sido moralmente capaces de asesinar en masa, mediante variados métodos (guerras, genocidios, etc.), a nuestros semejantes, por codicia, ambición, odio, fanatismo, crueldad, venganza y otros motivos. Las atrocidades perpetradas por el imperio asirio, por Roma, por Gengis Kan, por los cruzados, por la Inquisición, por Cortés y Pizarro, por todas las potencias coloniales europeas, por Shaka Zulú, por Hitler y Mussoli-

ni, por Stalin, por el Japón de Hirohito, por las dictaduras latinoamericanas, por el déspota ugandés Idi Amin, por la Sudáfrica del *Apartheid*, por los jemeres rojos, por los Estados Unidos, por el fundamentalismo islámico, por la derecha sionista de Israel, eximen de todo comentario. Después de horrores inefables como la conquista de América, la *Shoá* o el bombardeo atómico sobre Hiroshima y Nagasaki, nadie puede estar seguro o segura que la humanidad, a pesar de su modernidad, no vaya a hacer algo igual o peor. Nuestra especie parece no tener ya un *non plus ultra* tecnológico y moral.

Ahora bien: que la humanidad tenga la aptitud de cometer matanzas o masacres, no significa que toda mortandad sea intencional, premeditada, planificada. Quizás sí, quizás no. Es algo que no se puede saber *a priori*. Es algo que debe ser averiguado *a posteriori* en cada caso particular, a través de la recolección y análisis de evidencias. Podemos tener cierto escepticismo o recelo pesimistas respecto al origen de la pandemia. Cabe dudar de si se trata de un flagelo accidental o *ex professo*. Lo que no debemos hacer es dar por cierto lo segundo si no tenemos pruebas, y eso es lo que está ocurriendo ahora con las teorías conspirativas sobre la génesis del COVID-19.

También hay que decir esto: que la pandemia no haya sido criminalmente inducida, que no sea consecuencia de un plan maquiavélico de gobiernos o corporaciones, no significa que sea ajena a causalidades o factores sociales.

En Italia, por ejemplo, las políticas neoliberales de ajuste en salud han contribuido al desmadre catastrófico de la tasa de contagio. Más en general, la comunidad científica viene alertando desde hace tiempo que la acelerada y descontrolada desforestación de las selvas tropicales y subtropicales, junto a las granjas de «producción industrial» de aves, son la combinación perfecta para la proliferación de todo tipo de virus nuevos y viejos (más aquellos que se prevé que pueden reaparecer luego de miles de años inactivos, con el descongelamiento global provocado por el cambio climático). Además, aun cuando la pandemia tuviera –como parece por ahora– un origen meramente accidental, eso no excluye la posibilidad de que distintos sectores del *establishment* se aprovechen de la crisis sanitaria desatada: gobernantes haciendo demagogia o suspendiendo las libertades públicas –con toques de queda, por ej.– más de lo estrictamente necesario, derechas racistas fogueando la xenofobia (la sinofobia especialmente), empresas y comerciantes lucrando con la desesperación de la gente, etc. Las explicaciones de tipo *funcional* son totalmente legítimas, siempre y cuando posean algún sustento racional y empírico, y siempre y cuando se tenga bien claro la diferencia entre explicar la génesis u origen de un fenómeno, y explicar su pervivencia, desarrollo, mutación o intensificación.

Una digresión: si hay alguien que debe estar feliz con la pandemia del coronavirus, o aliviado en todo caso, es

Sebastián Piñera, el impopular presidente de Chile atornillado al sillón de O'Higgins. Lo que la represión no ha logrado en tantos meses, quizás lo logre en un par de días o semanas la cuarentena: distraer y desmovilizar a la sociedad chilena, que lo tenía contra las cuerdas. Al menos un poco y transitoriamente, pensará el mandatario, tan proclive, desde el inicio de la revuelta popular en octubre, a declarar el estado de excepción (días atrás, Piñera decretó el toque de queda nocturno en todo Chile para –aduce– garantizar la cuarentena total). El tiempo dirá... Por lo pronto, las protestas callejeras han cesado. El miedo al COVID-19, que forzosamente irá creciendo a medida que suban las tasas de contagio y letalidad (hoy todavía bajas), amenaza con paralizar la revuelta popular del país trasandino.

Pandemia e infodemia

Cuando leemos o escuchamos que la letalidad o mortalidad del coronavirus, en los países más afectados (Italia, China, España, Irán), oscila entre el 4 y 8%, tengamos en cuenta que esa estimación no es en base a la población total, sino, solamente, en base a los *casos confirmados* de infección. En Italia, donde hubo más decesos, la proporción respecto a la población total no llega al 0,005% (49,3 en un millón). En China, donde se inició la pandemia, es de 0,00022% (2,2 en un millón). Dimensionemos también cuál es la proporción de casos confirmados respecto a la

población total: en Italia no llega al 0,07% (679 cada millón de habitantes). En España e Irán, no alcanza el 0,04%...

A nivel mundial, la letalidad del COVID-19 ronda el 3%. Pero de nuevo: recordemos que ese 3% es en relación a los casos confirmados de contagio, no en relación al total poblacional. A lo que hay que agregar lo siguiente: las personas infectadas seguramente son muchas más (hablamos de personas que portan el virus sin que sea detectado. En al menos el 50 % de quienes se contagian, el COVID-19 no provoca ninguna sintomatología; en tanto que en un 30 % provoca una afección leve). Existen en todo el orbe, a la fecha, unas 304 mil personas infectadas de coronavirus, *oficialmente*. ¿Muertes? Cerca de 13 mil. Considerando que la población mundial treparía ya a 7.700 millones, eso significa que la pandemia ha afectado a algo menos del 0,004% de los hombres y mujeres del planeta, y que ha matado a algo menos del 0,0002%.

Parece importante aclarar esto porque circula por WhatsApp, redes sociales, páginas de Internet, medios de prensa y foros virtuales una inmensa cantidad de mensajes alarmistas donde no se brinda ninguna precisión sobre cuál es la base demográfica de los cálculos. No es lo mismo 3 decesos cada 100 habitantes, que 3 decesos cada 100 personas infectadas. Se advierte mucha confusión en materia *infodemiológica*. Esa confusión se debe, en gran medida, a la irresponsabilidad de quienes comunican. Por ej., médicos que graban y difunden audios por WhatsApp

en los que dan por sentado que la gente ya sabe que los porcentajes de letalidad son en relación a los casos de contagio, y no al total de población. Tengamos más cuidado en lo que informamos. Hace rato que la OMS viene alertando sobre los perjuicios que genera la *infodemia*, esto es, la propagación de información sanitaria totalmente falsa, parcialmente errónea o insuficientemente clara.

No obstante, debe admitirse también que las estadísticas mundiales de casos confirmados no reflejan la gravedad de la pandemia en su exacta dimensión debido a que, al parecer, cerca del 80% de las personas contagiadas no son afectadas en su salud por el virus, pero sí pueden propagarlo en tanto portadoras. Esta aclaración, de cualquier modo, no contradice la cautela de los párrafos anteriores. Solo la matiza. En el mundo siguen muriendo muchísimas más personas por causas ajenas al COVID-19, que a causa del COVID-19: infarto, cáncer, diabetes, tuberculosis, cólera, accidentes de tránsito, asesinatos, suicidios, etc. No hay comparación posible en este sentido. Se impone, pues, la necesidad de poner coto al tremendismo.

No se propone aquí subestimar el coronavirus. En absoluto. Lo que aquí se sugiere es evitar exagerar su gravedad, a caballo de la paranoia, el pánico, la desinformación, el morbo y el sensacionalismo. Si la irracionalidad es lo que prevalece, la parálisis o el error le ganan la partida al cuidado preventivo responsable y solidario, único modo posible de revertir la pandemia hasta tanto se desarrolle

la vacuna. En una entrevista que le hicieran en un programa de TV tucumano, el doctor Alfredo Miroli, inmunólogo, habló de tener “prudente temor”, evitando el “patológico terror”. En síntesis, ni subestimación ni exageración del COVID-19: *justa calibración* es lo que hace falta.

Pandemia y sesgos ideológicos

Cabe preguntarse: ¿habría tanto *terror mortis* frente al coronavirus si este fuese una típica enfermedad de la pobreza y la periferia, como el cólera o el paludismo, que causan estragos mucho mayores? La malaria, por ej., se cobra un millón de muertes al año; la diarrea, casi dos millones; la tuberculosis, al menos un millón y medio... El COVID-19 aún no ha llegado a las 20 mil defunciones... Pero claro: Italia no es Mozambique o Haití, ni España es Camboya o Nicaragua; y las clases altas y medias que pueden cultivar el turismo internacional o los viajes de negocios, llevando o trayendo el coronavirus, nada tienen que ver con el «pobrerío oscuro» que habita en zonas rurales y urbano-marginales del planeta.

Es sintomático, en este aspecto, lo poco y nada que se está hablando del impacto de la pandemia en Irán, una de las naciones más grandes y pobladas del Medio Oriente: alrededor de 20 mil o 21 mil casos confirmados y más de 1.500 muertes. La cobertura periodística y el interés del público ha sido muy dispar. Francia, Alemania y Estados

Unidos importan: son países centrales, occidentales y ricos, miembros de la OTAN. Irán no importa: es un país «tercermundista» y pobre, islámico, acusado de terrorismo. No se mide con la misma vara, no. Hay vidas que valen más que otras, conforme a criterios de clase y étnico-geopolíticos (no siempre explicitados, pero siempre operantes). La pandemia no está libre de sesgos ideológicos.

Aunque resulte disonante y políticamente incorrecto, hay que decir que el impacto público de esta pandemia tiene mucho que ver con las franjas etarias, los sectores de clases y los grupos étnicos que se han visto principalmente afectados. El sesgo es pronunciado. Más aún: es casi increíblemente pronunciado. A nivel mundial, el 95% de las víctimas superan los 60 años. Más aún, el 80% de las víctimas superan los 70 años, y, por ende, se hallan casi todas por encima de la esperanza de vida promedio (que ronda los 72 años, con obvias y escandalosas diferencias regionales y de clase). El virus prácticamente no afecta a menores de 10 años, y hasta ahora no ha provocado ningún deceso en esta franja etaria. Los casos de contagio son escasos en la franja de entre 10 y 19 años, y las muertes son muy pocas.

Ahora bien, es claro como el agua clara que el promedio de edad de lxs líderes políticxs mundiales, de lxs ricxs y súper-ricxs, de lxs CEOs de las corporaciones, de lxs ejecutivxs de organismos internacionales; en suma, la franja etaria promedio de quienes dominan el mundo, los

coloca entre la población de riesgo. A esto se suma que los estados más afectados son potencias mundiales o países relativamente acomodados, y que, con la excepción parcial de China, el virus circuló profusamente en sectores sociales con capacidad para viajar al extranjero. En menores de 30 años, la mortalidad del COVID-19 no difiere mucho de la gripe común. Para la gran mayoría de la población mundial, la amenaza mortal del virus es realmente baja.

No nos engañemos: no son las vidas de la población en general lo que les preocupa. Son sus propias vidas, que sienten ante un riesgo mayor. Mientras lxs muertxs en masa caen por balas, cólera, desnutrición, malaria o gripe en las villas miseria, en África, en Medio Oriente, en los campos de refugiadxs, en las barriadas populares... la vida sigue para ellxs como si tal cosa. Nunca les tembló el pulso para reducir presupuestos de salud, pagar jubilaciones miserables, recrudescer la explotación, achicar los salarios, talar los bosques, echar al mar refugiadxs, contaminar los ríos, inundar el mundo de sustancias cancerígenas, establecer bloqueos económicos a países enteros o lanzar misiles a mansalva lamentando cínicamente sus «efectos colaterales». Pero cuando las víctimas potenciales son ellxs... entonces son capaces de todo. Incluso de hacer lo inimaginable. Incluso de hacer lo que durante años dijeron que no se podía hacer –reducir drásticamente la emisión de gases– aunque fuera indispensable para salvar a millones de personas de una catástrofe inminente.

Desde luego que políticxs y empresarixs conocían y conocen perfectamente los efectos devastadores que el cambio climático ocasionará: pero calculaban que a ellxs no les llegaría. Lxs muertxs del cambio climático no serían sus muertxs. Para su sorpresa, el COVID-19 también se metió con ellxs. De eso al pánico no había mucho más que un paso. Hasta que se desarrolle una vacuna, nos tendrán a todxs obsesionadxs con su amenaza. Cuando la vacuna esté disponible, los medios de comunicación de masas se olvidarán pronto de si la bendita vacuna no llega a lxs hambrientxs de África.

Con un puñado de excepciones (quizá Corea del Sur, acaso Alemania) las autoridades públicas oscilaron entre el negacionismo omnipotente y el pánico. El gobierno chino pasó de uno a otro en cuestión de días: de negar el problema y tomar medidas represivas contra lxs médicxs que alertaban sobre los riesgos, a establecer una cuarentena total en Wuhan. A medida que los contagios se esparcían por el mundo mediante lxs viajers internacionales, el pánico comenzó a generalizarse entre las clases altas. Desde luego que en España y –sobre todo– en Italia, la situación es dramática. Pero no deberíamos olvidar que la inmensa mayoría de las víctimas pertenecen a franjas etarias numerosas en esos países, pero exiguas en muchos otros. En África, en India, en buena parte de América Latina, las personas mayores de 80 (que son el 50% de las víctimas) resultan muy escasas: allí se mueren antes de alcanzar esas edades por enferme-

dades curables. En Italia, las personas mayores de 65 años representan un 22% de la población. En España son aproximadamente el 16%. Se trata de países del llamado «primer mundo». Pero en Argentina sólo un 8% corresponde a esa franja etaria, en la que se registra el 95% de las víctimas fatales. Y digámoslo todo: en India son menos del 2%. *Desigualdad global*, que le dicen.

Esto no significa que haya que tomar a la ligera a la pandemia, desde luego. Pero el pánico que ha generado, debe admitirse, tiene mucho que ver con que ha afectado a sectores sociales que tradicionalmente se han considerado invulnerables; y al poder económico, político y mediático que poseen.

Cuarentena y teletrabajo

La cuarentena no son vacaciones, nos recuerdan nuestras autoridades gubernamentales y patronales con insistencia, y a veces con cierto tono admonitorio o socarrón. Muy cierto. Si resulta riesgoso salir del hogar para ir a trabajar o estudiar, también resulta riesgoso salir de esparcimiento, al menos si el esparcimiento conlleva contacto con muchas personas: shoppings, discotecas, estadios, cines, plazas, fiestas, etc. Los países que no entendieron eso, lo están pagando caro.

Pero tampoco la cuarentena debiera ser pretexto para el trabajo a domicilio carente de toda utilidad, meramente bu-

rocrático, sin más razón de ser que el afán directivo –privado o estatal– de evitar a toda costa, por inercia o mezquindad, o por malicia o rencor, que lxs trabajadores se den el gusto de «holgazanear» o «no hacer nada» en sus casas. Qué *pasión triste* –parafraseando a Spinoza– es esta de combatir el ocio con tareas a distancia absurdamente innecesarias.

Hay también, por otro lado, mucho de *sobreactuación* en esto de contar lo maravillosamente bien que nos va en adaptarnos a la cuarentena, en describir el ingenio y la inventiva que tenemos para sortear los contratiempos que generan las medidas de suspensión y aislamiento en el trabajo, la educación, el transporte, la salud, el aprovisionamiento, el cuidado de menores y mayores, etc. Nos está faltando honestidad intelectual –y acaso un poco de humildad– para entender y asumir que la emergencia indefectiblemente conllevará postergaciones de toda índole en nuestras vidas. Lo que se quiere decir con esto es que muchos quehaceres no podrán ser hechos a distancia, virtualmente, y que habrá que diferirlos o posponerlos para cuando la crisis sanitaria haya pasado. No se puede hacer magia, aunque gobernantes, tecnócratas, patrones y jefes nos presionen todo el tiempo con el *memento* sarcástico «recuerden que la cuarentena no son vacaciones». Comprendamos y aceptemos, con realismo y sin desesperación, que muchas cosas habrán de quedar en el *freezer* por un tiempo, aunque eso no le guste a quienes mandan.

No en todos los casos, pero sí en muchos, el teletrabajo que hoy se improvisa bajo cuarentena es solo burocracia improductiva: papeleo virtual que no reporta ningún beneficio real, y que solo responde a la lógica patronal-punitiva «no estamos de vacaciones». El trabajo asalariado, de por sí alienante por las razones que explicara Marx, se vuelve aún más alienante cuando, disociado de las condiciones materiales que lo harían viable y útil, pierde toda conexión con las necesidades sociales. Cuando el *homeworking* queda reducido a un simulacro desesperado y fantasmagórico de continuidad laboral, sin más sentido que el de reprimir o frustrar la «vagancia» de los «recursos humanos», el capitalismo muestra una de sus facetas más mezquinas, absurdas y enajenantes.

No dejemos que el poder, so pretexto de una emergencia sanitaria cuya gravedad no se minimiza, demonice y aplaste el ocio con una avalancha de requerimientos y tareas a distancia impracticables e inservibles. Defendamos la *skholè* (aquí se rescata la palabra griega para «ocio» con el propósito de darle más fuerza al concepto) del *vigilantismo* filisteo de las gerencias y tecnocracias. Sin *skholè* –en la Grecia antigua lo sabían muy bien– no hay ciencia, ni arte, ni filosofía. Sin ociosidad no existe la posibilidad de leer, de formarnos, de cultivar el autodidactismo, de reflexionar, de crecer intelectualmente... El ocio constituye una *pasión alegre*, en estricto sentido spinoziano: es decir, una pasión que nos perfecciona.

La *skholè*, en palabras de un notable sociólogo francés, es “tiempo libre y liberado de las urgencias del mundo, que posibilita una relación libre y liberada con esas urgencias y ese mundo”. El ocio sirve, entre otras cosas, para releer y actualizar libros esenciales, como las *Meditaciones pascalianas* (1997) de Pierre Bourdieu, obra de la que se extrajo la cita anterior. Releer y actualizar libros esenciales es, nos parece, un modo muy productivo de utilizar el tiempo libre de la cuarentena. O en todo caso, un modo menos inútil que «trabajar a distancia» para alimentar la maquinaria burocrática.

La cuarentena: ¿un privilegio de clase?

Se ha viralizado en las redes sociales, con bombos y platillos, un meme que dice “poder quedarse en casa también es un privilegio de clase”. Nos recuerda o explica que cumplir la cuarentena “mirando Netflix o leyendo libros es la realidad privilegiada de unos pocos”. No solo eso: “romantizar el aislamiento puede ser un insulto para una gran parte de la sociedad, que, si no trabaja, no come”. Y concluye: “poder adherir al «yo me quedo en casa» también es privilegio de unos pocos”.

Hace años que vienen circulando dispositivos retóricos de este tipo, contruidos sobre la premisa de que tal o cual cosa «también es un privilegio de clase»: vacaciones pagas, viajes turísticos, empleo formal, estudios universitarios, obras sociales, salario acorde a la canasta básica,

alimentos saludables, vivienda propia y confortable, actividad intelectual, goce estético, práctica de ciertos deportes... En fin, todo aquello que podríamos englobar como *satisfacción de necesidades secundarias*, e incluso, a veces, *necesidades básicas*.

Aunque sea políticamente incorrecto decirlo, es necesario decirlo: esta clase de memes cansan. Hay algo de verdad necesaria en ellos, no se puede negarlo: la empatía y solidaridad con quienes menos tienen. Pero también mucho de falacia contraproducente. Está fuera de toda discusión sería que la población asalariada y con trabajo formal –aun el precarizado– está mejor que aquella otra condenada por el sistema capitalista al desempleo, la informalidad, el *cartoneo*, la venta ambulatoria o la mendicidad. Existen, entre una y otra, significativas diferencias en nivel de ingresos, en hábitat, en salud y nutrición, en educación y esparcimiento, en capacidad de consumo y ahorro, etc. Pero, en la mayoría de los casos, no corresponde calificar esa brecha como *privilegio*, ni en términos sociológicos ni en términos ético-políticos (privilegio en su denotación o connotación negativa, que es la más corriente).

¿Es justo, por ej., considerar a una enfermera, un operario de fábrica, una profesora suplente del secundario o un barrendero municipal como una persona «privilegiada» solo porque tiene un empleo formal que lo sitúa técnicamente, en las estadísticas oficiales, por arriba de la línea de la pobreza? Por supuesto que hay personas que están

peor que las que acabo de mencionar: gente en situación de calle, relegada a la pobreza o la indigencia, que padece hambre y otras injusticias. Pero, cabe preguntarse, ¿el hecho de *no estar tan mal* es siempre sinónimo de privilegio? Honestamente, parece un disparate, un despropósito.

Se ha tergiversado y banalizado en exceso la palabra «privilegio», con mucho descuido de la semántica y la sociología. Un privilegio de clase no se reduce a un mero *estar mejor que otros*. Privilegio de clase es un *estar mejor que otros, a expensas de otros*, o de alguna otra forma éticamente repudiable o cuestionable. Es decir, el término «privilegio» solo corresponde cuando hay explotación u otra injusticia. Tildar de privilegiadas a millones y millones de personas que trabajan duro por un salario (muchas veces bajo condiciones precarizadas y sin llegar siquiera al piso de la canasta básica), solo porque existen personas que están peor, parece una moda intelectual nefasta, cuyo efecto práctico es el de legitimar o justificar la *nivelación para abajo*, el aplanamiento de derechos. Es dar a entender que las primeras son las culpables de la postergación de las segundas, un desquicio que alimenta la *guerra de pobres contra muy pobres* mientras que las clases dominantes que nadan en la opulencia, y que sí son privilegiadas, se destornillan de risa.

Es hora de terminar con la cantinela culpógena de que el trabajo asalariado, con su modesta satisfacción de necesidades vitales, constituye un «privilegio de clase». En

el capitalismo, la única clase verdaderamente *privilegiada* es aquella que extrae plusvalor de las masas productoras, aquella que acumula riquezas a través del parasitismo, a través de la explotación. Es la burguesía la responsable de la pobreza extrema de quienes quedaron al margen del mercado laboral formal.

No digamos que cualquier trabajador o trabajadora en cuarentena –una maestra rural con hijxs menores, un recolector de residuos sexagenario, una cajera de supermercado con dolencias pulmonares, un celador que debe cuidar a su madre anciana, etc.– está disfrutando «románticamente» de un «privilegio de clase», porque hay quienes –un *cartonero*, una vendedora ambulante, un campesino– no pueden darse el lujo de dejar de trabajar y ver una serie de Netflix o leer un libro. No naturalicemos el reaccionario sofisma según el cual el trabajo asalariado, y la satisfacción de necesidades básicas o secundarias, es una prerrogativa elitista, mal habida y vergonzante. El adversario no es el segmento menos pauperizado de la clase trabajadora. El adversario es la clase capitalista que explota o excluye a las mayorías populares. No romanticemos el sentimiento de culpa. La lucha es contra el capitalismo, no contra el buen vivir.

Llegará el día en que se teorice –para deleite de los oídos patronales y neoliberales– lo que ya están dando a entender desde hace rato con ejemplos prácticos cada vez más desatinados: que tener derechos laborales «también

es un privilegio de clase», porque hay gente que no los tiene: descanso dominical, vacaciones pagas, indemnización por despido, aguinaldo, licencia por razones particulares, etc. Será *distópico*.

Los derechos que no están universalmente garantizados no son privilegios. Son eso: derechos que no están universalmente garantizados. El desafío político que tenemos por delante no es crear culpa en la conciencia de quienes ya los gozan legítimamente, sino luchar hasta lograr su *universalización* (universalización no solo jurídico-formal, sino también, y sobre todo, real, efectiva, práctica).

Desde los tiempos de la Ilustración y la Revolución Francesa, la palabra «privilegio» suele entrañar una carga semántica profundamente negativa, peyorativa, ya sea por denotación o connotación. No siempre, por supuesto. También hay un sentido más coloquial y neutro del término, como cuando alguien dice: *tuve el privilegio de asistir al último show de los Beatles, en la terraza del Apple Corps*. Pero cuando se habla de «privilegio de clase», con todas sus implicancias o resonancias sociológicas, no parece tratarse de una noción tan ingenua e inocua... Usarla con ligereza, confusa o ambiguamente, es algo que debiéramos evitar hacer, sobre todo en contextos de discusión pública donde hay cuestiones delicadas en juego, como una emergencia sanitaria por pandemia, el problema de la distribución de la riqueza o la avanzada del neoliberalismo contra los derechos sociales conquistados.

Cuarentena y control social

Permítasenos iniciar este apartado con un hecho cotidiano menor, pero profundamente sintomático. Un ejemplo que resume este *Zeitgeist* o clima epocal: en Buenos Aires, una médica que iba en auto al hospital público donde trabaja, y donde se brinda uno de esos *servicios esenciales* que tanto se pondera y reclama, fue agredida a pedrazos por un vecino anónimo, quien le espetó, entre insultos, “¡quedate en tu casa!”. La anécdota tragicómica ilustra, pone en evidencia, el nivel inusitado de paranoia, vigilan-tismo e irracionalidad que ha alcanzado la sociedad con la pandemia del coronavirus.

Podría añadirse otro ejemplo, aunque en este caso sin una arista graciosa: en General Pico, La Pampa, un joven que salió de su casa para comprar pan en un comercio de cercanía resultó herido en la cabeza al recibir de la policía disparos de bala de goma, sin que haya mediado ninguna voz de alto. La Pampa es la provincia argentina con mayor número de detenciones por incumplimiento de la cuarentena (según informara *La Izquierda Diario*), y es, curiosamente, una de las menos pobladas (350 mil habitantes). En ella, por lo demás, solo existe un caso confirmado de coronavirus, y ninguna muerte a causa de la pandemia.

De todas las jornadas de cuarentena que se han vivido en Argentina, la del 24 de marzo es la que más ha dolido, por la impotencia política que produjo no poder conme-

morar, marchando en multitud por las calles, a nuestrxs 30 mil desaparecidxs, víctimas del terrorismo de estado durante la última dictadura. Pero ese dolor se ve agravado por la lectura del último reporte de Correpí, en el que se denuncian toda clase de abusos y atropellos de las fuerzas de seguridad, so pretexto de garantizar el cumplimiento a rajatabla de las medidas sanitarias de aislamiento social respecto a la pandemia del COVID-19.

Se han registrado, por ej., numerosos casos de persecución, maltratos y golpizas contra personas en situación de calle, en CABA, Córdoba y otras provincias. Lo sucedido en una barriada humilde de Goya, Corrientes, donde un grupo de adolescentes fue dispersado a balazos por un patrullero, también es alarmante, igual que los hostigamientos policiales a inmigrantes o descendientes de inmigrantes del Asia oriental en los llamados *supermercados chinos*, muchas veces instigados por clientes cuya paranoia ha derivado fácilmente en sentimientos de sinofobia y microfascismo.

Correpí señala que hubo en estas jornadas más de 10.500 detenciones en todo el país. Si bien una parte de este accionar se enmarca en lo que constituye un razonable esfuerzo por evitar el contagio del coronavirus (como en los casos del «*rugbier* de Buquebus», el «*surfer* de la Panamericana» o el preparador físico que agredió a un vigilante privado en un edificio de Olivos), otra parte se encuadra en la vieja lógica represiva clasista-racista de las *razzias* «antivilleras».

Por otro lado, la situación en las cárceles también es preocupante, debido a la falta de artículos de limpieza e higiene personal, y a las condiciones de hacinamiento; problemas históricos que se han visto súbitamente agravados por la imposibilidad de las familias –a causa de la cuarentena– de acercarse a las penitenciarías para entregar –como han hecho habitualmente– insumos a sus parientes. Los reclamos de las personas convictas están siendo acallados con brutales palizas y represalias: Bariloche, Batán, Bouwer, Coronda, Las Flores, Florencio Varela... En dos presidios de Santa Fe donde hubo motines y represión, cinco reclusos perdieron la vida, según confirmaron varios medios de prensa y la agencia Télam.

Paradójicamente, en Argentina, la violencia represiva desatada en las cárceles por la crisis sanitaria causó pocas muertes menos que la propia pandemia. El número podría elevarse de un momento a otro, debido a la oleada de disturbios penitenciarios en todo el país. Es de notar que en otros países del mundo está sucediendo lo mismo, por ej. en Colombia, donde al menos murieron 23 convictos. ¿Cuántas personas mató el COVID-19 en Colombia? Solo cuatro... Todo es muy absurdo.

Siempre es necesario luchar contra una concepción meramente *arqueológica* de los derechos humanos, y puramente formal de las libertades democráticas. Pero esa necesidad se hace tanto más acuciante cuando se atraviesa una coyuntura como la actual, donde, en casi todo el

mundo, el límite entre legítima prevención sanitaria y estado de excepción comienza a volverse borroso, a la sombra del pánico irracional de masas y los intereses oportunistas de las clases dominantes.

Los toques de queda en China y Chile, por ejemplo, han dado pábulo a desbordes de autoritarismo y violencia inaceptables, que no se pueden justificar apelando al argumento de la salud pública. Muchos otros países han comenzado ya a imitar, en mayor o menor medida, el modelo chino de cuarentena militarizada: Italia, España, Irán, Israel, Perú, Ecuador, Jordania, Bolivia, India, Honduras, El Salvador, Panamá, Francia... Trump, el presidente de la potencia hegemónica del globo, ha dicho que la lucha contra el COVID-19 es una *guerra*. Macron, uno de los principales líderes europeos, también ha recurrido a metáforas bélicas poco felices. Si estamos en guerra, ¿todo vale?

En su estimulante columna *El mundo después del coronavirus*, Yuval Noah Harari analiza los riesgos totalitarios que entraña la generalización de las técnicas de vigilancia digital y biométrica del gobierno chino, si no hay adecuados contrapesos de empoderamiento ciudadano. El filósofo Byung-Chul Han también ha abordado la cuestión en su debatido ensayo *La emergencia viral y el mundo de mañana*, aunque su postura crítica respecto a la biopolítica digital del *big data* parece más matizada y cautelosa que la del israelí. Lo cierto es que el peligro de que se universalice el estado policial es real. No debiéramos negarlo o mini-

mizarlo, por mucho que nos preocupe la salud pública. No debiéramos porque, como bien lo ha explicado Naomi Klein en *La doctrina del shock*, los mayores retrocesos de la historia reciente en materia bienestar social y derechos humanos han estado asociados, por lo general, a situaciones de conmoción pública y pánico colectivo no tan diferentes, en varios aspectos, a la de estos días. El terror paraliza, desalienta y disciplina a la sociedad. Es la más eficiente fábrica de quietismo, resignación y obediencia. El poder lo sabe, y lo explota.

Argentina no ha llegado a los extremos de China, pero es un hecho que las fuerzas de seguridad están aprovechando la emergencia para «hacer de las suyas» con total impunidad, amparadas en el silencio de la ciudadanía y las autoridades civiles. Es preciso, pues, renovar el compromiso con los derechos humanos y las libertades democráticas. No dejemos que la cuarentena se convierta en un cheque en blanco al *microfascismo vecinal* y al desmadre represivo del Estado.

En EE.UU., donde el presidente fomenta la sinofobia sin sutilezas hablando continuamente del «virus chino», gran cantidad de inmigrantes y descendientes de inmigrantes del Asia oriental han sido víctimas de agresiones y discriminaciones escandalosas, como en los tiempos más virulentos de la psicosis del *Yellow Peril*. Trump, además, reclama al Congreso poderes especiales para combatir la pandemia... Las protestas masivas en Chile, Francia, Nueva Delhi y Hong

Kong han sufrido una caída abrupta, al quedar encorsetadas en la virtualidad de las redes sociales. El Leviatán del estado policial gana terreno en casi todas partes.

Inquieta pensar en los efectos mundiales a largo plazo que podría tener esta avanzada draconiana, una vez que la emergencia sanitaria haya pasado. ¿Todo volverá a ser igual a como era antes de la pandemia? ¿O las libertades individuales y públicas quedarán con secuelas permanentes? ¿Vamos hacia una democracia de cada vez más baja intensidad, so pretexto de ser más eficientes en las políticas de salud pública, y así evitar una nueva mortandad como la de Wuhan o Lombardía? En amplios estratos de la población argentina y mundial, cunde la ilusión autoritaria –bajo el influjo omnímodo de los medios hegemónicos– de que el éxito sanitario es directamente proporcional a la militarización de las calles y la delación contra personas presuntamente sospechosas.

Cada vez más periodistas y analistas se atreven a vaticinar públicamente –con resignación unas veces, con cierto entusiasmo o regodeo otras– que el mundo occidental no podrá seguir siendo tan libre, tan democrático como antaño, y que el futuro está en lo que hace China, la nueva locomotora del progreso capitalista: eficacia gubernamental sin veleidades liberales. Luego de haber criticado durante años el autoritarismo del régimen posmaoísta de Beijing, ahora empiezan a verlo con otros ojos (un giro ideológico que probablemente responda no solo a razones coyuntu-

rales de envidia sanitaria, por el control exitoso de la pandemia, sino también a razones más duraderas de envidia económica, por el crecimiento inigualable de sus industrias, exportaciones y capitales). Los discursos mediáticos pesimistas o desencantados sobre la libertad y la democracia, tan afines al sentido común de la *mano dura*, se van poco a poco instalando y naturalizando en la sociedad, sin que la clase capitalista dé ninguna señal de malestar o inquietud. Acaso esté cobrando así nueva actualidad aquel famoso apotegma de Bertolt Brecht que reza: “no hay nada más parecido a un fascista que un burgués asustado”.

Postales de la hipocresía

En los últimos días, la teleaudiencia ha podido observar imágenes surrealistas. Pero no menos surrealista ha sido la interpretación dominante de dichas imágenes. Fuerzas de seguridad desplegadas con su equipamiento de siempre... para combatir un virus. Un opulento habitante de barrio cerrado intentando ingresar a su empleada doméstica en el baúl de su vehículo... lo cual indignó a todos los comentaristas televisivos. Pero lo que les indignaba, sobre todo, era el no respeto de la cuarentena, y no el que una persona fuera trasladada en un baúl. Un indigente moral es sorprendido violando la cuarentena navegando en un lujoso yate privado. Escándalo, escarnio... por violar la cuarentena. Al margen de lo obsceno del asunto, ¿tan

grave era para la salud pública? Lo que debería escandalizar, en verdad, es que haya gente que puede disponer de yates costosos y lujosos simplemente para pasear, cuando miles de pescadores arriesgan sus vidas en barquichuelos inseguros sólo para ganarse la vida, y millones carecen de hogar. Lo escandaloso es que haya yates privados, no tanto que se viole en ellos una cuarentena. En barriadas populares el ejército cocina en carros móviles y reparte platos de guiso a la población, en medio del aplauso y la emoción del periodismo al uso. ¿Es que no se dan cuenta que esa gente no son familias refugiadas de una inundación que han perdido sus casas y no tienen donde cocinar? Repartir paquetes de alimentos hubiera solucionado el problema de esa gente por varios días; un plato de guiso, en cambio, sólo por uno. Pero claro, el impacto visual no es el mismo. Está todo pensado.

En una entrevista publicada el 23 de marzo, Luis Enjuanes, considerado usualmente como el mayor experto español en coronavirus, afirmó: "pero el virus de la gripe es mucho peor que este, de momento. Solo en EE.UU., en el invierno de 2017 a 2018 el virus estacional de la gripe infectó a 32 millones de personas. Unas 350.000 personas necesitaron hospitalización y, de ellas, murieron 18.000. En España en los últimos inviernos el número de pacientes muertos por la gripe ha sido de 6.000. Esto quiere decir que los dos virus son peligrosos, pero en este momento, por gravedad, ganaría la carrera el virus de la gripe". ¿Por

qué los 6.500 muertos por gripe común en España todos los años duelen menos que los muertos por el COVID-19?, se pregunta la periodista María José Pintor Sánchez-Ocaña en *Diario 16*. No se atreve a esbozar una respuesta. Quizá, la respuesta sea inescuchable para los millones de compatriotas sensibilizados por las muertes cercanas.

Pandemia, distopía y utopía (a modo de conclusión)

Cuando pase el temblor, cuando la pandemia haya cesado, las clases dominantes querrán volver a la lógica capitalista de siempre, basada en un productivismo estúpido y un consumismo histérico. El 99,9% de la humanidad sobrevivirá al COVID-19. Pero seguirá presa del desquiciado virus de una vida orientada por las ganancias del capital, que nos conduce a todxs al desastre a marchas forzadas, en medio de un estado de sitio real o virtual propiciado por este virus. Y a ese desastre no le pondrá freno un virus biológico, sino la organización, la conciencia y la capacidad de lucha de lxs trabajadores del mundo dispuestxs a enfrentar la locura capitalista. Con o sin COVID-19, la tarea de la hora –aunque a muchxs le parezca imposible– es abolir el capitalismo.

Y no nos hagamos vanas ilusiones. Una actitud generalizada en estos días es pensar que el virus abrirá los ojos a lxs gobernantes. Que al fin se tomará conciencia de que toda la población humana está en riesgo, sin distinciones. Que ahora se fortalecerán los estados benefactores y se

ampliarán los presupuestos sanitarios. En síntesis, que el virus hará lo que las fuerzas políticas existentes no han podido hacer. Pero son ilusiones vanas. Y peligrosas. Los ejemplos a contrario abundan. Cuando fue la crisis económica de 2008, también se pronosticó que ahora sí se pondría freno a los especuladores, se nacionalizarían los bancos en favor del bien público y se regularían los flujos de capital. Nada de eso sucedió: la especulación creció desde entonces, y es cada vez más peligrosa. Los bancos fueron salvados con dineros públicos, y la gente que perdió sus casas y sus empleos ahí está, en la cuneta. Cuando el huracán Katrina asoló Nueva Orleans, el bien pensar progresista concluyó que ello demostraba la impericia del mercado y del neoliberalismo para administrar la vida ciudadana, y se predijo un resurgir keynesiano. No sucedió: Nueva Orleans fue reconstruida en medio de grandes lucros capitalistas. El negocio de la reconstrucción fue eso: un gran negocio.

Por otra parte, las fantasías hoy desbordantes sobre los estados como protectores o garantes del bien público –que han llevado a que ahora se vea con buenos ojos al estado policial chino– solo están favoreciendo el consenso popular ante el autoritarismo: en nombre del *bien común*... que por otra parte es lo que dijeron siempre (ni siquiera hay originalidad en el «fascismo» contemporáneo). Quien se tome la molestia de comparar las cifras de suicidios en China (un país en que ya es una postal común las empresas que deben colocar redes para impedir que sus obreros

se quiten la vida arrojándose al vacío) con la de fallecidos por el COVID-19, seguramente dejará de fantasear con la eficiencia de ese estado en el resguardo del bien público.

Está muy bien que se movilicen todos los recursos habidos y por haber para afrontar los problemas sanitarios. Pero hay una desproporción absoluta, francamente obscena, entre la movilización general que ha generado el COVID-19 y la nula preocupación que generan problemas de salud pública inmensamente mayores (y de más sencilla solución), pero ajenos a los grupos y países dominantes. Si la vara con la que se mide los problemas del bien público fuera siempre la que hoy impera, jamás habríamos conocido recortes del gasto público, ajustes en los hospitales... No existiría población sin agua potable ni víctimas de la malaria o el cólera. Ni habría en el mundo un solo niño desnutrido. Ni tampoco industria armamentista.

Pero, acaso sin quererlo, los sectores dominantes, al paralizar la economía, nos han dado muestras de su propia radicalidad. La tibieza, la moderación, el hacer sólo lo que parece posible, la negociación a la baja, la cautela reformista, el posibilismo, son taras insufladas en la conciencia pública por décadas de propaganda interesada. Lxs dueñxs del mundo son capaces de tomar las medidas más radicales cuando se sienten personalmente amenazadxs. Nos han dado una lección. Nosotrxs, lxs explotadxs en el capitalismo del desastre, debemos tirar por la borda el tibio posibilismo que nos suicida en cuotas. Hay

que tomar las medidas más radicales para acabar con el capitalismo. Cuando la vida está en juego, no hay margen para la tibieza. El capitalismo coloca a la inmensa mayoría de la humanidad ante la inminencia del desastre ecológico. Si la economía se puede parar por un virus, ¿cómo no podríamos ralentizarla por medio de una revolución que organice sensatamente la producción y distribuya igualmente el disfrute de las riquezas?

En medio de la pandemia, cierto aislamiento social es, desde luego, recomendable, aunque la brutalidad policial con que en muchos casos se quiere imponer una imposible –y en gran medida hipócrita– cuarentena total resulte un despropósito, sobre todo en las condiciones de hacinamiento o de falta de vivienda que proliferan en nuestro país. Pero, en cualquier caso, recordemos que a la revolución no la vamos a hacer quedándonos en casa.

En circunstancias como esta, de pandemia y cuarentena, donde la vida cotidiana sufre de golpe toda clase de desórdenes y problemas insospechados, uno comprende, en medio de tanta fragilidad e incertidumbre, de tanto absurdo y estrés, que las distopías del cine y la literatura no necesariamente son los futuribles de un pesimismo abstracto y delirante. Pueden ser también los futuribles de un realismo bien situado *aquí y ahora*. Un realismo lúcido, crítico, comprometido, capaz de usar el artilugio retórico de la hipérbole para *visibilizar* –alertarnos de– todos los males y las amenazas de este mundo que habitamos.

Fenómenos de crisis como esta pandemia serán cada vez más frecuentes, porque el derrumbe del capitalismo está a la vuelta de la esquina de la historia. La concentración de la riqueza, el calentamiento global, la superpoblación, el consumismo, la contaminación, el extractivismo, la recomposición del mapa geopolítico mundial con el descenso de Estados Unidos y el ascenso de China, etc., conforman un cóctel explosivo. Se avecina un colapso civilizatorio.

Ojalá sepamos aprovechar ese colapso para hacer la revolución socialista. Una revolución socialista con nuevas premisas, de vocación antiautoritaria y antiburocrática, que no nos conduzca otra vez a los errores y horrores del estalinismo. Ojalá, sí. Porque también existe el riesgo de que el capitalismo, al colapsar, sea sucedido por un orden económico-social aún peor... Todo indica que será la crisis ambiental la que, finalmente, precipite el naufragio de la economía y la sociedad burguesas. Parece poco probable, al menos por ahora, que el principio del fin sea el estallido de una revolución anticapitalista de alcance masivo y planetario. Nos inclinamos por la opción inversa: el hundimiento progresivo del capitalismo podría hacer posible un gran estallido revolucionario. Pero claro: posible no es sinónimo de inevitable. Todo dependerá de la acumulación de fuerzas que se logre al interior de la izquierda antisistémica.

Y no tenemos tiempo que perder. La pandemia pasará, todas las pandemias pasan. Pero el cambio climático, cuyas consecuencias serán infinitamente más graves, no po-

drá ser detenido sin abolir un sistema social depredador que se encuentra ya ante sus propios límites civilizatorios: no puede continuar desarrollándose bajo sus propias premisas. O mejor dicho: sólo puede hacerlo sumergiéndolo a la inmensa mayoría de la humanidad en una barbarie jamás vista. Quizá, quizá, lo más sensato sea procurar convertir esta guerra planetaria contra el COVID-19 en una guerra no menos planetaria contra la burguesía y el capitalismo. Lo primero, lo urgente, es abandonar toda expectativa posibilista, toda ensoñación reformista. Por difícil e improbable que parezca, hay que romper toda atadura política y subjetiva con el orden del capital. Sólo así se podrá imaginar un orden nuevo, que nos salve del desastre. Como escribiera alguna vez Rodolfo González Pacheco, “hemos llegado al momento en que lo único práctico es la utopía; todo lo demás conduce a desalentar y desalentarnos”.

Que la pandemia y todos los males del mundo nos con-
venzan, cuanto antes, de la inviabilidad civilizatoria del capitalismo, pues vamos camino al precipicio. Es tiempo ya de cerrar la caja de Pandora. Es hora de soñar de nuevo con la Utopía.

Lo local es político

Lala Pasquinelli*

Especial para ASPO

8 de abril de 2020

¿Cómo se cuenta el COVID? ¿Cómo nos lo están contando los medios masivos y los diferentes dispositivos con los que la cultura masiva dispone para llegar a cada sector de la sociedad? ¿Qué información circula? En definitiva ¿Cuál es la narrativa que se impone?

Hay un relato hegemónico sobre el coronavirus, es un relato en 2D, aséptico pero contagioso, superficial pero disciplinador y sobre todo eficiente, un guión que se escribe sobre el escenario, en el que millones estamos intentando performar en todo el mundo, algo así como la vida.

[*] **Lala Pasquinelli** (La Emilia, Provincia de Buenos Aires, 1976). Es fundadora del colectivo Mujeres que no fueron tapa, coordina el Festival de Hacking de Estereotipos en las Escuelas en el que participa, es activista feminista, artista visual, poeta, abogada, Magister en Derecho Empresario, Especialista en Derecho Tributario, egresada del Salzburg Global Seminar for Young Cultural Innovators. Integra el colectivo Economía Feminista, la Red de Mujeres x la Cultura y la Red de Mujeres en Movimiento.

¿Quiénes escriben este relato hegemónico? Los mismos de siempre, los dueños. Dueños de todo, los que mueven los hilos del sistema financiero que inventa y concentra riqueza a partir de ficciones, dueños de la tierra que explotan y agotan, dueños de los medios de producción, que son también y siempre, los dueños de las empresas de medios, cada vez más concentradas en todo el mundo, en apariencia diseminadas en holdings y recontra holdings difíciles de rastrear, que llegan al mismo lugar que siempre, empresas de medios que son el departamento de marketing, difusión y reproducción del paradigma que les permite a los dueños seguir siéndolo. Los dueños de todo, que son pocos.

Esa narrativa del coronavirus va dejando ver los hilos de los narradores que cuentan lo que debe ser oído, muestran lo que debe ser mirado para que todo siga siendo igual.

Un relato que instruye, induce, seduce, sugestiona y opera sobre nuestra subjetividad ya vapuleada por la incertidumbre, la angustia, el miedo y décadas y décadas de analgesia informativa y de ser educados en la obediencia a la sacra verdad de “los que saben”.

Ese relato se difunde a través de usinas de contenidos, con recursos para hablar en el idioma de cada grupo social al que deberá ser dirigida esa narrativa, instrucción, relato homogéneo, limpio, sin fisuras aparentes, unidireccional y pretendidamente objetivo. Circulará como noticia en medios digitales o TV, como memes en redes sociales o Whatsapp, como videos virales, o *fake news*, circulará en lenguaje aca-

démico o coloquial, pero la circulación no se detendrá, crecerá y seguirá creciendo ante una necesidad cada vez más fuerte de imponer una conversación homogénea.

Lo que importa es contar sin contar, que el bombardeo de información sea incesante, homogeneizar las narrativas globales de los sucesos que atraviesan al mundo, desarticular los efectos de las causas, no hablar jamás de porqué sucede lo que sucede.

Nunca jamás, problematizar la mirada sobre estos hechos que ocurren en el mundo, que atraviesan nuestros cuerpos, y que en el plano de lo real, podrían quizás poner en cuestión y derribar la estructura del sistema social, político y económico, este patriarcado colonial, capitalista y neoliberal, que mata, oprime y explota de mil silenciosas diversas maneras en cada territorio diferente; que dispone de medios para la muerte adaptados a las necesidades de expropiar nuestra energía vital y nuestra creatividad, de extraer de las entrañas de la tierra todo lo que pueda ser arrancado a costa de la destrucción del ambiente y nuestra salud, todo lo que se necesite para que la acumulación siga su curso, para que el modelo subsista y se reproduzca.

Esas formas de explotación matan y empujan a la muerte a millones en todo el mundo, matan de hambre, de guerras, de enfermedades, de extenuación, pero también de desasosiego y tristeza. El vacío de existencia de vivir, en un mundo que no contempla las posibilidades de existir por fuera de un modelo único, que propone para las mayorías la

alternativa de la vida de las ratitas enjauladas que comen y corren en la rueda, o la exclusión, y la pobreza; es también una de las formas de empujar a la muerte. 750.000 personas se suicidan por año en el mundo según la OMS.

Los métodos de expropiación de lo vital a veces resultan más sofisticados, otras veces operan con extremo descaro y brutalidad, siempre necesitan esa complicidad del oprimido, la construida con centurias de reproducción de una subjetividad que se sostiene en la idea de que no existe otro modelo posible, ni otras posibilidades de existencia, que esto es lo mejor que hemos podido conseguir. Estos métodos encuentran su fundamento en una ética meritocrática que dice que cada quien recibe lo que se merece por el mérito que ha hecho para obtener lo que tiene, y en el silencio garantizado por estas usinas de información que nos anestesian la vida y nos embotan el entendimiento; imponiendo la agenda de temas sobre los que debemos pensar y qué pensar sobre esos temas, planteando siempre una mirada dicotómica y binaria. Salud o Economía, es un ejemplo de este tiempo.

Acción y reacción

Existe quizás una chance de que los acontecimientos globales sobre la pandemia pongan en jaque este modelo que ha desmantelado a los sistemas públicos de salud, que hoy no pueden afrontar la demanda de prestaciones, que ubica a los profesionales de la salud en la lógica darwinia-

na de decidir quiénes van a vivir y quiénes no. Este modelo sigue exponiendo a la muerte a los más débiles, y a su vez, desprecia y desjerarquiza el trabajo de cuidado que hacen las mujeres en todo el mundo.

Estas circunstancias que ocurren en todos los territorios atravesados por el virus podrían poner en cuestión el sistema, porque ya no se trata de la explotación de otros cuerpos, no se trata de lo que sucede del otro lado del océano, no son los campos de refugiados en Europa, ni los que mueren de hambre a muchos kilómetros de casa. Se trata de nuestros cuerpos y los cuerpos de las personas que amamos los que quizás sean estragados por un virus, y no a causa del virus, sino a causa de un sistema que no contempla ninguna de las dimensiones de nuestra humana existencia. Ya no se trata de empatizar con el dolor ajeno, se trata de nuestro dolor, y esa experiencia es la clave que nos puede llevar a otras comprensiones y a una nueva conciencia.

Pero, ¿alcanza con el virus? No, no alcanza con la sola existencia del virus, ni con esta experiencia de enfrentarnos a nuestra propia fragilidad y temor. Lo que podría ponerlo en jaque es la toma de conciencia colectiva, o por lo menos regional, acerca de que la vulnerabilidad de nuestra posición, el atravesamiento de nuestro cuerpo, la fragilidad en la que nos encontramos; es la consecuencia de la rapiña, la exclusión y el hambre que son condiciones de existencia del modelo.

Para que algo suceda es necesaria la conexión entre los efectos y las causas, problematizar y politizar esas dis-

cusiones y acciones, y lo que el patriarcado-colonial-capitalista-neoliberal escribe en nuestros cuerpos y biografías en este contexto de coronavirus.

Y es ante esa posibilidad de politización de una ciudadanía global obediente, anestesiada, alienada y aislada, que se ponen en marcha las usinas de información, que refuerzan con megas y megas de mensajes, -en apariencia diferentes pero siempre idénticos- con el objetivo claro de capturar la conversación y la atención. Que se hable en exceso de lo que se debe, que no se hable nada de lo que no se debe.

Se captura la posibilidad de problematizar y politizar. Para hacerlo se necesita la pausa, el ejercicio de la reflexión, introspección, conversación y pregunta, individual y colectiva, micro y macro política.

Exige ese ejercicio que el feminismo ha practicado durante décadas: la politización de lo personal. Que lo personal se vuelva político, que lo local se vuelva político, entender que si lo que me pasa a mí, le pasa a otros -al lado mio y a millones de kilómetros de distancia-, si el sistema sanitario de mi país está saturado desde hace décadas por la desinversión, y lo mismo sucede en otros países a cada lado de los océanos, entonces el problema no somos nosotros, el problema no es la idiosincracia local, ni las condiciones fácticas, ni el tipo de producción, ni la política interna, ni ninguna de las variables con las que nos vienen convenciendo. El problema son las recetas, el problema está afuera de nuestros cuerpos: es el modelo. El enemigo de ese ejercicio

es la captura de nuestras posibilidades de análisis a través de la imposición de un relato único de los hechos, la invisibilización de sus causas y la imposición de una voz, un tono y una textura única a la narrativa de lo que sucede.

Miedo

El miedo que nos siembran es equivalente al miedo que sienten los Dueños. Los Dueños temen: es el miedo a la posibilidad de una ruptura con la conciencia de sometimiento y exclusión, esa conciencia que se hace cada vez más evidente en todos los países que cocinaron siguiendo el recetario neoliberal del Fondo Monetario Internacional, el brazo político del capitalismo financiero global.

¿Qué pasaría si la sociedad en su conjunto entendiera de una vez la necesidad de un sistema de salud pública que se asiente en la solidaridad? ¿Y si esa necesidad fuera traspolable al resto de los servicios que el Estado debe garantizar como razón de su existencia? ¿Qué pasaría si ese reclamo fuera global? ¿Si pudiéramos ponernos de acuerdo en prácticas digitales que subviertan la lógica del consumo? ¿Qué pasaría si miles de millones de personas en todo el mundo acordáramos dar -o no- un click al botón “aceptar” al mismo tiempo en determinadas operaciones?

Da miedo, miedo a los gobiernos, que son gerentes de los Dueños, que aplican las recetas de recortes y achicamiento del Estado, el miedo de que despertemos del sueño

de los tontos, de la siesta eterna del consumo y el clonazepam y nos encontremos frente a la posibilidad de politizar colectivamente acciones y conversaciones.

Ante esta posibilidad responden las usinas de contenidos, creando esta información aséptica y uniforme, que varía con el correr de los días. Esa narrativa que captura el pensamiento, en tanto no nos permite reflexionar sobre lo que no se dice, se vale de unos pocos recursos que universalmente han dado resultado: hablar con números, banalizar y espectacularizar, normalizar, invisibilizar y deshumanizar.

Números

Nos dijeron que lo que no se puede contar o medir no existe, los números son el requisito indispensable para la credibilidad de las noticias. Los primeros días los números tienen que ver con la cantidad diaria de infectados y muertos en todos los países del mundo. Luego se suman la cantidad de detenidos por violar la cuarentena, mostrando el excelente desempeño de la autoridad policial frente a la conducta de los infractores, sobre quienes recae todo el peso de la moral social. Y entonces sin solución de continuidad, aceptamos sin debatir, ni reflexionar, el estado de excepción que implican las restricciones de las libertades más esenciales que en América Latina poseen una siniestra tradición de interrupciones. El virus y las conductas “antisociales” que nos muestran las noticias pasan a ser la

justificación para legitimar el control de nuestros cuerpos en la calle por las fuerzas de seguridad. ¿Qué consecuencias nos traerá la normalización de la excepción?

Hay más números: la cantidad de respiradores que se necesitan, los que hay, los que se fabrican, la cantidad de test que se realizan, los kits que se comprarán para diagnosticar.

Con el correr de los días los números van cambiando de color, se habla de millones en términos de pérdidas económicas y no tanto de las vidas. Cantidad de puestos de trabajo perdidos o a perderse, millones de dólares que se pierden por día en determinadas industrias, cantidad de fábricas que cierran; millones que se contabilizan por las caídas de los mercados bursátiles, los millones que el gobierno debe gastar por la caída de la actividad económica, cuánto le costará al Estado el coronavirus, y así.

Números, números y más números que no se comparan con nada, que no nos dicen por sí mismos si lo que indican es mucho o poco, si falta o si sobra.

Banalizar, espectacularizar

Es lo que no falla, que si tal famoso/ influencer violó la cuarentena o no. Qué dónde pasa la cuarentena tal jugador de fútbol o tal político. Cientos de noticias sobre de ligas de fútbol que se suspenden, la manera en que los jugadores entrena en sus casas, la “generosidad” de futbolistas de las ligas europeas que renuncian

a parte de sus sueldos multimillonarios, no para donarlos, sino para evitar la quiebra de los clubes/empresas que sin la recaudación de la televisación de los partidos no pueden afrontar el pago de los sueldos millonarios de sus jugadores.

En medios populares, revistas, redes sociales, o las secciones de sociedad de los diarios, las mismas *celebrities* es decir, mujeres jóvenes delgadas, blancas, heterosexuales y sexualizadas, generalmente acompañadas de sus parejas, exponen en abundancia la intimidad de sus vidas en cuarentena. Muestran lo que comen, cómo se entretienen, las rutinas de ejercicios y dietas para no aumentar de peso y “mantenerse en forma”, lo hacen en los parques de sus mansiones o en el interior de sus opulentas viviendas, ufanándose, en algunos casos, de tener con ellos a su personal doméstico, las mujeres que “ayudan en esas casas” forzadas -por su propia realidad de desigualdad- a pasar la cuarentena con sus empleadores.

En los mismos medios, filósofos y sacerdotes publican notas que dicen que “el virus nos iguala”. Solo en Argentina, en diciembre de 2019, el 40% de la población era pobre, circunstancia que no mejoró hasta ahora, que presumiblemente empeorará drásticamente, y que se replica en la región -en más menos- el mismo porcentaje.

¿De qué manera podría igualarnos el virus? ¿Quiénes son, a qué clase social pertenecen, dónde viven el grue-

so de las personas que realizan tareas en los medios de transporte y seguridad o las tareas no profesionales en el sector de salud? ¿Quiénes son los que distribuyen los “envíos a domicilio” de los que “se quedan en casa”? ¿Es lo mismo pasar la cuarentena en un departamento de 100 mts² en los barrios acomodados de las grandes urbes, en una casa con parque en un barrio cerrado o amontonados en los barrios humildes de las periferias? ¿Es lo mismo pasarla en una villa o en un asentamiento donde familias enteras tienen que convivir en una casilla de chapas y nylon?

¿Cómo son las viviendas en las villas y las aglomeraciones urbanas de las periferias de las grandes ciudades? ¿Cuántas personas no tienen la casa en la que quedarse? ¿Cuántas están hacinadas? ¿Cuántos niños no pueden seguir con su educación porque no tienen computadora en sus casas o apenas un teléfono para compartir con los hermanos? ¿Quiénes tienen acceso a internet? ¿Y el agua? ¿Cuántas son las personas sin acceso al agua a las que están mandando a lavarse las manos?

No, el virus no iguala, segrega, reproduce y profundiza la desigualdad estructural.

Y al lado de las notas y publicaciones de las celebridades que muestran la abundancia de sus mansiones, y las que cuentan cómo pasa la cuarentena Messi, Icardi o De Michelis, no aparecen las notas que cuenten cómo se vive la cuarentena en la calle, en un barrio, o en una villa.

Deshumanizar

Leemos con naturalidad noticias que dicen que en Italia a falta de insumos los médicos optan por dejar morir a los viejos frente a pacientes más jóvenes. En Bélgica recomiendan a las familias, que ante síntomas de coronavirus en ancianos no los lleven a las clínicas y que mueran en sus casas; lo mismo recomiendan a los familiares de pacientes psiquiátricos. En Francia reconocieron que en los cientos de miles de residencias de todo el país, los ancianos no reciben atención y no están siendo contabilizadas sus muertes. Eugenesia pura y dura, aberrante, inadmisibile. Medidas que generarían el repudio de la comunidad internacional si en lugar de ancianos dijéramos bebés, ¿no? ¿Pero qué pasaría si dijéramos árabes o judíos, o inmigrantes u homosexuales?

Sabemos que en el patriarcado-colonial-capitalista-neoliberal las vidas no valen lo mismo. La vida de un hombre blanco, heterosexual, educado, vale más que la de un varón pobre sin acceso a la educación, que seguramente valdrá más que la de un homosexual varón. Sabemos que la vida de una mujer vale menos que la de ellos tres, si es lesbiana seguramente menos y si se trata de una persona trans menos que menos. El criterio de selección no es arbitrario, tiene que ver con las exigencias del sistema económico y con el rol que se le otorga a cada sujeto dentro de ese sistema. Las vidas de las mujeres valen menos por la desjerarquización del rol social que se les otorga.

¿Qué lugar puede quedar para los viejos que ni consumen ni producen, que no son representados por las organizaciones gremiales que los representaban cuando eran trabajadores activos, y aportaban al sistema de la seguridad social y a los sindicatos? El día en que dejamos de trabajar, nuestro valor de mercado se desploma, y aceptamos recibir miserias para subsistir en la etapa de la vida en la que deberíamos vivir con mayor comodidad.

Las usinas de información construyen la invisibilización de la vejez, nos educan en la negación y su desprecio: el viejo infantilizado, que no entiende, que no sirve, ese viejo sobre cuya vida no nos cuesta decidir.

¿Quiénes van a ser los próximos? ¿Los pobres? ¿Los analfabetos? ¿Los no bancarizados?

Invisibilizar y normalizar

Este patriarcado-colonial-capitalista-neoliberal también necesita para su subsistencia de la división sexual del trabajo y la desjerarquización del rol social del trabajo doméstico y de cuidados, que gratuitamente venimos haciendo las mujeres durante siglos.

Paradójicamente esa desjerarquización se pone en cuestión por las propias condiciones en las que el virus nos coloca. En el 90% de los casos el aislamiento evidencia que es ese trabajo desvalorizado y gratuito el que nos está sosteniendo con vida dentro de nuestras casas. Es nues-

tro trabajo el que les permite a los demás tener ropa para vestirse y comida, el que garantiza el cuidado de niños y ancianos, y el que logra que se hagan las tareas escolares. Todo este trabajo gratuito lo llevamos adelante mientras hacemos nuestro trabajo remunerado. Estamos en el momento ideal para hacer visible ese trabajo, alcanzaría con un paro de 24 hs. Si decidiéramos cruzarnos de brazos al interior de nuestras casas, el colapso sería inmediato.

De esto no se habla, esto no se muestra. Por el contrario las usinas reproducen contenidos que muestran a mujeres preocupadas por su apariencia física, la tonicidad de sus músculos y la tersura de su piel. Se circulan por redes sociales y *whatsapp* cientos de videos profesionales y caseros en los que varones heterosexuales se quejan a modo "humorístico" de que sus esposas los tienen "sometidos y atrapados" en la cuarentena, los usan de juguetes sexuales y les piden que "ayuden" con las tareas domésticas. Otros videos muestran a un padre, que en complicidad con niños pequeños, habla de la necesidad de tomar medidas para pasar la cuarentena en paz, acto seguido la cámara muestra a la madre/ esposa atada a una silla y amordazada. Una noticia muestra que una ciudad de Argentina el intendente implora a la población que no salga de sus casas aún cuando sabe lo difícil que es para los maridos soportar a las esposas. Las iglesias evangélicas circulan consejos acerca de todo lo que las mujeres tienen que hacer para mantener en paz a sus esposos y sostener la armonía hogareña.

Sin embargo, la situación de violencia contra las mujeres escala porque muchas de ellas se encuentran encerradas en sus casas con sus agresores.

Esas historias no se cuentan en primera persona, no vemos los videos de las mujeres pidiendo ayuda, no circulan los consejos para que los varones hagan su parte del trabajo doméstico, renuncien a su masculinidad tóxica y a las lealtades que los encarcelan.

Lo que no se cuenta no existe

Y así como desde antes del cierre de las fronteras, todos los días aparecen y se multiplican las noticias, relatos en primera persona y crónicas de los “varados en el exterior”, personas con acceso a tarjetas de crédito, pasaportes, visas y divisas que les permiten vacacionar, estudiar o trabajar en el exterior, notas en las que oiremos sus voces y quejas, veremos sus caras via *zoom* y hasta fotografías felices de sus viajes. Con la misma insistencia o por esa insistencia, nos serán ocultadas: las historias de las mujeres que sostienen la vida de comunidades enteras, las de los adultos mayores que se resisten a aislarse porque están solos y prefieren vivir, o las de quienes debieron soportar horas de cola, parados al fresco del otoño para cobrar unos pesos que les permitan apenas subsistir. No conoceremos las caras, ni las historias de los y las que a pesar del aislamiento tienen que salir a trabajar porque su familia come de lo que ganan cada día.

¿Cómo es la vida de esas personas? ¿Cómo son sus casas, sus historias, sus cuerpos? No los vamos a ver en notas por *zoom* ni en redes sociales con millones de seguidores. Nada veremos, sabremos ni escucharemos en primera persona de quienes pasan hambre, no tienen un trabajo formal, viven en villas y asentamientos, deben aceptar con gratitud las limosnas de las iglesias y los Estados. Tampoco escucharemos las crónicas de quienes tienen que hacer la cola para esperar una ración de comida entregada en cocinas de campaña por el ejército. Ni de quienes sostienen las ollas populares y los comedores en los barrios.

¿Por qué? ¿Qué pasaría si leyéramos esas historias y escucháramos esas voces con la misma insistencia con la que escuchamos los otros relatos y las otras voces?

¿Qué pasaría si miles de miles se escucharan y pudieran mirarse en esas historias a uno y otro lado de los océanos y los continentes? ¿A qué conciencia despertarían?

Lo que no se cuenta no existe, lo sabemos muy bien las feministas; en el relato de nuestras opresiones individuales hemos encontrado el camino para identificar el problema y al opresor, hemos podido decir que no somos nosotras el problema, que el problema está afuera de nuestros cuerpos, aunque opera sobre ellos. Supimos contando y haciéndonos visibles que el problema es este sistema social, político y económico patriarcal-colonial-capitalista-neoliberal, y eso nos permite hoy politizar lo personal.

La narrativa hegemónica del coronavirus persigue el objetivo de evitar toda posibilidad de politizar lo personal, y más aún lo local, eliminando cualquier chispa de potencia revolucionaria de otras narrativas e historias que nos permitan el acceso a una nueva conciencia colectiva, a través del dolor en el propio cuerpo que esta vez es global.

Nuevo Hábitat

Bárbara Bilbao*

Especial para ASPO

9 de abril de 2020

“Una mujer necesita mucho dinero y cuarto propio para poder escribir”

Virginia Woolf, *Un cuarto propio*

“Los escritores y los artistas en general, también son los únicos hogareños socialmente aceptables. Su enclaustramiento voluntario produce un resultante tangible y les confiere un estatus prestigioso, respetado (...)”

Mona Chollet, *En casa*

Cuando leí por primera vez “En casa” de Mona Chollet (Hekt Libros, 2018) tuve una reminiscencia hacia “Un cuarto propio” de Virginia Woolf. Es que hay algo de la historia de las mujeres que conlleva directamente a pensar el es-

[*] **Bárbara Bilbao** es Doctora en Ciencias Sociales y Humanas y Comunicadora social. Docente de la Universidad Nacional de Quilmes y la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Es becaria post doctoral del CONICET. Da talleres de literatura en su casa y vive con una hija adolescente y dos gatos.

pacio doméstico. Un cuarto, una casa, una cocina, una pequeña biblioteca, el balcón donde podemos salir a respirar.

Pareciera inevitable, desde este lugar, pensar en el espacio doméstico como un lugar de encierro. Así lo hemos pensado históricamente, como un lugar de opresión, de disminución de libertades, de violencia. Por eso, lo primero que hicimos cuando comenzó la cuarentena fue reenviar incansablemente ese *flyer* que invitaba a las mujeres, en situación de violencia, a denunciar a sus agresores para que puedan rescatarlas.

Es notable porque, ¿cuándo no nos enseñaron a sobrevivir?

Estar en la casa, para nosotras, representa casi un trauma y, a la vez, una restricción más a nuestra emancipación.

En este sentido, y desde mi casa, además de preguntarme por nuestra propia supervivencia, nuestra libertad (que son los temas que casi me enseñaron a pensar desde pequeña), me surge el interrogante sobre la escasa reflexión que hemos tenido sobre nuestra casa como un espacio político. Deviene la idea de “politización de la casa”. No solo como un espacio de producción y de acción, sino también como un territorio en el cual habitar nuestra propia soledad. No todo en la vida debe ser productivo, eso es una regla del sistema capitalista no del ser humano. Pero claro, si no producimos, somos unas inútiles y si somos unas inútiles somos descartables, entonces nos pueden matar, o podemos morir, total eso no importa. Al menos en lo que se re-

presenta mediáticamente. La representación de la vida de las mujeres, o de la vitalidad sobre ellas en sus espacios domésticos poco es problematizada. No es demasiado atractivo para el consumo masivo, pero si el pánico, la guerra y la construcción de un enemigo común: el virus.

Cuando el Corona Virus se aproximaba a nuestras fronteras, volando en algún cuerpo de algún habitante que retornaba a su país, yo estaba trabajando en la Universidad y hacía algunas semanas estaba preocupada por la situación en China y en Europa. Recuerdo haber llegado el jueves para pensar como iban a ser las inscripciones de este cuatrimestre y trataba de organizar mentalmente cómo hacer con tantxs estudiantes. Me gusta el ejercicio de la memoria, de los fragmentos de ella. Recuerdo, ahora desde un rincón de mi habitación mientras escribo, que le mandé un mensaje a una amiga (que estudia virus) y le dije que nos encontremos. Comimos en una oficina y decíamos “¿hay que cerrar las fronteras?... ¿y qué son las fronteras?” y nos reímos, porque nos divierten esas preguntas. Porque la risa amistosa nos estaba protegiendo de algo que ya sabíamos. Sabíamos que las cosas estaban virando a una situación que no conocíamos (o al menos no habíamos vivido como cuerpo social).

La palabra Pandemia empezó a circular. Dos días después volví a la Universidad, había muchísimos estudiantes queriendo anotarse y sentía que algo no estaba bien. No hablábamos de pandemia, salvo con dos amigas. Pande-

mia, siempre me resultó un concepto tan lejano, como de esos que leemos en los libros o que comprendemos que ocurrieron en otro momento. Como si fuera una palabra del pasado, que nada tenía que ver con el presente. Un último recuerdo de la última vez que la vi a mi amiga (esto fue hace un mes), la abracé y le dije ¿Qué vamos a hacer ahora?. Todo lo que ocurrió después, aún persiste de manera borrosa. Pandemia. Busqué que era una vez más:

Pandemia: Enfermedad epidémica que se extiende a muchos países o que ataca a casi todos los individuos de una localidad o región. Ejemplo: "Una pandemia de corona virus". Etimología: pan (totalidad) y dêm- (pueblo), que significa primero 'el pueblo entero'.

¿Será que empezamos a pensar al mundo como un "pueblo entero"?

Reflexioné sobre el rol de la ciencia, de los científicos y científicas, desde su rol social. De cómo íbamos a intervenir sobre el avance de un virus, de un avance pandémico y qué significaba eso. Ciertamente me hice (y me hago) más preguntas que aseveraciones. En las últimas semanas leímos múltiples artículos y discusiones sobre la situación mundial, hemos leídos desde resignificaciones de las sociedades de control de Deleuze hasta las teorías conspirativas. Informaciones casi militares, dictatoriales. El horror mismo.

Menos mal que no gobierna Macri, pensé. Porque vimos y vemos que los territorios gobernados por neoliberales son, en general, los que peor la están pasando. Inmediatamente

volvió la pregunta sobre los límites del capitalismo, el patriarcado, el neoliberalismo, la destrucción del medio ambiente. Y me reí de que algo tan pequeño sin vida como un virus esté configurando esta nueva escena mundial. Una primer consecuencia inicial: Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio.

La construcción de un nuevo hábitat, de una nueva frontera.

Y, por supuesto, lo busqué:

Aislamiento: Es un sustantivo masculino que se define como la acción y resultado de aislar o de aislarse, de alejar, apartar, abandonar, retirar, distanciar, irse y desvincular o dejar solo a una persona, cosa o a un animal.

Social: Adjetivo. Se entiende por social como concerniente, relativo, perteneciente y alusivo a la sociedad, así mismo a una compañía, los socios, compañeros, confederados y aliados. Que está relacionado con las actividades que se llevan a cabo como integrantes de la sociedad. Se dice a un insecto, que vive en conjunto formando colonias organizadas.

Preventivo: La palabra “preventivo” está formada con raíces latinas y significa “que se prepara para hacer algo o para evitar un riesgo”. Sus componentes léxicos son: el prefijo pre- (antes), venire (venir), más el sufijo -tivo (relación activa o pasiva).

Obligatorio: La palabra “obligatorio” viene del latín obligatorius y significa “que fuerza a cumplir o ejecutar”

Volver a las palabras que tenemos, porque el Frankenstein, el rompecabezas está en las palabras disponibles

para describir lo que está pasando. Diseñar cuáles van a ser las que inventemos para reescribir esta historia que ya no necesita de significantes utilizados, sino de nuevas formas de nombrar esto que estamos viviendo, porque, realmente, el mundo está mutando en otra cosa. La pregunta por el presente, en realidad, es la pregunta por lo que vamos a hacer cuando esto pase, más tarde, más pronto; esto pasará y vamos a necesitar inventar e imaginar una nueva escena, un nuevo hábitat. La saturación, lo que satura, en un momento estalla, más tarde, más pronto, estalla. ¿Qué pasa después del estallido?

Desde mi propia imposibilidad (y casi como una postura política) de no afirmar nada, si me gustaría decir: no estamos en guerra. No existe ninguna guerra. De nuevo, relato y representación mediática. Los virus necesitan de los seres humanos para vivir. Cuando un ser humano necesita vivir se aferra a diferentes cuestiones: el amor, la salud, pensar juntas. Y lo hacemos porque de eso se trata nuestra pulsión erótica, nuestra vitalidad, nuestro deseo de potenciar la materialidad de nuestros cuerpos. El virus necesita de un organismo vivo para vivir y se aferra a eso. No hace más que eso. Lo que nosotros no estamos pudiendo hacer es comprender que para que este pequeño microorganismo no siga contagiando personas, solo debemos detenernos. Parar lo que estamos haciendo desde el lugar desde donde estamos.

Busqué contagio:

Contagio: Sustantivo masculino. Este vocablo se define a una propagación, transmisión mediante un contacto inmediato de un padecimiento específico. Bacteria o virus conocido de una enfermedad contagiosa. Transferencia de actitudes, simpatía, costumbre o hábito a consecuencia de influencia de uno. En su etimología bajo denominación «contagium» compuesto del prefijo «con» del latín «cum» agregación y «tangere» que quiere decir toca.

Cuando nos suspendemos, pausamos, lo único que comienza a ocurrir es esta tormenta de preguntas que no nos hacemos, simplemente se nos revelan. Porque son preguntas que siempre estuvieron allí: las desigualdades de clase, la violencia de género, la salud como derecho, los privilegios de tener una vivienda propia, un techo propio. Aparece la pregunta por el daño, el daño social.

¿Qué hacer cuando nos encontramos con la situación de desaprender toda práctica de la cotidianeidad para reaprender otra forma de habitar el mundo?

El mundo en excepción y la temporalidad del mundo en excepción. La excepción como temor, como miedo y no como una forma de preguntarnos qué estamos siendo como mundo. El miedo es porque estamos siendo esto como mundo y se torna urgente la transformación.

¿Qué ocurre en el medio, en la mediación de estas preguntas?

La vorágine mediática. La imposición del miedo como nuestra única forma de comunicarnos. El pánico (moral).

Pánico: Préstamo (s. XVII) del griego *panikón*, elisión de (*dêima*) *panikón* (terror) causado por Pan, porque a esta divinidad silvestre se atribuían los ruidos misteriosos que se oían por montes y valles.

Es una construcción. Eso que es misterioso, que no se puede ver y no se puede tocar, que no podemos experimentar y nos da terror. La visión, ese sentido que obturó todos los otros.

Desde este lugar, lo que se construye también es una demonización a la soledad, a no encontrarse con otros. Lo doméstico como algo monstruoso y claustrofóbico.

Volver al territorio doméstico. Ser mujer, lesbiana, travesti y volver al espacio doméstico, a lo secreto, a lo oculto, al clóset. Y volver a la pregunta. ¿Qué pasó que nos olvidamos de politizar este territorio? ¿Será que tenemos que politizarlo? La construcción del afuera y el adentro también es una frontera que funciona como control y disciplinamiento, y es un borde que considero, estamos perdiendo de vista por priorizar otros.

El miedo es inconsciente, sensación de encierro, angustia e imposibilidad de poder afrontar determinada situación. Sin embargo, aquí sí sabemos como intervenir, o al menos vamos aprendiendo como intervenir. En el medio de ese aprendizaje, mueren personas. Sí, la muerte. Pero pensar la muerte en torno al pánico y al miedo hace que no podamos vivenciar en términos de presente y en un plano de conciencia. Todo se borra, como un vestigio. Y hay algo del orden

del deber que me resulta sumamente importante: la generación de estrategias de preservación de la memoria sobre lo que nos está ocurriendo. Si, la muerte, eso ocurrirá, el corona virus está afectando al mundo entero y eso implica que morirá gente. Esa es la única certeza que tenemos. Queda pensar con qué contamos para atravesar del mejor modo posible esta situación adversa, de excepción y que, muy probablemente, deje bastantes cuestiones para analizar.

El virus se propaga más rápido de lo que podemos pensar su propagación. Hemos leído muchas cosas desde que esto empezó. Me abrumé con la sola idea de absorber solamente verdades y formas canónicas de comprender el problema. Me hicieron falta preguntas. Leí más cosas en clave de guerra, que de convivencia. Y si esta situación nos está empujando a repensar un nuevo habitar, un nuevo hábitat, las formulaciones de guerra, binarias, confrontativas, no colaboran.

Hacer una familia así, amar así, comunicarse así. No, no sabemos hacerlo. Es decir, hay que inventarlo. ¿Será que lo que nos falta es un poco de imaginación, de ficción para poder inventar esa nueva forma de habitar? Y cuando hablo de inventar, hablo desde el pueblo. La pandemia nos revela las desigualdades de una manera clara y, al mismo tiempo, cruda. No todos dormimos bajo un techo propio. Muchas conviven con machos violentos. Y la salud, como el epicentro de todo. La salud como derecho humano versus la salud como privilegio. El virus parece venir a aclarar algunas confusiones.

Desde hace algunos días, los sonidos de diferentes ciudades tienen una significación a las 21 horas. La hora de los y las médicos y médicas que están trabajando combatiendo el virus, sanando y curando seres. Luego de varios días, algunas multinacionales despidieron a muchxs trabajadorxs. El presidente le dijo a los empresarios: “muchachos, es hora de ganar menos”. Rápidamente las 21.30 se convirtió en la hora de las cacerolas contra las ganancias de los políticos. Las cacerolas, sonido de nuestra memoria colectiva, ambiguas, problemáticas siempre. Es casi como una obra sonora de cuarentena, de reclamo, de disputa. Alguien hará algo con eso, estoy segura. Pero más allá de la posibilidad de transformar esto en arte, me gustaría dejar la idea, que allí también se confrontan los sentidos de la guerra a la que nos quieren hacer enfrentar. Esa guerra que no tiene enemigos, pero que algunos están inventando y les está saliendo muy bien.

En ese sentido, me gustaría apostar a una hipótesis que denuncie cualquier boicot mediático que atente contra el bienestar de las personas (su bienestar físico y afectivo) y la nueva política de cuidado que vamos a tener que crear. Quieren hacernos creer que estamos en peligro, aún estando en nuestras casas. Si algo tiene que acabar, además del neoliberalismo como modo de vida, es la confusión mediática.

A modo de cierre (pero sin final), me gustaría pensar que nuestra alarma debería estar puesta en la invención de nuevos dispositivos de lazo social que huyan de las re-

presentaciones mediáticas hegemónicas. Ya no hay método. Los métodos parecen morir. Es inminente la renuncia al espectáculo que se monta en las pantallas y también nuestras propias formas de comprender las estructuras. Me refiero a las estructuras sociales, pero también nuestras estructuras de significaciones sobre lo que está bien o está mal. Insisto, esto no es una guerra. Es, sin embargo, un espacio y un tiempo para retomar la conversación, como pueblo, sobre lo que podría ser una nueva convivencialidad, una nueva forma de habitar, un nuevo hábitat, pero desde acá.

La salida será colectiva o no será: apuntes para una nueva economía

Candelaria Botto*

Especial para ASPO

5 de abril de 2020

El país que sirve como ejemplo del capitalismo actual, sumó en dos semanas cerca de diez millones de solicitudes de desempleo en el año que el presidente Trump se juega la reelección. Se espera un año recesivo para todo el mundo, incluido Europa.

Las bolsas se desploman y la incertidumbre reina el panorama ante gobiernos que no se ponen de acuerdo en cómo actuar. Las prioridades cambiaron. No estamos ante una crisis económica *tradicional* sino ante una pandemia que nos vuelve a priorizar como lo que somos: humanos.

[*] **Candelaria Botto** (Argentina, 1991). Es economista, docente, divulgadora económica y activista feminista. Trabaja como coordinadora de la asociación civil Economía Femini(s)ta, es profesora de Economía en institutos superiores y es columnista económica en diversos medios radiales, televisivos y gráficos.

¿Para qué sirven los economistas?

La economía tradicional, y buena parte de la heterodoxia, se ha ocupado de estudiar el campo económico desde el individuo que busca su propio beneficio, lo que conducirá al bien común. Se han hecho aclaraciones y largos debates sobre los grados de racionalidad y se han establecido los supuestos necesarios para mantener la lógica científica, pero la base de este pensamiento nos lleva al denominado padre de la economía moderna: Adam Smith.

Aunque el propio Smith estuviera interesado en el estudio de la sociedad como cuerpo social e incluso entendiera claramente el rol de los trabajadores y los capitalistas, la economía marginalista se ocupó de estudiar al individuo aislado y que la ciencia económica se delimitara a estudiar la toma de decisiones en modelos dados. Tan útil han sido estos aportes que **el norte de muchos economistas pasó a la búsqueda de ser respetados como científicistas duros, que hacen modelos econométricos muy complejos, aunque en su mayoría sirvan de muy poco.**

Aquí estamos, en el nuevo siglo, a casi 250 años de la publicación de la obra de Smith, y los economistas seguimos buscando explicaciones para lo sucedido en la crisis de 2008. Hoy solo se atinan a mostrar las proyecciones del descalabro económico que se viene post pandemia. Proyecciones que se actualizan todo el tiempo porque, nuevos sucesos, pasan ante nuestros ojos y pareciera que siem-

pre vienen corriendo detrás con el “depende” como insignia. Pero no todos somos iguales. **Estamos quienes levantamos la bandera de la economía como ciencia social y no estamos esperando que los gráficos se reviertan para sumarnos a la especulación financiera.** Estamos quienes buscamos comprender no sólo el por qué de las crisis sino más bien algo que creemos más importante: ¿hacia dónde vamos?, ¿qué hacemos para no caer en los mismos errores?, ¿cómo construimos una visión superadora?

Que la historia no se repita

Buscando responder la segunda pregunta, es necesario recordar que en *La Riqueza de las Naciones*, Smith fundamenta una crítica a la doctrina mercantilista. Es importante traer esta reflexión porque justamente es hacia donde está tendiendo la política económica con fronteras que se cierran y comercios internacionales que parecen ser de *suma cero*, acompañados de un mayor totalitarismo nacionalista de los gobiernos.

Criticar la interpretación contemporánea que se ha hecho de Smith, no debe borrar sus aportes. **La economía no es un juego de suma cero donde otros deben perder para que yo gane ni es necesario que todo el poder se concentre en un dirigente que parece más un rey que un representante del pueblo.** La pandemia no debe regresar al protocapitalismo porque no supimos mejorar

las condiciones de la humanidad ni por un virus que nos lleva a tomar medidas sanitarias del Medioevo. No es por ahí, les diría a mis *amigues*. Es necesario menos romanticismo hacia las épocas pasadas y más ganas de buscar soluciones innovadoras.

La economía feminista

Hace décadas, y nutridas por los debates de los feminismos, nació una nueva forma de estudiar la economía. Lejos del individualismo metodológico de estudiar la ciencia a partir de los varones, cis, blancos, heterosexuales, adultos y propietarios, buscamos evidenciar las diferencias de género, identidad, raza, etnia, orientación sexual y clase. Una vez evidenciadas estas diferencias que se muestran en las cuentas nacionales de los países, desarrollamos herramientas para la construcción de un mundo realmente equitativo. Lejos de quedarnos en los aportes teóricos, dimos demostraciones de fuerza. Si la salida es colectiva, la lucha es de todes.

Sin embargo, no es justo querer reducir las economías feministas a una sola, pero es interesante pensarla a partir de uno de sus aportes centrales: la interdependencia de los individuos. Todos, todas y todes necesitamos cuidados, ya sea en los tiempos iniciales y finales de vida, hasta cuando estamos enfermos o incluso cuando no se puede salir de los hogares

La economía feminista pone de relieve el trabajo reproductivo necesario para que funcionemos como sociedad. Eso quisimos mostrar en cada *Paro Internacional de Mujeres, Lesbianas, Travestis, Trans y No Binaries* desde 2017. Ahora queda a la vista de hasta quienes no nos quisieron escuchar: el cuidado es necesario para reproducirnos, nada más y nada menos, que como humanidad.

No hay individualización sin sociedad

Hoy está claro que no habría paz sin cajeras de supermercados, enfermeras, cuidadoras de personas adultas, tampoco sin las docentes que pasaron a trabajar desde sus pantallas. También hay que remarcar la labor de las trabajadoras domésticas que, en muchos casos, se vieron obligadas a pasar la cuarentena “cama adentro” para preservar sus precarios ingresos.

Pero también es necesario incluir en este concepto de *cuidado*, que se expande en el actual escenario, a aquellos trabajadores de transporte. Desde el migrante precarizado de las aplicaciones de teléfono que te llevan la compra de supermercado y el *delivery*, hasta los transportistas de alimentos que nos aseguran que no haya desabastecimiento y podamos comer.

Sin embargo, estos trabajadores y trabajadoras, centrales en el funcionamiento social siguen concentrando pésimos salarios y condiciones laborales que en muchos casos

son pre-gremiales. Basta decir que son los que ponen en riesgo su salud cada día para que mantener al resto de la sociedad en el aislamiento social, preventivo y obligatorio.

Esta es una de las consignas que debemos levantar: es necesario que socialmente garanticemos los trabajos de cuidado que son imprescindibles para nuestra subsistencia. Es necesario conceptualizar al cuidado como un derecho básico de la humanidad y reconocerlo tanto social como económicamente, generando las alianzas necesarias entre el propio pueblo trabajador.

El cuidado como responsabilidad

Tan importante es el cuidado que no sólo debemos pensarlo como derecho sino también como responsabilidad. El problema de mercantilizarlo es que están quienes pueden pagarlo y quienes no, como todo en este capitalismo. El virus nos ha demostrado que de nada sirve encerrarnos en nuestras realidades fragmentadas si alcanza con haber tocado el mismo picaporte para que nos enfermemos.

La estatización, por ahora temporaria, de sectores privados de la salud en varios países del mundo, muestra esta realidad. **La enfermedad la superaremos como colectivo, o no la superaremos nunca. Ni siquiera alcanza que un país la contenga sino que quedó en evidencia la necesidad de una respuesta coordinada e internacional.** Los dirigentes de las naciones parecen no estar a la altura

de las circunstancias y son nuevamente los trabajadores quienes dejan sus avances científicos de forma abierta y libre para una producción colectiva de respuesta al virus.

El aislamiento y el totalitarismo

Cada país tomó medidas de la manera que le pareció. Algunos estados cedieron ante las presiones de las empresas que necesitan seguir produciendo a cualquier costo humano y, en otros, se implementaron cuarentenas preventivas, sabiendo que el costo de enfermar a mayores porciones de la población era más alto que el parate productivo.

No hay economía vs. salud porque no hay economía sin personas sanas. Lo que sí se evidencia es la falta de coordinación de las políticas de los países, donde cada frontera se cierra e implementa las soluciones que decide su gobernante. Sin embargo, los problemas que aquejan a las economías del mundo tienen mucho más en común que diferencias. Casi todos los estados del mundo están sobreendeudados, enfrentan una recesión importante que los está haciendo emitir en exceso y tienen deficiencias en su infraestructura sanitaria para hacer frente a la pandemia.

Es hora de estar a la altura del momento histórico y cooperar, en lugar de volver a la economía protocapitalista del *sálvese quien pueda*, ya que si superamos la pandemia se viene una profunda crisis que ya se evidencia en los indicadores.

No te creas tan importante

Como vimos, la pandemia puso sobre la mesa aquellos trabajos imprescindibles para el funcionamiento social. **Los únicos trabajos que no están totalmente frenados tienen que ver con el sector de alimentos, el sector de la salud y la docencia, sobretodo en niveles iniciales y secundarios: El ABC de la reproducción.**

También están activos los trabajos que pueden realizarse desde las computadoras conectadas a internet. Aunque muchos se hayan dado cuenta que no eran necesarias tantas horas en la oficina. Esta pandemia debe enfrentarnos a lo que especialistas en automatización y robótica nos vienen diciendo hace largo tiempo: muchos trabajos van transformarse y otros tantos a desaparecer. Los incrementos en el desempleo, acelerados por la pandemia, van en el mismo sentido.

Lejos de querer traer pánico sobre la cuestión, creo que es momento de tomar esta posta y exigir de una vez y por todas: “Trabajar menos, producir lo necesario”, buscando hermanarnos con los objetivos ambientalistas que necesitamos para no volver a sumergirnos en el caos que nosotros mismos generamos.

Si debemos trabajar menos y producir lo necesario, entonces también debemos consumir menos, algo que en principio no afectaría a grandes porciones de la humanidad. Incluso, sectores más pudientes han hecho y están

haciendo campañas de donaciones en estos tiempos que no pueden consumir todo lo que normalmente adquieren.

Trabajemos todos y redistribuyamos todo

Ahora bien, el coronavirus nos muestra a simple vista que hay vidas que valen más que otras. Se dejan los tratados de Derechos Humanos remojados en tinta mientras la sociedad genera excepciones entre personas que pueden salir ya que sus trabajos mantienen al resto de la población. Entre líneas, nos muestra qué vidas importan y cuáles son fácilmente intercambiables para el sistema. Lo mismo pasa para muchos adultos mayores de países que decidieron que el límite para acceder a las atención de salud sean los 80 años, porque luego de esa edad no sos *productivo*, lo que tenías para dar ya lo diste y ahora le estás sacando el respirador a otro que todavía tiene una vida por dejar a este sistema.

Pero no nos quedemos en las diferencias entre quienes trabajamos, ya sea desde nuestro hogar o poniendo el cuerpo en la calle. Estas diferencias son importantes pero lo peor que podemos hacer es enemistarnos entre quienes al menos trabajamos. Las miras tienen que estar puestas en ese 1% de la población que concentra más del 50% de la riqueza del mundo.¹

Mientras el 99% de la población vive la pandemia con angustia ante la incertidumbre del *qué pasará*, muchos ha-

biendo perdido sus trabajos y otros tantos de forma haci-
nada, hay un grupo selecto de la humanidad que se fue a
vivir la cuarentena alejados del mundo, con el servicio do-
méstico que vive en una modalidad que se asemeja a una
esclavitud moderna. Esa parte de la humanidad, en esta
pandemia, se muestra evidentemente parasitaria.

Sin embargo, todo el dinero del mundo no salvará a
este grupo selecto. No hay riqueza que valga cuando el
virus se transmite sin mirar el bolsillo de los pulmones
que ocupa. Más que nunca es necesario redistribuir estos
ingresos acumulados en pos de desarrollar una respuesta
coordinada y no hay forma de regular estos niveles de ri-
queza si siguen existiendo los paraísos fiscales.

Un mundo sin burbujas

“Pero los millonarios también perdieron” me comen-
taron en una red social, con un link que contaba cómo los
multimillonarios de *Forbes* habían perdido parte de sus
fortunas con las caídas de sus acciones. Pero el vaivén
bursátil evidenciado se corresponde con la sobredimen-
sión de la industria financiera que se infla desde 2008.

El mundo de la Bolsa de Valores nació como forma de
financiar a la economía real y en su desarrollo sin lími-
tes terminó asfixiándola. Muchos economistas aseguraron
que es necesario endeudarse para crecer y que la deuda
en sí no es tan mala. “**El dinero genera dinero**” es una

frase que esta pandemia demuestra falsa. Siempre fue y será el proceso productivo aquel que genera dinero y para eso se necesitan a las y los trabajadores, que a su vez necesitan del trabajo reproductivo que los deja “listos para la acción”.

Hoy, el freno económico permite que evidenciamos ese primer paso y que los accionistas lloren ante la imposibilidad de que el dinero genere dinero, luego de creerse tantos años la fantasía de ser alquimistas modernos. Son los países quienes deben coordinar y cooperar para regular al sistema financiero en su conjunto, para ponerlo a merced de la única economía que genera valor, la economía productiva, y superar así los límites que los propios estados se pusieron al intentar salvar la fiesta financiera luego de que cayera por su propio peso en 2008.

Hagamos lo necesario

La pandemia explotó la burbuja del individualismo y de las finanzas, nos mostró interdependientes, desde el primero hasta el último eslabón, y marcó el camino colectivo necesario. No hay plata que te salve porque aunque te recluyas en una isla, siempre vas a necesitar ser cuidado y consumir.

Estamos ante una oportunidad histórica, con una pandemia que nos obliga a reorganizar las prioridades y a poner al servicio de la sociedad los instrumentos que he-

mos sabido construir. Es momento de pensar y construir el mundo que queremos, como expresión de deseo, pero también como necesidad.

Rechacemos el derrotismo de repetir los errores de la historia. Tal vez la pregunta que se despliega frente nuestro sea si podemos resolver humanitariamente esta crisis o si quedaremos atascados en esta tragedia de los comunes, donde cada uno busca su beneficio individual y todos nos quedamos sin nada.

Nota

1. Para más enojos, sugiero leer *El capital en el siglo XXI* de Thomas Piketty

Estrategia empresarial y teletrabajo en tiempos de pandemia

Fernando Menéndez*

Especial para ASPO

4 de abril de 2020

El golpe a la regulación fundamental de nuestras sociedades capitalistas que asestó la *Crisis del COVID-19*, el mazazo al ordenador social del *trabajo* -al menos en sus formas habituales- es sin dudas el eje que impacta en reflexiones de los más variadas-. Allí, se imaginan mundos donde la humanidad accede dócilmente a ser regulada por un hiper-estado-policial-digital. Inclusive, hasta quienes sueñan con salidas del encierro con las certezas críticas de la inutilidad del capital para regular el metabolismo social.

[*] **Fernando Menéndez** (Río Colorado, Provincia de Río Negro, 1973). Vive en la ciudad de La Plata (Buenos Aires, Argentina) y es Licenciado y Profesor en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ha sido colaborador del *Taller de Estudios Laborales*. Es profesor en nivel secundario y superior. Ha participado en la construcción de alternativas de izquierda independiente y en la vida sindical docente.

El proceso en que el ser humano mueve fuerzas naturales (cuerpo, cabeza, manos) para apoderarse de materiales de la naturaleza de forma útil, viene asistiendo hace décadas a profundos cambios materiales y subjetivos en las formas de ser y existir de la sociabilidad humana. La reestructuración productiva de la era de la acumulación flexible trajo grandes mutaciones en el interior del mundo del trabajo. Entre ellas, el profundo *desempleo* estructural, el creciente contingente de trabajadorxs en *condiciones precarizadas*, además de la *degradación de la relación ser humano-naturaleza*.¹

La *Crisis del COVID-19* podría profundizar tendencias que sólo se presentaban en pequeña escala, como el *trabajo domiciliario* y *teletrabajo*. Pero también pone a prueba la profunda reestructuración del espacio productivo que ha construido en el mundo del trabajo, nuevas reglas de juego.

No siempre lo inesperado arruina lo pensado

La pandemia se revela como un acontecimiento inesperado. Pero la crisis que ella desata, no. Para las grandes empresas, *la crisis es parte de su carnadura*. Hace varias décadas, el ingeniero Taiichi Ohno de la fábrica automotriz *Toyota*, planteaba como idea estructurante la de producir aquello que tuviera la venta asegurada.

Las estrategias empresarias buscaron tener suficiente *flexibilidad* para adaptarse en muy poco tiempo a las *variaciones de la demanda*. Poco importa si esas variaciones se

originen en potenciales contagios de virulentas gripes o de encendidas rebeliones.

Lo anterior, fue acompañado por una ofensiva política integral, que configuró un nuevo mercado de trabajo, nuevas regulaciones jurídicas y determinó una mutación en la composición de la clase obrera.

Como condición para ganar competitividad en el mercado mundial, las empresas han buscado definir unilateralmente la utilización de la fuerza de trabajo en relación a contratación, despido, tareas, horarios, remuneraciones: barrer la estabilidad o garantía para lxs trabajadorxs.

Este proceso de precarización de las condiciones laborales materializó un mercado de trabajo, donde conviven un plantel de trabajadorxs estables con otro de contratadxs; reconocidos y “en negro”, sindicalizadxs y no sindicalizadxs. La existencia de un plantel reducido de personal permanente con mayores salarios, contrastó con trabajadoras y trabajadores inestables con menores salarios, que fluctúan según los ciclos de la demanda de fuerza de trabajo.²

Es aquí donde se produce un aumento significativo del trabajo femenino, al que se han reservado áreas de trabajo intensivo, manual y repetitivo, con menor remuneración, menos participación en la toma de decisiones aún en estrategias “participativas” como los Círculos de Control de Calidad. Se trata de una inserción mayormente precarizada, explotada, *part-time*, y con jornadas más prolongadas.

En este escenario, no es difícil imaginar la situación de fragilidad ante la explosión del coronavirus de una trabajadora en negro en la que su empleador tenga que cerrar el comercio, fábrica o reducir producción. Los despidos tanto en este sector de asalariadxs como de quienes aparecen como cuentapropistas (hablamos nada menos que de la mitad de la Población Económicamente Activa en Argentina), es un proceso difícil de observar en tiempos de cuarentena, pero insoslayable.

Hace unos días el diario *Página 12* denunciaba a grandes empresas quienes utilizan el escenario actual para reducir el plantel de empleados. Así, dictan suspensiones; no reconocen el pago de remuneración a quienes piden la licencia para ocuparse de sus hijxs sin escuelas; intiman a lxs trabajadorxs a asistir al trabajo alegando excepciones; pagan mitad de indemnización por despidos; aplican reducciones salariales. Se amontonan las suspensiones por fuerza mayor sin pago de salarios, como las de pizzerías *Kentuky*; líneas aéreas, como *Latam* que anunció una reducción salarial; despidos como los de *Cinemark*, que aducen 'crisis' y pagan la mitad de la indemnización.³

En todo el mundo y en todos los rubros, las decisiones empresariales se inclinan a reducir los costos de la crisis. Así, *Everlane*, compañía estadounidense de moda, realiza 200 despidos, y en el transcurso intenta el romper el sindicato recientemente creado mediante el despido de todxs los "miembros del comité y quienes lo apoyaron".⁴ Hasta

los sueldos a los futbolistas se vieron en procesos de reducción en algunos clubes.⁵

Dicen que si *Toyota* decide un viernes que va a precisar piezas el lunes por la mañana, significa que empleados de las proveedoras, *trabajarán el fin de semana*. Hasta ese extremo (se jactan los empresarios), se adapta a la demanda, *just in time*. Si la empresa se ha mostrado tan sensible para defender sus ganancias tratando como residuos los derechos laborales, la *Crisis del Covid-19* no será tratada de forma diferente: decidió cerrar temporalmente cuatro plantas de ensamblaje de vehículos en China, que reanudaron sus servicios a finales de febrero, pero con un funcionamiento a mitad de su capacidad.

Las automotrices ponen en marcha su “producir en función de la demanda concreta y no de la estimada”. Por lo tanto, sin demanda, la producción se frenará: *Honda Motor* anunció que parará su producción en todas sus plantas de América del Norte a partir del 23 de marzo. La medida también incluirá a las plantas de transmisión y motores. En las plantas de Alabama, Georgia, Indiana y Ohio, Canadá y México continuará pagando su salario a más de 27 mil empleados. Lo que la información omite, es lo que la terminología especializada llama *flexibilización salarial*: una parte de salario, básico y estable, que representa la menor proporción posible; y el resto flexible, vinculado a la productividad y al “mérito” (v.g. lealtad a la patronal). Con ello, el salario baja cuando cae la demanda. Lo pagan, claro,

pero olvidan decir que hay empresas que llegan a tener más del 70% del salario “flexible”. Vaya ahorro.

En Argentina, empresas como *Neumáticos Pirelli*, auxiliar del sector automotriz, cerraron sus fábricas. Igual medida toma en Brasil desde el 23 de marzo. *El Cronista* afirma que el personal estará de *vacaciones* por el cierre, eufemismo que silencia el impacto en salarios y la unilateral decisión del “descanso”.⁶

También *General Motors* anunció un esquema de reducción de jornadas laborales y suspensiones para su personal administrativo. El plan contempla una reducción del haber mensual del 12,5 al 25%.⁷ Otra vez, vaya ahorro de salarios.

El teletrabajo antes de la pandemia

Mientras tanto, empresas y entidades públicas de todo el planeta, han establecido el *teletrabajo* para encarar la *Crisis del COVID-19*. Según una encuesta a 700 organizaciones empresariales y sociales prácticamente todas están adoptando el *teletrabajo* como medida esencial frente al coronavirus.⁸

Este dispositivo de prácticas laborales es joven, pero no es nuevo. Aparecía para algunos autores como nueva tendencia pero de bajo impacto en la composición de la clase obrera. Con cierta difusión temprana en sectores como las telecomunicaciones, comercio, informática, en sus inicios se imaginaron escenas futuristas que han quedado ocres como

las viejas fotos en relación a los alcances actuales. La crisis de los años `70 desencadena en la producción de bienes y servicios, un proceso de creciente integración de las Tecnologías de la Información y la Comunicación. Desde entonces, el *teletrabajo* fue constituyéndose en arquetipo de *flexibilidad* en el vínculo laboral y alternativa en el reemplazo del empleo con mayores márgenes de derechos y regulación, hacia formas cada vez más *precarias* de relación laboral.

Para el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, el *teletrabajo* es una forma de realizar tareas a la distancia, en la cual el trabajador desempeña su actividad sin la necesidad de presentarse físicamente en la empresa o sitio específico. Tiene, no obstante, tantas definiciones como investigaciones lo tengan como objeto. Intentan describir las diferentes características y modalidades de implementación del teletrabajo: conectado o desconectado; en un domicilio, itinerante, en telecentro o cyberbares.

Desde la óptica empresaria, el *teletrabajo* se ha presentado como una práctica eficiente para *reducir el ausentismo*, los *costos de infraestructura* y, con suficiente porosidad para filtrar mayores márgenes de *productividad*. Diversos optimismos saturan en elogios las virtudes de este sistema. Se ha promocionado exaltando sus ventajas, como la de trabajar desde casa o manejar horarios libremente, hasta las de reducir la congestión de tráfico y las emisiones de carbono, protegiendo el medio ambiente.

No obstante, a ninguna observadora atenta se le escapa la potencia del carácter deslocalizado del puesto de trabajo para intensificar el ritmo laboral, reducir costos de instalaciones y objetivar un esquema atomizado de las relaciones capital-trabajo. En esta dirección, los análisis advierten, por ejemplo, que el ahorro de tiempo de traslado tiende a ser sustituido por una intensificación del tiempo de trabajo.⁹ Asimismo, los costos de infraestructura se hacen manifiestos cuando la computadora deja de funcionar, o cuando tenemos que ampliar el ancho de banda o renovar un software pago para *teletrabajar*. Incluso cuando se rompe el caño de agua. Difícilmente se pueda remitir la factura al empleador. Sin embargo, tampoco es posible eludir el problema para desarrollar una jornada laboral corriente.

Y esto no es todo. Las dificultades para delimitar la actividad productiva y de tiempo libre, es una característica forzosa de esta modalidad de trabajo. No es extraño encontrar en teletrabajadorxs confusión entre días de semana y fines de semana. Al no tener un horario preestablecido, el *teletrabajador* está disponible en cualquier momento.

El aislamiento, immanente a esta forma individualizante de empleabilidad, precipita muchas veces sensaciones de angustia, temores al fracaso, adicción al trabajo, estrés e inseguridad.¹⁰ El impacto sobre la salud también hace blanco en la salud física de lxs teletrabajadorxs. El exceso de horas sentado frente a dispositivos electrónicos, resiente el cuerpo provocando malestares como migraña y dolores de espalda.

En relación a las características contractuales, suele darse como “voluntad compartida”, en acuerdo por la adopción de la modalidad de teletrabajo. Pero esto no puede soslayar la relación asimétrica entre las partes. Lo que suele cristalizar la iniciativa y, muchas veces, la imposición unilateral del empresario.

En estas circunstancias, el tipo de pago (por hora o por objetivos alcanzados), funciona como mecanismo de control e intensificación del proceso de trabajo. El salario sujeto a la “metas”, invisibiliza el flujo de trabajo que las mismas contienen y quiebra la relación con el tiempo concreto de la actividad. Esto es más viejo que el capitalismo y se llama trabajo a destajo, siempre ligado a la sobrecarga laboral y a la evasión del pago de las horas extras.

A la vez, a partir del desarrollo de las nuevas tecnologías de información, los sistemas de control sobre lxs trabajadorxs y su producción se han desarrollado considerablemente: Lo que opera sobre lxs teletrabajadorxs como constante presión de saberse vigilados.

El teletrabajo en tiempos de pandemia

Ahora, ¿cuánto de esto se está produciendo en el “mundo del trabajo” con la imposición del uso del teletrabajo que forzó la *Crisis del COVID-19* y cuánto va a quedar de este experimento a escala mundial?

Para no intentar respuestas apresuradas, vamos a observar experiencias concretas que nos permitan atestiguar el impacto de la crisis. El **primero caso** testigo será el de un trabajador calificado del área técnica de una industria de punta aeronáutica de América del Norte, a quien tuvimos oportunidad de contactar. Podremos rastrear en su relato, algunas de las pistas que veníamos subrayando.

El tsunami del coronavirus, irrumpió hace apenas unos días:

*“Nos llamaron todos a la cafetería y con muy poco tacto, el [del área] de Recursos Humanos... nos mostró un Power-Point ...primero decía lávense las manos y eso, y en la última página dice... los que están en esta lista se quedan y los demás se tienen que ir a la casa porque no tienen más trabajo... y bueno...**quedamos 6** de todos los que había.”*

La empresa ya había comenzado un proceso de deslocalización, trasladando toda la producción a México. Con ello, despidieron a todos lxs trabajadorxs “de planta”. Pero, a su vez, mantenía solamente unos 50 empleados entre aquellxs que realizan tareas administrativas y de ingeniería, para mantener el funcionamiento la parte técnica de México. La pandemia contagió con el virus del desempleo al 90% de lxs trabajadorxs de la fábrica.

Como en otros casos, el teletrabajo era una opción que se analizaba:

“Mi jefe inmediato, hace tiempo que hablaba que teníamos que organizarnos... Veníamos con eso, con los planes de poder empezar a hacer teletrabajo... pero nunca se implementó... hasta ahora que se implementó de golpe.”

Se impone la intensificación de la jornada de trabajo, pero más como respuesta al disciplinamiento agudo que irrumpió con la política de shock de despidos masivos:

“El primer día trabajábamos [muchísimo]. Todos organizábamos y sacábamos ideas que estaban detenidas hace tiempo, todos... así como empleados nuevos, porque estábamos, todos, muy asustados... El segundo más normal, el tercero bastante normal. Y hoy creo que fue el cuarto y... bastante bien... todavía no encontramos la normalidad del trabajo en casa, no estamos en equilibrio, estamos en transición. Ahora, lo que yo noté es que somos todos más eficientes, y que todo avanza. Todo lo que estábamos haciendo avanza mucho más rápido que habitualmente.”

La productividad se instala, con la estrategia de impacto. El miedo al despido es más grande que el miedo al virus. O en todo caso, son dos pandemias que se retroalimentan.

El proceso de trabajo muta, pero en industrias de punta, el trabajo se estructura mucho más fuertemente que en otros sectores:

*“Seguí con el **mismo horario** que tenía en el trabajo... [Es] como si estuviéramos ahí en la oficina pero de lejos. Entonces tenés que tratar de hacer que tus horarios coincidan con los de otros [trabajadorxs] para poder hablar... Por ejemplo ahora... tengo que estar ahí porque hay una reunión. Entonces no es que tengo toda la libertad... de trabajar a las 3 de la mañana.”*

El proceso de trabajo se vuelve más transparente y aumentan los mecanismos de control, ejerciendo mayor presión sobre lxs trabajadorxs:

*“Trabajábamos [antes de la crisis] con mucha libertad... ahora tenemos que estar **llenando una planilla** que tenés que justificar... las cosas que uno hace.... poner en el casillero ¿qué hiciste? y ¿cuánto tiempo te llevó?... y hay que arreglarlo para que la suma [tenga por resultado] 8 horas.... **me controlan... que antes no tenía eso.**”*

Pese a estar estructurado, cumpliendo igual o más cantidad de horas y respetando el horario formal anterior, la vida cotidiana tiñe un poco el trabajo y el paso de los días, parece desdibujarse:

“Cuatro día vamos [solamente]... fue... a ver, martes, miércoles, jueves... viernes... a 4 o 5 días. [nota que se confunde y pierde registro de los días]Hoy fue el quinto día que llevamos de trabajo del hogar.”

En relación a la disponibilidad, es plena pero solo en el horario habitual de la jornada de trabajo:

“La comunicación se hace todo por unos cascos, como si fuera Skype... y un sistema pago.”

Y sobre el pago de salario, no se implementa en este caso formas más precarizantes:

“...a mí me pagan lo mismo, porque... bueno es así el contrato.”

El **segundo caso**, es el de un trabajador también especializado del área informática y redes de una Universidad Nacional. Su relato tiene algunos contrastes y otros puntos en común con el anterior.

El teletrabajo preexistía a la pandemia. No de manera homogénea ni mayoritaria en el equipo de trabajo que comanda el entrevistado, pero con ciertas tareas y en casos de algunos colaboradores (como el área de programación) que trabaja exclusivamente de forma remota. Por esa razón, las actuales modificaciones las percibe con naturalidad:

“Me cambió... muy poco, porque... yo terminaba resolviendo cosas desde casa antes y estoy haciendo prácticamente lo mismo ahora.”

En esta ocasión, no se produce una práctica de despidos, lo que responde al carácter más regulado del trabajo, por tratarse de un sector cuasi-estatal. Pero la sacudida de la pandemia, de todos modos se hizo sentir:

“Nos tiraron más responsabilidad por el tema de que esto tiene que funcionar, tenemos que activar ciertas cosas que antes no se hacían (...) la infraestructura para dar clases dependía de un montón de gente que hoy está en su casa y no puede hacer nada porque eran los que limpiaban el aula... ahora los que “limpian el aula”, los que preparan “esto” somos nosotros digamos... Somos los que damos la infraestructura de la Universidad para que

sea factible que se pueda hacer algo on line para cátedras.”

Decíamos para el primer entrevistado perteneciente a sectores industriales de alta productividad, que el trabajo se ha dado de manera más estructurada ante la crisis. En esta oportunidad, se encuentra organizado de manera menos sistemática:

“No hay alguien que te ponga el horario, lo manejas”... “yo por ahí antes cortaba... lo resolvía y, trataba de no hacerlo desde casa.”

El horario de la jornada de trabajo no está regido por el que realizaban habitualmente, pero dependiendo las tareas y responsabilidades previas, se encuentra más o menos regulado:

“La otra vez lo llamé como apurado para que las cosas se resolvieran, y el flaco me dice... “pero yo laburo de 7 a [13], corto a [las 13] y miro un ratito, si hay algo para resolver entre las [19] y las [20]”. Ese flaco tiene [experiencia], ya viene hace rato haciendo teletrabajo y obviamente ya tiene armada su rutina para que no se le meta en la vida el estar todo el tiempo on line...”

“Otro compañero de trabajo nuestro, lo mismo. No lo vas a encontrar... es decir entre las 8 y [las 13hs.], está. Siempre, al pie del cañón. Olvídate después. Salvo que sea una emergencia... te da una mano. Pero... somos dos en realidad los que estamos metidos todo el tiempo. El resto trata de no... de evitarlo, inteligentemente, digamos.”

Los peligros de la falta de nitidez entre el trabajo y la vida cotidiana, inherentes a la modalidad laboral del teletrabajo, aparecen en relación al horario no demarcado, y a la disponibilidad en que se encuentra el trabajador. Esa situación de ser siempre pasible de utilización, se incrementaría según nuestro entrevistado, en relación a la responsabilidad de la tarea:

“Igualmente estoy... sí, todo el tiempo dando vueltas con esto...”

“...estoy en una situación de responsabilidad en algunas cosas entonces tengo que responder rápido.”

“Me entró algo por WhatsApp, tengo que estar atento a las comunicaciones por donde vengán para que no se me escape la tortuga y tratar de resolver o [molestar] a alguien para que trate de resolverlo.”

Hay que observar que la forma en que se dan la mayoría de las comunicaciones en situación de aislamiento, es a través de la aplicación *Whats App*. Por la extensión de la aplicación y el carácter gratuito, es utilizada en todo el mundo para comunicaciones de índole personal. Esto profundiza la situación de estrés laboral porque, además, de hacer difusa la línea entre trabajo y vida cotidiana, demanda esfuerzos y procedimientos de iguales características de forma sostenida. Si sumamos el doble aislamiento en períodos de pandemia, el impacto no puede menos que empeorar.

Pese a la conceptualización de no ser alcanzado por cambios de profundidad, también aparece en el relato señales de intensificación de la jornada y sobretrabajo:

"A mí y a todo el gabinete que trabaja conmigo... estamos todos muy sobrepasados de cosas."

A diferencia del anterior entrevistado, aparece como proyección el salario sujeto a la "metas" como forma salarial que incrementa mecanismos de control e incremento de la jornada de trabajo:

"Es algo que lo estoy planteando...se llama funcionamiento por ticket. Es decir, alguien pone algo que se llama un evento o un problema particular, tengo "x" problema. Ese "x" problema se distribuye entre los miem-

bros del equipo y el tema es... lo resuelve o no lo resuelve... es un tema de productividad digamos... Entonces es una medida para ver si alguien está laborando y si está resolviendo los temas o no... lo más probable es que se labore más por el tema de metas, más que por tiempo invertido. El tema es que, si la meta no está bien planteada... puede haber alguno que, pobre tipo, justo le tocó algo que le llevó 10 hs, y otro que, o porque es más despierto o tiene más capacidad... lo resuelve en 3."

Por último, observaremos el **tercer caso**, de una trabajadora que realiza tareas como profesora de nivel secundario. Como en el segundo entrevistado, el marco jurídico y el carácter estatal del empleador determinan la ausencia de políticas de despidos:

"Despidos no, pero hubo un montón de gente que no pudo tomar cargos, justo al inicio del ciclo lectivo."

En relación a horarios de la jornada de trabajo, el relato marca una gran desorganización, un desamarre de los horarios anteriores a la *Crisis del COVID-19*". Esto se percibe por la entrevistada como sobrecarga laboral:

“Estoy re-desordenada. Cuando me levanto miro los mensajes, tengo contacto con las preceptoras de los cursos, con la jefa, en una escuela que es más grande, tengo Jefa de Área y tengo comunicación con ella, y le tengo que mandar a las preceptoras los trabajos prácticos.”
“Estoy haciendo [las tareas] en cualquier horario. Trabajo más, porque se mezcla... mucha de la comunicación es por WhatsApp, se mezcla con los WhatsApp que me mando con mi mamá, que me mando con mis hermanos, entonces se mezcla con lo particular, con la vida propia, con la vida familiar, se mezcla con el trabajo. Entonces llega todo junto...”

Otra vez, los mecanismos de comunicación vía *WhatsApp* moldean los ambiguos contornos entre trabajo y ocio o privacidad. También se dan enlaces a través de correos electrónicos con lxs estudiantes de nivel secundario. Pero las tareas se modifican sensiblemente impactando en la prolongación de la jornada de trabajo. Lxs docentes empiezan a notar que cuanto más demandan, más actividades producen, duplica las tareas de corrección. Esta situación no se provoca en el aula, porque la interacción es en tiempo real:

“Ahora empezaron a llegar mails con algunos trabajos realizados. Y bueno, también es un lío

corregir, porque me llegan... los chicos no tienen, no es que tenemos aula virtual y eso, sino que me mandan fotos de la carpeta y las fotos vienen mezcladas. Son de los distintos trabajos prácticos, de todas las escuelas. Así que es un lío para organizar.”

El trabajo virtual comienza a mostrarse obturando la intervención docente, enturbiando un proceso que, en su carácter colectivo y presencial, explota potencias infinitamente mayores. El mecanismo “a distancia” auspicia una sensible caída en el nivel del proceso de enseñanza-aprendizaje.

Los relatos precedentes, no tienen pretensión de miradas totalizantes. Pero describen un universo, que con dispersiones y diversidades, seguramente encuentren puntos de contacto con muchos procesos laborales trasfigurados en *tiempos de COVID*.

¿Cuánto de esto tienda a perdurar? El primer entrevistado arriesgaba:

“probablemente algo de todo esto va a quedar...”

No tenemos certezas, pero algunas pistas nos mantienen alertas.

El *teletrabajo* se ha presentado como estrategia empresarial con varias aristas. Quizá la de mayor profundidad

y perspectiva para pensar el fangoso terreno futuro que dejen las aguas del tsunami de la pandemia cuando finalmente bajen, sea la profundidad y desarrollo del proceso de atomización. No en el sentido de estrategias jurídicas, salariales, productivas. No solamente. Sino en términos del disciplinamiento de la fuerza de trabajo, en tanto tecnologías de desarticulación del ámbito central de la construcción de la fuerza de lxs trabajadorxs en la lucha sindical: el lugar de trabajo.¹¹

Asimismo, allí donde las tendencias gubernamentales vienen empujando propuestas virtuales como perspectiva, seguramente el actual experimento, puede ser punto de referencia para avances más sostenidos.

El sistema educativo argentino desde hace años viene ejecutando escalonadamente pequeñas reformas que se dirigen hacia un horizonte compartido por oficialismos y oposiciones diversas. El eslabón débil de la cadena, ha sido el de la educación de adultxs. Allí, las reformas rubricaron trasformaciones que horadaron derechos laborales y educativos, de a poco, y construyeron debilidades que apaciguaron enfrentamientos que pudieran detener la ofensiva. Por ahora.

Es en este nivel donde más se avanzó en esta dirección, combinando el sostenimiento de planes precarizantes con propuestas virtuales, segmentando el universo laboral con situaciones de trabajadores estables junto a contratadxs; nuevas figuras contractuales que escapan a los marcos

estatutarios como “tutores” y “acompañantes” dentro del mismo espacio laboral.

Como señalara Giorgio Agamben, “dada la inconsistencia ética de nuestros gobernantes, (...) es difícil no pensar que la situación que crean es exactamente la que (...) han tratado de realizar repetidamente: que las universidades y las escuelas se cierren de una vez por todas y que las lecciones sólo se den en línea (...) que en la medida de lo posible las máquinas sustituyan todo contacto —todo contagio— entre los seres humanos.”¹²

En este contexto, coadyuvar en la construcción de análisis críticos, tender puentes —justamente en tiempos de aislamiento social— que puedan auxiliar la necesaria construcción de conocimiento, de procesos de desnaturalización por parte de lxs trabajadorxs, serán significativos avances para edificar futuras resistencias victoriosas.

Notas

1. Antunes, R., “Los sentidos del trabajo”, Ed. Herramienta/TEL, Buenos Aires, 2005.

2. Marticorena, C., “Precariedad laboral y caída salarial el mercado de trabajo en la Argentina post convertibilidad”, ponencia presentada en el 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, 2005, disponible en <https://www.aset.org.ar/congresos/7/02008.pdf>.

3. Ver el enlace <https://www.pagina12.com.ar/256411-el-coronavirus-y-los-despidos-mucha-especulacion-y-poca-soli>.
4. Ver el enlace <https://www.modales.com/empresa/everlane-saca-la-tijera-200-despidos-por-el-coronavirus-es.html>.
5. Ver el enlace <https://www.infobae.com/america/deportes/2020/03/31/charlyn-corrall-relato-los-duros-momentos-que-pasa-el-futbol-espanol-por-la-reduccion-de-salarios>.
6. Ver el enlace <https://www.cronista.com/apertura-negocio/empresas/Coronavirus-Pirelli-cierra-su-fabrica-en-la-Argentina-20200320-0012.html>.
7. Ver el enlace <https://www.lanacion.com.ar/economia/salarios-suspensiones-las-medidas-empresas-caida-actividad-nid2349675>.
8. Ver el enlace <https://www.rionegro.com.ar/coronavirus-mucho-teletrabajo-pero-pocos-materiales-y-protocolos-1307599>.
9. Lenguita, P. y A. Miano, "Las relaciones laborales invisibles del teletrabajo a domicilio", disponible en el enlace: <https://www.aacademica.org/amalia.miano/39>.
10. Vocos, F. y O. Martínez, "Teletrabajo: ¿otro canto de sirenas?: el movimiento obrero frente a una nueva estrategia empresarial", Taller de Estudios Laborales, 1a ed., Buenos Aires, 2005.
11. Vocos, F. y O. Martínez, Op. Cit., pág. 34.
12. Agamben, G., "Contagio", Quodlibet.it, 11 de marzo 2020, citado en "Sopa de Wuhan", Editorial: ASPO, 1.a edición: marzo 2020.

Traumas sobre este momento histórico

Alejandro Kaufman*

Publicado en *El Destape*

22 de marzo de 2020

Es un señalamiento llamar “momento histórico” a lo que sucede en tiempo presente en tanto no es necesario preguntar a qué refiere –y quizás sólo se trata de ello–, dado que la magnitud y calidad del suceso desborda cualquier reserva y vuelve redundante designar. Tenemos consciencia de experimentar una situación inédita porque es global y reproduce *también* las condiciones y narrativas de viejas calamidades que han asolado durante milenios a la especie humana. Sin embargo, aun cuando las palabras de que disponemos son muy antiguas y sus significados crujen en las actuales condiciones, las seguimos usando

[*] **Alejandro Kaufman** (Buenos Aires, 1954). Profesor universitario, crítico cultural y ensayista. Investigador del Instituto Gino Germani de la UBA y del CEHCMe de la UNQ. Profesor titular en Estudios sobre cultura, comunicación y subjetividades en la UBA y en la UNQ.

porque afectivamente discrepamos respecto de lo que ahora entendemos como “real”.

Constatamos un conflicto entre el pasado y sus memorias por un lado, y lo que vemos acontecer por otro. Hablamos como de la *peste*, pero se trata de entidades genómicas, hablamos de *contagio*, pero se trata de una cuestión ecológica y de interespecies. Se nos lo describe tal como emana la divulgación de los saberes científicos, pero circula un meme en las redes que dice documentar fotográficamente un discurso impreso con grandes caracteres en el atril de Trump donde “corona” virus está tachado y sustituido por virus *chino*. Y todavía decimos gripe *española*. Y habita nuestra memoria el olvido acerca de que el actual transporte aéreo que lleva y trae al virus tuvo como antecedente las diseminaciones que los europeos trajeron en sus navíos desde 1492 en adelante a nuestro continente con las consiguientes víctimas mortales masivas.

Entonces: usamos antiguas palabras, todas ellas investidas de culpa, pecado, destino y odio a fenómenos que en la civilización técnica se representan con sus respectivas gramáticas desapasionadas. La modernidad llama *educación* a cerrar la brecha entre antiguos afectos que regulan los cuerpos y las pasiones, y las maneras banales en que el cálculo se cierne sobre los acontecimientos para dominarlos, transformarlos de modos predecibles, volverlos habitables en términos actuales, sin redención, sin consuelo, sin dolor, sin aliento –que es como decir sin espíritu

y con la respiración objeto, no de la mirada de Dios, sino de la gestión de los gases en la unidad de terapia intensiva–.

Ese simple corpúsculo que tan fácil y rápido se extiende por el mundo, llevado por el tráfico aéreo, tiende el manto de la muerte en escenas precisas y seleccionadas que afectan a un número comparativamente reducido en relación con muchísimas otras causas médicas y sociales que se cobran su tributo a cada minuto sin que se nos levante una ceja. En ello reside la eficacia con que nos gobierna el coronavirus en estos meses. De esas otras causas, poco se sabe en el sentido común de la esfera pública porque las agendas mediáticas no frecuentan esos temas o lo hacen con las puntas de los dedos. Endemias hay muchas y matan más, muchísimo más, aunque no ocasionan crisis patentes como la que nos aterra, y por lo tanto no nos atemorizan: las encaramos como casos circunstanciales cuando se nos cruzan en la vida cotidiana. A veces las oímos mencionar sin repercusión. Sucede con el dengue, pero bastaría hojear el índice de cualquier tratado de nosología para siquiera sospechar algo que está por completo fuera del foco de la atención colectiva. No compartimos una mirada sobre el conjunto. Se la dejamos a los especialistas. Con qué naturalidad se impone, entonces, el designio que nos obliga a proceder de maneras ineludibles. Aun con algunas discrepancias, nadie en absoluto puede sustraerse al asunto ni pasarlo por alto. Qué guionista intermediaría entre China y el resto del mundo las atroces escenas lombardas de **faltantes de respiradores y**

tríages ciborg, con profesionales de la salud estragados por la impotencia bioética.

Surgen muchas ideas analíticas y críticas sobre el suceso y sus derivaciones. Para el filósofo Timothy Morton, tal vez sea uno de sus *hiperobjetos*. Este mero corpúsculo limítrofe entre la vida y la no vida, máquina de autorreproducción genómica que no sobrevive si no es habitando cuerpos de acogida, trama una diversidad mayúscula de asuntos de hecho inabarcables, que nos obliga a ampliar la conciencia, y a hacerlo de manera urgente y colectiva. No es sólo para enfrentar al corpúsculo, sino a todo lo que implica. Las paradojas de la vida presente. ¿No sustituían –o iban a sustituir– los mundos virtuales a los “reales”? : temor tan pandémico como el virus (¡vienen los robots, las vidas mayoritarias se volverán inútiles!), actualizado ahora porque nos sentimos a prueba por el *teletrabajo* con la inquietud sobrecogedora de que si sale bien habrá cambios irreversibles, y en principio desfavorables para el colectivo asalariado, en cuanto a las labores y el empleo. Habrá, se teme, cambios asimismo irreversibles en los usos del espacio urbano. El pánico dicta la inquietud de que no se podrá ya circular libremente (¿libremente?, como si tal cosa fuera así). Los estados de excepción totalitarios aprovecharán la emergencia y se quedarán adonde puedan llegar.

No sé sabe qué pasará en un escenario tan impredecible ante el cual tantas voces hablan como si vaticinaran. Es curiosa esa manera de autoadministrarse una tran-

quilidad precariamente consoladora ante la contingencia. Los deseos, tanto de intención como de consentimiento, se manifiestan como predicción.

Preferible es decir lo que se pueda sostener de manera efectiva. Y, ante la evidencia que nos provee el virus, aun a su pesar, o en favor de sus intereses, como dice una parodia que circula y lo hace hablar desde su punto de vista (algo así como “bésense, tóquense, deambulen, porque si no, moriré” diría el propio virus), surge una cuestión digna de formularse: si todo está tan destinado a la virtualidad y al sedentarismo frente a las pantallas, y a la oportunidad creciente de “navegar” por todo este mundo y por otros, ¿por qué multitudes viajan físicamente cada vez más y asolan el mundo con sus deambulaciones turísticas? Es una pregunta pertinente ante el cuestionamiento que surge en estas circunstancias, en que queda al desnudo el abuso general del hábitat aéreo, destructivo del mundo que se pretende atesorar con la presencia. Tal pulsión *voyeurista* y de tacto con las cosas y los lugares, de sabores y olores que no nos proveen las pantallas, es lo que da al virus la oportunidad de ejercer su punición sobre este otro virus que es la especie humana. Y entonces, extrae una práctica culinaria –zoonótica– muy singular y local, tan remota, y lleva sus consecuencias por todo el mundo, como una amenaza de diluvio universal. Como si dijera, “por ahora mataré a algunos entre quienes no estaban tan lejos de su fin, ¿pueden esperar que nuestra va-

riabilidad genética les ofrezca desprevenición luego?”. En todo ello reside la amenaza que necesitamos tanto todavía observar y explicar acerca de lo que sobreviene. Y mientras, pasó inadvertido lo que valdría como vaticinio en su momento: la palabra sueca *flygskam* –vergüenza de volar– que se tuvo que inventar para describir algo que antiguas palabras no atinarían. Aquella palabra forma parte de la plétora de significaciones y ficciones que darán testimonio a futuros historiadores de que lo que *ahora* nos aterra *ya estaba ahí* desde hace tiempo.

Viene, entonces, intentar una mejor definición de la *amenaza*. ¿Es una amenaza? Lo es. Y muy grave. Que estalle la burbuja de la demanda de respiradores es una catástrofe inesperada cuya magnitud aúlla desde los testimonios y las imágenes. Pero digámoslo: *no es una guerra*. La bélica es una desafortunada metáfora en ocasiones pronunciada con ingenuidad, pero las más de las veces con propósito. ¿Contra quién sería la guerra? Contra el virus no es una guerra porque el virus no está en guerra con nadie. Es un conglomerado molecular tan moralmente inocente como nocivo para nuestra especie, careciente de toda intencionalidad, astucia, actitud de acecho, estrategia, odio y voluntad de poder, todas estas cualidades inherentes a la guerra, que se practica entre pares, Una mejor metáfora sería la del incendio, una condición físico química, la del fuego que se propaga también como el virus de modo ciegamente destructivo, inocente, sin mal pero letal. El fuego no tiene teleología

hacia quien y hacia lo que destruye. Usamos metáforas de poder: diremos que el fuego “domina”, pero el fuego no domina nada. Es una condición de la materia. El fuego, el virus, no nos vienen a conquistar, ni a dominar, ni a gobernar. Podemos ser derrotados por el fuego o por el virus cuando combatimos sus efectos con obstáculos, barreras, antídotos... materiales ignífugos, vacunas... Digamos, de paso, que la palabra secularizada es *combustión* y que *fuego* es un término antiguo, que no dejaremos de usar en caso de avisar que sucede. No diremos *combustión* ni “acontecimiento térmico” sino *¡fuego!*, como no diremos “diseminación de partículas virales”, sino “contagio”.

Sólo lo humano alberga el mal. Sólo otro u otros humanos nos conquistan, vencen, dominan. De ahí que hasta que la ciencia moderna banalizó (si se prefiere dígase “secularizó”) la investidura espiritual de las cosas, (por lo tanto investidura culposa, inculpatoria) las palabras mencionadas arriba eran adecuadas, como ahora no lo son aun cuando las sigamos profiriendo (*contagio* como influencia, *peste* como metáfora y memoria, *enemistad* identificada con etnias o nacionalidades –es decir, como racismo y xenofobia–). Seguir profiriendo esas palabras remite a multitudes libidinales fuera del dominio de los gobiernos y el orden. Es así que en algunos discursos prevalezcan esas palabras: orden, norma, disciplina.

De modo que la metáfora de la guerra nos hará preguntarnos contra quién sería y sólo quedará enfrente el propio

pueblo. La declaración de guerra es contra la propia gente a la que habrá que dominar para que obedezca en el caso de que no lo haga. Seguro que en ciertas condiciones previstas por el estado de sitio constitucional podrá imponerse esa situación con legitimidad a los ojos de la institución política. El gobierno actual es de aquellos que prefieren llegar temprano a neutralizar al virus y tarde a reprimir al pueblo. Justo la fórmula inversa alentada por países vecinos en los que primero se saca al ejército a la calle y después se ve qué se hace con los cadáveres cuyo destino no se tuvo intención de torcer cuando vivían y enfermaban. Por ello no es casual que, ya sea por ingenuidad o por propósito, tiene sentido en estos días ver quiénes y cómo llaman con entusiasmo y casi de modo excluyente a reprimir, y tienen más interés en perseguir actitudes estúpidas, temerarias o distraídas en sus deambulaciones antes que ver el cuadro de conjunto.

Estamos frente a una calamidad. Pensar en todas las opciones y matices es la tarea para quienes se han dedicado a tal menester, y también para quienes quieran emprender tal esfuerzo junto a tantas labores que demandan las circunstancias. Todo es necesario. En ninguna calamidad de la historia faltaron quienes se dedicaron a todas las actividades humanas existentes. La vida sigue mientras la respiración prosiga, tanto para ayudar a respirar a quienes el virus se lo impida ahora, como en el futuro para prevenir, o respecto del pasado para recordar y aprender de él.

No volvamos a la normalidad porque en la normalidad está el problema

Lucas Méndez*

Especial para ASPO

4 de abril del 2020

Podemos utilizar el tiempo que disponemos a partir del ASPO para pensar la crisis provocada por la pandemia del coronavirus. O también puede servir para pensarnos desde el confinamiento, en esa supuesta normalidad que llevábamos todos los días antes de esta crisis. Pensar el lugar que cada uno de nosotros nos damos para sí en nuestra propia vida, y cómo reaccionamos a los imperativos del sistema, aun en situaciones inusitadas que provocan perplejidad.

[*] **Lucas Méndez** (Chascomús, 1980). Es Psicoanalista y psicólogo social. Como Psicoanalista forma parte de Apres Coup Sociedad Psicoanalítica, institución con sedes en Buenos Aires (Ar), Porto Alegre (Br) y Colonia del Sacramento (Ur). Realiza atención clínica psicoanalítica de adultos de manera presencial, telefónica y en línea. Es analista institucional IPS Consultorías, institución dedicada al trabajo y a la investigación del movimiento obrero latinoamericano. Realiza coordinación psicoanalítica de Grupos de trabajo en instituciones educativas, empresas y sindicatos.

Tiran un chanco desde un helicóptero. Un grupo de *rug-biers* mata a Fernando en Villa Gesell. Hay más de un femicidio por día. Dejaron una economía hecha añicos, y tenemos que levantarnos. El coronavirus afecta solo a China, por la sopa de murciélagos. Llegan audios de WhatsApp que auguran el apocalipsis. Italia se deja estar entonando *Bella ciao*. España no la ve venir. Boris dice que Gran Bretaña prioriza la economía; Bolsonaro, que es una gripecita, pero se contagia y lo desmiente. Se contagia también Boris. Trump discrimina *again*: apoda al COVID-19 «virus chino». Continúan matando mujeres por su condición de mujeres. Golpean la puerta en Argentina, y es el coronavirus. Medida preventiva: todo el mundo adentro. Todos somos instados a permanecer de manera obligatoria dentro de nuestros hogares –en el mejor de los casos–, y aquí comienza a desorganizarse lo cotidiano y a inaugurarse una forma que –hasta el día de hoy– no ha tenido un solo precedente en nuestra historia.

¿Cómo procesamos todo esto?

Sin dudas, esta situación supone un trabajo psíquico extra al de todos los días: dejar florecer la angustia, hacernos cargo de lo que estamos viviendo, sobrellevar un nivel de dolor altísimo... No es algo a lo que se esté acostumbradx. De aquí en adelante, el trabajo de la persona neurótica consistirá en tapar, en intentar normalizar una situación dentro de una anormalidad sobre la cual no tenemos ninguna referencia.

¿Quién puede ser feliz estando dentro de una casa las 24 horas del día, durante un mes? ¿Cómo vamos a aprovechar este tiempo? ¿Y los chicos? ¿Les dan tarea en la escuela? Perder un mes de clases justo ahora...

Lo único que se puede hacer con el tiempo es perderlo. Pero desde la cuarentena, pareciera haber un imperativo de *no perder el tiempo ahora que lo tenemos todo a disposición*.

Este difícil momento que atraviesa el mundo entero, nos hace reflexionar. Reflexionar no solamente sobre el modo en el que nos toca vivir este aislamiento preventivo por estos días, sino también sobre el modo de vida que tenemos, ahora que "lo cotidiano se vuelve mágico", como dice la canción, y que la *vida de todos los días* es una añoranza que se espera con la ansiedad de un niño.

Esto es una catástrofe

Según el diccionario etimológico, la palabra «catástrofe» deriva del griego *katastrophe* (ruina, destrucción), y está formada por las raíces *kata* (hacia, bajo, contra, sobre) y *strophe* (voltear). O sea, catástrofe significa *voltear las cosas hacia abajo*, o bien, *cambiar las cosas para peor*.

Lo cierto es que, para una catástrofe, no hay remedio posible.

El historiador y filósofo argentino Ignacio Lewkowicz (1961-2004) dedicó su vida al estudio de las formas de construcción de la subjetividad. En su libro *Pensar sin Es-*

tado (Paidós, 2004) analiza lo que implica el concepto de *catástrofe*, en consonancia con otros dos: *trauma* y *acontecimiento*. Aclara que estas palabras *son palabras umbral*: “La palabra umbral realiza un pasaje hacia otras dimensiones de experiencia –o mejor, el pasaje de la dimensión conocimiento a la dimensión experiencia”.

En este sentido, podríamos pensar que, para una situación de catástrofe, no solamente no hay un precedente sino que, además, es incierto el porvenir, lo que lleva a un nivel de angustia mucho mayor para cada uno de los que transitan por esta experiencia. Se ha incrementado el sentimiento de *desamparo*, *angustia* e *incertidumbre* en la sociedad mundial, porque, en términos individuales y colectivos, no contamos con experiencias previas que nos permitan hacer un análisis de lo que estamos viviendo.

Hay crisis con las que se puede lidiar, porque tienen un precedente en la experiencia. De modo tal que, a partir de cierta estructura psíquica, se cuenta con dicha experiencia para anclarse en ella y comenzar a producir, pensar, analizar u organizar el modo de hacer frente a todo eso que está sucediendo. Ese anclaje disminuye considerablemente la incertidumbre, por lo cual, los niveles de angustia –aunque estén presentes– podrían ser menores. Pero hay otras crisis de las que no se tienen experiencias previas, y que se constituyen en el *desamparo* como primera vivencia subjetiva. Estas situaciones producen un estado de *perplejidad*, que no es otra cosa que quedarse atónito al no poder

dar una respuesta –si quiera cercana– a la situación que se vive como sujeto.

Catástrofe, trauma, acontecimiento: “se trata de repensar el estatus de la noción, incluso su pertinencia...”, dice Lewkowicz. “...Los tres términos pueden caracterizarse mediante su diferencia específica porque tienen en común una pertenencia genérica: modos diversos de relación de una organización, estructura o sistema con lo nuevo”.

El punto de partida para estos tres conceptos es el *impasse*, en donde algo ocurre que no tiene lugar en esa lógica desde la cual se vienen organizando las experiencias. Hay algo que irrumpe y que desestabiliza su consistencia.

El trauma es un *impasse* en el movimiento de una lógica que, al cabo de un tiempo no determinado, se podría reanudar con la reposición de la lógica de los esquemas previos, la reconstrucción de lo anterior, parcial o total. El trauma puede ser ejemplificado o graficado con una situación de inundación, que, en la medida que las aguas retroceden, se comienza a reorganizar la vida con el criterio anteriormente establecido.

Por su parte, *el acontecimiento* supone la intervención con otros esquemas. Se inaugura algo novedoso frente al *impasse*. Podríamos tomar como ejemplo, desde una mirada social, la emergencia de los movimientos piqueteros, allá por el 2001, en la República Argentina, cuando una crisis política y económica golpeaba nuevamente a una sociedad desvencijada.

Por último, “la catástrofe es una dinámica que produce un desmantelamiento sin armar otra lógica equivalente en su función articuladora”. No hay manera de que la cosa vuelva a las formas previas, a los modos de producción que existían antes de la situación de *impasse*. Pero tampoco emerge una lógica nueva.

¿El fin del sistema?

Circulan muchas expresiones en medio de la incertidumbre. ¿Es el fin del sistema? ¿El inicio de algo nuevo? ¿El capitalismo se fortalece cada vez más?

Toda esta situación produce grandes cantidades de ansiedades, que, en combinación con el sistema de producción capitalista, «obliga» a los sujetos a tener que producir. Es la discusión que venimos presenciando en los medios de comunicación, en boca de economistas. Incluso pensadores del mundo se han pronunciado, como el filósofo Slavoj Žižek, autor de un artículo que fuera incluido en la primera entrega de *Sopa de Wuhan*: “Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo Kill Bill y podría conducir a la reinención del comunismo”.

La pregunta es: ¿cómo poder cerrar el análisis de una situación mientras está aconteciendo? Quizá Žižek también necesite producir y vender la idea para no soportar la angustia de la incertidumbre.

Nada podemos dar por cerrado mientras suceda.

Vivamos el gerundio. Estamos pensando. Estamos analizando qué pasa. Estamos intentando dilucidar con qué situación nos vamos a encontrar en los próximos meses, años. Cuántas serán las pérdidas. Cuántos los daños. Tenemos que lidiar con todo esto.

Tampoco podríamos –hoy– dar cuenta de cuáles de las tres categorías que Lewkowicz propone cabrían a la situación que vivimos. Debemos atravesarlas, para analizarlas *après coup*. Y esto supone, también, permitirse transitar la angustia de no saber, la angustia de incertidumbre. Justamente hoy, en que la angustia es intensamente reprimida desde el sistema, en que se busca obturar la desazón con la compra de mercancías, en que se llena el vacío estructural con el hastío de actividades cotidianas en los grandes y –mucho peor– los chicos. Y análogamente, se pretende que esta situación de «anormalidad» se vuelva normal: que nadie, por ejemplo, se quede sin su clase de yoga o de *funcional*. Ahora, desde el confinamiento, ¡se pueden tomar por Instagram! Podemos, en teoría, hacer todo lo que hacemos en la «normalidad». Pero sucede que precisamente en esa «normalidad» es donde radica el problema, porque es donde somos configurados para evitar el displacer. Buscan que todo tenga una solución mercantilizada. Hoy, donde hasta los viajes son una mercancía, las empresas de turismo y las compañías aéreas han sido las primeras en interrogarse, ante la incertidumbre económica reinante, sobre lo que vendrá después del coronavirus. ¿Cómo vamos a viajar? ¿A dónde?

Todas estas preguntas del *después* parecieran ser imperativos emitidos por el sistema, que deja a los sujetos en el lugar de la falta. La culpa motoriza todo lo demás.

Hace unos días atrás, escuchaba a un periodista, en horario central de televisión, decir: “hoy las redes sociales son la calle”. Y de ningún modo esto es así. Las calles están vacías y desoladas. Los locales cerrados, tapiados. Circular libremente requiere de un permiso especial. Las redes sociales son las redes sociales. Y las calles están vacías como nunca lo estuvieron. Pensar esto angustia, y a la angustia buscan vendarla con frases como la del periodista.

Los efectos de lo que vendrá son incalculables. Inasibles, porque la experiencia previa no nos permite hacer una estimación con la cual poder sobrellevar lo angustiante de la incertidumbre. Y con esto contamos. Con nada.

No volvamos a la normalidad porque la normalidad es el problema, es una frase que invita a pensar el lugar de cada uno de nosotros en esa cotidianeidad que funciona como velo, que opaca. Justamente porque el mandato del sistema es que en la producción se encuentra la ganancia. La producción es tiempo destinado a hacer algo que luego se pueda vender, como sea, en forma de producto o servicio. Hay que hacer. No hacer es síntoma de enfermedad.

No volvamos a la normalidad porque en la normalidad está el problema, quizá sea una frase que nos lleve a pensar que estar aislados podría producir una angustia comparable con la del encuentro con un mismo. Por eso la

interminable lista de actividades cotidianas que nos mantienen entretenidxs, evadidxs, mientras la cosa pasa por otro lado. La idea de no poder perder el tiempo es una gran ilusión neurótica.

El encuentro con nosotrxs mismxs, desde el aislamiento, es inminente. No poder salir de nuestras casas es una obligación que, en caso de transgresión o intento de evasión, conlleva una sanción: cárcel común o retención del vehículo si no llevamos un certificado que nos habilite extraordinariamente a circular. Tenemos que tener un permiso, so pena de ir presos. Eso sin contar las serias probabilidades de contagiarnos de coronavirus, algo que nos podría matar en el término de algunos días. ¿No es esto una situación tan angustiante como para preferir no hacer nada? Sin embargo, no hacer es sinónimo de vagancia, y ahí está la encrucijada: la angustia, la culpa.

Todo lo sólido se desvanece en el aire

El imperativo de la producción capitalista recorre cada una de las casas afectadas por el aislamiento, generando en cada sujeto la sensación de «deber algo», el «sentirse en falta». Es que no producir, para este sistema, implica una falta grave. Antes, durante la «normalidad», las personas que no producían quedaban fuera de cualquier posibilidad: cuentas bancarias, créditos, trabajos en relación de dependencia, universidad... Les esperaba la pobreza, la indigen-

cia, incluso la calle. Hoy, «hacer nada» es la propuesta. Quizá otro de los miedos tenga que ver con esto. Taparse de cosas improductivas durante el aislamiento como muestra de producción al sistema. Tapar, velar, opacar, producir. Soluciones de la neurosis a problemas tan acuciantes, angustiantes, irreverentes, que no dejan dar forma a una vida más relacionada con lo propio, con uno mismo.

Aclaraciones

Giorgio Agamben*

Traducido para ASPO por Marco Di Tieri**

Revisión de Silvia Cancedda

Publicado en *Quodlibet.it* y cedido por el autor a ASPO
para la presente edición.

17 marzo 2020

Un periodista italiano se ha empeñado, según el buen uso de su profesión, en distorsionar y falsear mis consideraciones sobre la confusión ética en la cual la epidemia está arrastrando al país, en la cual no se tiene más con-

[*] **Giorgio Agamben** (Roma, 1942). Es un filósofo italiano de renombre internacional. En su obra, como en la de otros autores, confluyen estudios literarios, lingüísticos, estéticos y políticos, bajo la determinación filosófica de investigar la presente situación metafísica en Occidente y su posible salida, en las circunstancias actuales de la historia y la cultura mundiales.

[**] **Marco Di Tieri** (Buenos Aires, 1986). Es actor, traductor y profesor universitario. Licenciado en Filosofía por la Universidad de Salamanca, se formó en instituciones como la Universidad de Málaga, Università di Roma Tor Vergata y Metropolitan University of Arts of London. Actualmente es profesor adjunto en la Universidad UCES e investigador de teatro e intercultura. Su trabajo en Barcelona gira entorno a la pedagogía teatral con migrantes y refugiados.

sideración siquiera por los muertos. Así como no es necesario citar su nombre, tampoco vale la pena rectificar las predecibles manipulaciones. Quien quiera puede leer mi texto *Contagio* en la web de la editorial Quodlibet. Más vale publicar aquí otras reflexiones, que, pese a su claridad, presumiblemente también serán falseadas.

El miedo es un mal consejero, pero hace aparecer muchas cosas que se había fingido no ver. La primera cosa que hace evidente la ola de pánico que ha paralizado el país es que nuestra sociedad no cree en nada sino en la *nuda vida*. Es evidente que los italianos están dispuestos a sacrificar prácticamente todo, las condiciones normales de vida, las relaciones sociales, el trabajo, incluso las amistades, los afectos y las convicciones religiosas y políticas ante el peligro de enfermarse. La nuda vida –y el miedo a perderla– no es algo que une a los hombres, sino que los ciega y separa. Los otros seres humanos, como en la peste descrita por Manzoni,³ se convierten en untadores⁴ que debemos evitar a cualquier precio y de los cuales debemos distanciarnos al menos un metro. Los muertos –nuestros muertos– no tienen derecho a un funeral y no está claro lo que ocurre con los cuerpos de las personas a las que quemamos. Nuestro prójimo ha sido borrado y es curioso que las iglesias callen al respecto. ¿En qué se transforman las relaciones humanas en un país que se acostumbra a vivir de este modo, no se sabe por cuánto tiempo? Y ¿qué es una sociedad que no tiene otro valor que la supervivencia?

Otra cosa, no menos inquietante que la anterior y que la epidemia hace aparecer con claridad, es que el estado de excepción, al cual los gobiernos nos han acostumbrado desde hace tiempo, se ha efectivamente convertido en la condición normal. Hubo en el pasado epidemias más graves, pero nadie había pensado en declarar por ello un estado de emergencia como el actual, que nos impide incluso el movernos. Los hombres se han habituado a vivir en tales condiciones de crisis y emergencia permanentes que parecen no darse cuenta que su propia vida ha sido reducida a una condición puramente biológica y ha perdido cada dimensión no sólo social y política, sino también humana y afectiva. Una sociedad que vive en un estado de emergencia permanente no puede ser una sociedad libre. Nosotros en realidad vivimos en una sociedad que ha sacrificado la libertad por unos supuestos "motivos de seguridad" y se ha condenado por ello a vivir en un estado permanente de miedo y de inseguridad.

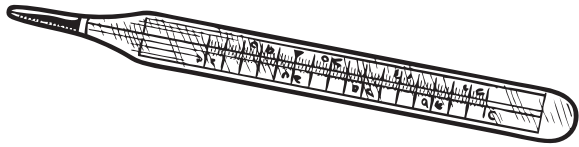
No es de extrañar que se hable del virus como si fuese una guerra. Las medidas de emergencia nos obligan de hecho a vivir en las condiciones del toque de queda. Pero una guerra con un enemigo invisible que puede estar acechando dentro de cualquiera de nosotros es la más absurda de las guerras. Es, en realidad, una guerra civil. El enemigo no está fuera, está dentro de nosotros.

Lo que preocupa no es tan sólo el presente, sino lo que vendrá después. Así como las guerras han dejado a la paz

una herencia de nefastas tecnologías -desde el alambre de púas hasta las centrales nucleares-, es muy probable que se busque continuar después de la emergencia sanitaria con los experimentos que los gobiernos no hayan podido realizar antes: que se cierren las universidades y escuelas y se hagan clases sólo on-line, que paremos de una vez por todas de hablar y de reunirnos por razones políticas o culturales y se intercambien solamente mensajes digitales, que allí donde fuere posible las máquinas sustituyan cada contacto -cada contagio- entre los seres humanos.



Este libro se terminó de confeccionar
el día 11 de abril de 2020
en Tolosa Ciudad de La Plata
Provincia de Buenos Aires
Argentina
Indoamérica





ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio) es una iniciativa editorial que se propone perdurar mientras se viva en cuarentena, es un punto de fuga creativo ante la infodemia, la paranoia y la distancia lasciva autoimpuesta como política de resguardo ante un peligro invisible.

